

Elisa Ferrer

EL HOLANDÉS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Cuatro viviendas por planta...
En el pueblo donde crecí...
Leí que en los setenta...
Cerré de un portazo...
Rafael se vio obligado a...
El éxito es más aterrador...
El horizonte apenas deja...
Navidad, a mucha gente...
Un viento húmedo que huele...
Mi prima Nata dibuja desde...
Era el peor momento...
Cuando escribo en la barra...
Es casi mediodía...
Era Semana Santa...
Junto a las fotos...
Rafael sonríe frente al espejo...
Quedamos directamente en Benidorm...
Lander aparca el Audi...
El olor del vestuario...
Las historias en mi pueblo...
Por la mañana...
Rafael ha amanecido descansado...
Certezas que hoy me han...
Al salir de la oficina...
La habitación está llena...
Llegué al pueblo el viernes...

Fernando conduce un Mercedes nuevo...

¿Ya has llegado, reina?...

Utrecht se aparece ante nosotros...

El sol sigue escondido...

Me da por imaginar que...

Madrugué más de lo necesario...

Rafael está sentado...

Había quedado con Paco...

Rafael conduce, los ojos enrojecidos...

En las cenas de amigos...

Era el tercer día que...

Las ventanillas bajadas...

Llevaba tres días intentando quedar...

Llevo diez días aquí...

Fermín, el pelo abundante...

Me pregunto si llamar a...

Llegué con media hora...

Llueve, siempre llueve, pero Rafael...

Afuera nieva, pero la imagen...

Llevo un tiempo sin tomar...

A Rafael le gustaría apretar...

Hacía un mes que había...

Agradecimientos

Créditos

Sinopsis

En el Benidorm de finales de los años ochenta, un hombre con una ambición desmedida tuvo un chispazo de genialidad delictiva haciéndose pasar por quien no era. Estaba obsesionado con lucrarse con la venta del último solar disponible en primera línea de mar; el problema es que ese terreno no le pertenecía. Con un plan descabellado, engatusó a un inversor y se embolsó cuatrocientos millones de pesetas. El episodio fue la mayor estafa cometida en la ciudad alicantina. Tras el sonado golpe se escondía un tipo conocido como Rafael (aunque también fue Honorato, Miguel Ángel, José Luis...), dueño de un pequeño bar y gerente de una discoteca, además de otros negocios turbios. En la prensa local fue apodado como el Rey de los Bajos Fondos. ¿Qué puede contarle Rafael a una escritora y guionista sobre su caso?

EL HOLANDÉS

Elisa Ferrer

TUSQUETS
EDITORES

Als meus pares,
per les històries.

A mon tio Toni,
per les lletres.

A Matías,
por sostener.

Entre el pequeño puerto de los pesqueros de sardinas / y las arboledas donde las
almendras, aún delgadas y amargas, engordan sus cáscaras picadas de verde, las tres
rederas / vestidas de negro —pues aquí todo el mundo está de luto por alguien— /
colocan sus robustas sillas y, de espaldas a la calle y de cara a los oscuros / dominios de
sus umbrales, se sientan.

SYLVIA PLATH, *Las remendadoras de redes*

Compra terrenos, A.J., porque Dios no va a crear más.

TONY SOPRANO, *Los Soprano*

Al principio, les hice una promesa. ¿Recuerdan? Les prometí que durante una hora les
diría la verdad. Esa hora, señoras y señores, ha pasado. En los últimos 17 minutos he
mentido como un loco.

ORSON WELLES, *F for Fake*

Cuatro viviendas por planta, nueve plantas por cada bloque, quinientos cincuenta mil euros por cada uno de los setenta y dos apartamentos, primera línea de playa, pero no de cualquier playa: primera línea de la playa de Poniente de Benidorm, centro neurálgico vacacional de la clase media en los setenta, los ochenta, los noventa, de la colchoneta fosforita, del balón de Nivea, de la sombrilla frente al mar a las siete de la mañana —hay que pillar sitio—, de la celulitis, las barrigas prominentes, las pieles enrojecidas, rebozadas, requemadas, de la neverita con cervezas y bocadillos sudorosos, del factor 50.

El solar, ese que en realidad nunca vi, pero he analizado cientos de veces en imágenes granulosas de un programa sobre casos delictivos grabado en VHS, estaba en pendiente, era áspero, gris. Un hueco lleno de posibilidades que vio cómo su valor se incrementaba sin esfuerzo ninguno, un terreno convertido en objeto de deseo antes de que sobre él se asentaran dos edificios de mármol idénticos.

En el Benidorm de finales de los ochenta, solo quedaba un pequeño espacio sin edificar en primera línea de playa. Solo uno, solo este, el de la tierra pedregosa, el que ni siquiera era llano. Es difícil calcular su valor, pero sin duda millones y millones de las antiguas pesetas —qué lejanas las caras de los monarcas en los billetes sobados—. Pero antes del boom turístico, de los rascacielos, Benidorm tenía apenas seis mil habitantes. En los años cincuenta —faltaban tres décadas para que yo naciera—, era un pequeño pueblo frente al mar donde se vivía de la pesca del atún de almadraba, de la agricultura. Casas bajas, playas vacías, barcas en círculo que aguantaban las redes en medio del mar tranquilo; diferencia aberrante con el *skyline* pretencioso que llena las postales de las últimas décadas del siglo xx.

Es difícil imaginar que en aquella época, poco más de cincuenta años atrás, cerca de la playa hubiera huertos de banales, plantaciones de olivos, que en los días de viento las aceitunas llenaran el mar; la retama de las dunas, la arena.

Hace setenta años ese solar no valía nada. Cuando Benidorm aún no había sufrido la mutación a urbe vertical y era un pueblo idílico: huertos, techados de teja, procesiones a la Virgen del Sufragio..., la gente que había conseguido ganar dinero alejaba su casa de la costa, se dedicaba a

la agricultura. Las tierras buenas, que eran las del interior del pueblo, las más fértiles... se dejaban en herencia a los hijos listos, a los trabajadores; pero las malas, las yermas, esas que lindaban con la playa, eran para las hijas, para las mujeres, o para los hijos vagos, los que habían decepcionado, los que no merecían nada mejor, irónico pensar que fueron estos los que, al final, se hicieron ricos. Jodidamente ricos. ¿Cómo se iban a esperar esos padres de manos callosas y trabajadas que, de sus terrenos inútiles, sus tierras inermes, brotaría dinero? ¿O los agricultores que vendieron sus parcelas en primera línea de playa, que ese precio desorbitado no era más que una propina para los compradores mejor informados? Benidorm y sus dualidades. Me fascina. Como me fascina el punto de giro en su historia, su mutación rápida, extrema, su cambio de identidad.

En el pueblo donde crecí, el viento arde cuando sopla de poniente. Sacude los cultivos y si no fuera por la humedad empalagosa, cualquiera diría que está a punto de arrasarlos, de prenderles fuego. Es un pueblo incendiario porque, aunque nunca pasa nada, todo el mundo tiene una opinión sobre lo poco que sucede, una versión de los hechos. Pero esta historia no ocurre allí, en esa localidad pequeña, escondida, que le da la espalda al mar y se queda sin su parcelita de costa, allí solo se cuenta, se moldea, se magnifica, y crece, como la marea al atardecer, año tras año.

La mejor definición de mi pueblo es la que le escuché a mi abuelo una noche de verano en la que por mucho que estuviéramos en la calle repantingadas en las sillas plegables para tomar el fresco, por mucho abanico que batiéramos, el calor se podía tocar, pesaba, las gotas de sudor caían por el cuello, por la espalda, por el escote inmenso de las señoras que yo miraba sin pestañear, las de las risas descomunales, las bocas abiertas que eran abismos, los comentarios inoportunos, el chismorreó. Pueblo pequeño, infierno grande, dijo mi abuelo cuando nos dio las buenas noches al volver del bar. ¿Qué ha pasado?, preguntó la vecina, pero mi abuelo se metió en casa sin responder y la dejó con la palabra en la boca. Así que yo, a mis nueve años, pensé que lo del infierno lo decía porque las calles empedradas parecían estar hechas de fuego, porque el viento quemaba. Pero mi abuelo no hablaba de eso, y tardé un tiempo, más bien poco, en entender el proverbio.

Ahora, soy yo quien lo dice cuando vengo de visita: Pueblo pequeño, infierno grande, y mis amigas, que siguen viviendo aquí, piensan que exagero, que no se está tan mal, que menuda pija me he vuelto ahora que vivo en la ciudad, la de la *big city*, se ríen. Como si en la capital la gente no hablara, menuda tontería, insiste Marta, y tiene razón, como casi siempre.

Una de las últimas veces que vine, quedé con ella para tomar un café rápido, bueno, unas cervezas rápidas, en nuestro bar, que ya no era el bar de siempre porque había cambiado de dueños y de nombre un montón de veces. Aunque hacía un poco de fresco, nos sentamos en la terraza, Marta tenía un ojo puesto en su botellín cero-cero, y el otro en el parque infantil que lindaba con nuestra mesa para poder controlar a su hijo, Vicent, un niño que corría a la velocidad de la luz y ya se había partido los dos únicos dientes que le habían asomado. Marta se fijó en que miraba al pequeño como a un ser de otro planeta, corría con la cabeza y el torso hacia delante, los brazos extendidos, alas diminutas, la lengua entre los dientes, como si ignorara que la gravedad le impediría volar, y el gesto de asombro perenne de quien descubre algo en cada parpadeo, pero se sorprende lo justo entre trompazo y trompazo. ¿Dani y tú no os decidís?, me interrumpió

Marta. Que los treinta y cinco ya están a la vuelta de la esquina, amiga. Yo me encogí de hombros. No lo hemos hablado aún, y me bebí la caña de un trago y pedí otra sin ni siquiera apoyar el vaso, ¿Todo bien?, preguntó, y le dije que claro, que por qué lo decía, y levanté la mano más aún para atraer al camarero, un chico joven del pueblo, desconocido para mí, como casi todos ya.

El parque relucía con sus columpios nuevos y ese suelo acolchado para que los niños encontraran maneras más imaginativas de partirse la barbilla. Pensé en el dinero que últimamente inyectaba la Generalitat en el pueblo, en que se habían arreglado parques, y en cómo la Casa de Cultura había dejado de tener ese aspecto de edificio de La Habana que siempre me encantó, después de que arreglaran los desconchones y lo pintaran de un gris sobrio que no se correspondía con la informalidad de las funciones del colegio o la de las obras de teatro de la compañía local. Buscan atraer al turismo, me dijo Marta, que adivinó mis pensamientos. Pero si está ya petado y no tenemos ni playa, me enfadó la idea de que el pueblo dejara de ser la sombra de Benidorm para convertirse en una extensión de ella.

¡Oye, Alba! Y ese oye fue un zarandeo que me sacó de mis cavilaciones, de la imagen del pueblo pintoresco, el de las casas encaladas de apenas dos alturas, el de las mujeres sentadas en corro frente a las puertas abiertas, el del afilador los sábados por la mañana y el mercadillo de los martes, arrasado por el turismo, convertido en una peregrinación de personas que, hartas de playa, venían en busca de los encantos rurales con la nariz pelada y las chanclas con calcetines, imagen tópica que empezó a acecharme con temor. Oye, insistió Marta, ¿qué hacías el otro día tomando un café con Rafael? Y la pregunta me descolocó, me pilló por sorpresa.

Rafael, ese hombre que levantaba rumores a su paso como granos de arena en días de viento, y a su espalda cargaba historias míticas, leyendas que lo convertían a veces en héroe, a veces en villano, pero leyendas que siempre le divertían. Marta me miraba, a la espera de una respuesta que la ayudara a dejar de elucubrar. Nada, balbuceé. Quedé con él por..., por una amiga de Madrid, inventé sobre la marcha, Tere, no la conoces, que está haciendo un doctorado sobre paisajes de costa... La influencia humana en los paisajes de costa. Evité cruzar mi mirada con la de Marta. Creo que me puse roja. O al menos la cara me ardía. Ella me miró de reojo, sin creérselo demasiado. Madre mía, ¿la gente no se harta ya de escribir sobre Benidorm? ¡Qué aburrimiento! Yo seguí a lo mío, sin escucharla. El impacto humano sobre el paisaje de costa, ¡eso! ¡Esa es su tesis!, grité, y respiré aliviada por mi capacidad inventiva, pero mi amiga me dejó con la palabra en la boca y corrió hacia el parque para evitar un desastre que en su imaginario era similar al que provocaría que las placas tectónicas bajo nuestros pies comenzaran a chocar: Vicent se había liado a golpes con un niño que le sacaba dos cabezas y él se defendía sin escatimar en fuerza bruta.

Mi amiga volvió con los pantalones, el pelo, los brazos llenos de tierra, sudada, un rastrillo partido en la mano que metió en una bolsa de rafia repleta de juguetes, a cuál más necesitado de auxilio. Se sentó frente a mí, como si no se hubiera ausentado más de cinco minutos, como si en

nuestra conversación no hubiera existido una pausa, y dijo: Si escribes algo sobre Rafael, vas a triunfar, lo sabes.

Di otro trago a mi cerveza para evitar responder a bocajarro. Esperaba que después del altercado con su pequeño delincuente hubiera olvidado el tema. A ver, y me puse seria, ¿con qué llevo años dándote la vara? Mi amiga me respondió con hartazgo, una alumna pillada en falta: Con la paranoia esa que te ha entrado de que estás fuera del audiovisual, de que ya nadie cuenta contigo, ya no sabes a qué puerta llamar, tu último proyecto no lo leyó ni el tato; que eres una *drama queen* y una cansina, y ya está. No es ninguna paranoia, Marta, ¡no me jodas! A ver, nena, vendiste una puta serie a los veintipocos; artículo en *El País*, tu ratito de gloria en la tele y toda la mandanga. Eso es de ser demasiado crack. Sí, pero fue un fiasco absoluto, ¿o no?, la interrumpí. Desde ahí, ni en las series ni en los programas en los que estuve antes me hicieron hueco. Ni la gente con la que había trabajado, que estaba encantada conmigo, o eso decía, ni siquiera esa gente contó conmigo para formar equipo en proyectos nuevos. Nada.

Marta, a quien desde que había tenido a Vicent le había crecido esa aura de madre cuidadora que también había florecido en algunas de mis amigas con descendencia, me dijo que esa serie no había sido un fiasco por culpa mía, que la culpa fue del productor petardo que no la supo promocionar y que el proyecto en el que me metí después con el chaval mafiosillo, ese que se montó una productora, tampoco ayudó, pero si llamaba a las puertas correctas con la historia de Rafael, estaba segura de que se iban a abrir. Y con alfombra roja y todo, puntualizó.

Con lo del proyecto en el que me metí después con el productor mafioso tenía razón. Era una serie que se iba a rodar en Ciudad de la Luz y la producía Rodri, un niño pijo, con dinero a espuestas que, a pesar de ir de vegano, vestir con Converse, pantalones de pitillo y fumar tabaco de liar, a pesar de lamentarse por la violencia que provocaba la cocaína en Colombia, sin su tiritito del día no era persona, y llevaba dentro al productor de cine de entrecot, puro y copazo Soberano de toda la vida. Un chaval de mi edad que me prometió una pasta por desarrollar su idea de serie, una locura que mezclaba el *Quijote* con zombis, de la que conseguí sacar algo decente, que me quitó años de vida, casi diez kilos, y provocó que un eccema creciera por mi brazo, por mi torso, y todo para nada. Después de casi dos años de trabajo, los más de trescientos mil metros cuadrados de Ciudad de la Luz se convirtieron en un plató fantasma, y la productora de Rodri también cerró, y lo hizo de un día para otro, sin avisar. Su teléfono dejó de estar operativo y él desapareció sin pagarme los últimos cinco meses, debiéndome dinero no solo a mí, sino a más de media profesión.

A ver, Marta, aunque quisiera escribir una serie sobre Rafael, no sabría a qué productora llevarla y acabaría por guardarla en el cajón, y ya no tengo ni energía, ni ganas, le respondí. ¡Y lo digo en serio!, rematé con toda la gravedad posible para dar por zanjado el tema. Pero ella no me hizo ni puñetero caso. Yo traté de cortarla, de cambiar de tema, hablarle de lo guapo que estaba su hijo Vicent, del estirón que había pegado, mientras miraba, con espanto, cómo agarraba un palo y trataba de clavárselo al otro niño en la nariz.

Pero a mí, la historia que más me impactó es la del ataúd, siguió Marta erre que erre, ¿te acuerdas de la del ataúd? Y dije que no, los ojos clavados en Vicent, a ver si Marta cortaba su interrogatorio, a ver si cambiábamos de tema, aunque sabía perfectamente a qué se refería. Sí, tía, que su suegra falleció en Utrecht cuando Rafael y su familia aún vivían allí juntos, ¿no te acuerdas? Desde que la conocía, desde siempre, si Marta agarraba un tema era incapaz de soltarlo. Dijeron que el ataúd venía llenito de dinero, de arriba abajo. ¿Qué ataúd, Marta? El de la suegra, tía, ¡el de la suegra! Que vino la mujer de Rafael y llevaba a su madre de cuerpo presente en la bodega del avión, metida en una caja llenita de dinero. Sí, claro, traté de cortarla, y pasó todos los controles de seguridad, ¿no? Ni de coña, vamos. Es que tenéis unas cosas. Marta se encogió de hombros. No sé, eran los noventa, antes del 11-S volar era otro rollo. ¿Y lo de que trató de comprar un contenedor de zapatos de una marca supercara por cuatro duros, y llegó con todos los zapatos del pie izquierdo? Tenía un soplo de que en un mes llegarían los del pie derecho. Ay, tía, eso está sacado de una novela del boom latinoamericano seguro. Te lo digo en serio. Son todo mentiras. ¿O dime si el ataúd lleno de dinero en la bodega del avión no es una de las imágenes más cinematográficas que has visto en tu vida? Suena a Scorsese.

El camarero me trajo otra caña, y ella le pidió otra cero-cero, aunque aún le quedaba más de la mitad porque no había parado de hablar mientras yo me había zampado la bolsa de patatas fritas entera. Igual tenía razón mi madre y andaba un poco ansiosa, No se puede tener más nervio en un cuerpo tan pequeño, hija mía.

La cosa, insistió Marta, a pesar de que notó que yo había dado por cerrado el tema, es que si escribes una serie sobre Rafael, y serías tontísima si no lo hicieras, será un auténtico bombazo.

Pueblo pequeño, infierno grande, donde las historias crecen, se reproducen y algunas, por míticas, difícilmente mueren.

Leí que en los setenta Benidorm ya superaba los doce mil habitantes. En menos de veinte años la ciudad, porque pronto perdió el estatus de pueblo, se deshace de su forma de vida, de la pesca, la agricultura... y las casas bajas son arrolladas por esqueletos alargados. Los huertos desaparecen para dar lugar a avenidas desbocadas, los pescadores se borran y en su lugar aparecen alemanas, suecas, noruegas a las que, a pesar de las prohibiciones franquistas, se les permite ir en bikini.

Hago un inciso, y para contar esto me abro una cerveza fría —la ocasión lo merece—, porque ante el desacato del bikini, el obispo de Alicante entró en cólera, se agobió, ¿en qué cabeza cabe tanto pecado? Reunió a unos cuantos fieles y lideró una misión evangelizadora encargada de colocar una cruz en la cima de una de las colinas que bordean Benidorm. Los imagino andando desde Alicante a la ciudad del turismo, cargando la cruz y cambiándola de unas espaldas a otras a cada poco, Jesucristos modernos que buscaban ser liberados del mal. Una cruz necesaria para eximir a la ciudad de la culpa. Porque Benidorm empezaba su transformación a capital del turismo europeo, capital de lo *kitsch*, de la sangría, de la locura urbanística, capital del pecado.

Me apasiona la curva de crecimiento exponencial de habitantes empadronados en aquellos años, casi tan vertical como los edificios en los que comenzaban a vivir, estacas clavadas en el suelo seco de los solares en primera línea de playa, esos en los que nadie creyó que fuera a crecer nada, pero brotaron rascacielos, edificios de toldos verdes, oportunidades democráticas, vacaciones para todos.

Cada mito fundacional tiene una leyenda que lo acompaña, que lo hace grande. Benidorm tiene una que me pirra, por cautivadora, por peliculera, y aunque la he escuchado muchas veces todavía me sigue pareciendo fascinante. ¿Cómo se pasa en pocos años de pueblo pesquero a ciudad de skyline imponente? Pedro Zaragoza es el nombre, el hombre detrás del mito. El alcalde de Benidorm entre 1950 y 1967 comprendió que los atunes apenas aportaban beneficios y si comenzaban a escasear, la economía local se tambalearía, algo injusto, un entorno así debería reportar a sus habitantes otros beneficios. Las playas, el sol y el clima de su pueblo debían ser amortizados, eran negocio seguro. Necesitaba ideas, recursos y, por supuesto, un plan urbanístico. Esto último se lo encargó al arquitecto Juan Guardiola.

Cuenta la leyenda —porque, obviamente, ya ha alcanzado ese estatus— que tomaban un café mientras discutían cómo diseñar una nueva ciudad enfocada por y para el turismo —imagino una cafetería de sillones de escay color granate, mesas lacadas, humo y ceniceros, hilo musical con la voz melodiosa de Jorge Sepúlveda, y si queremos entrar de lleno en el ambiente, podemos suponer que sonaba «Mirando al mar»—. Guardiola jugueteaba con su cajetilla de tabaco, la apoyó en horizontal por el lado más ancho y se la mostró a Zaragoza, después la apoyó por el lado más estrecho y, finalmente, la puso en vertical para indicarle al alcalde cómo podría haber un mayor aprovechamiento del suelo, así cabrían muchos apartamentos, ¿verdad? Muchos más. Muchísimos más.

De esta leyenda nacen las anchas avenidas, el skyline que fractura la costa mediterránea, borra la memoria de almendros y olivos, protagoniza postales kitsch. Un skyline que atrajo a turistas de todo el mundo gracias a ingeniosas campañas de marketing que Pedro Zaragoza inventó a pesar de la España en la que vivía. Me gusta imaginarlo, en moto, con sus gafas oscuras, camino de El Pardo para pedirle al mismísimo Franco permiso para que las extranjeras pudieran pasearse en bikini por sus playas, aunque no hay documentación en el archivo histórico que pruebe este insólito viaje, otra más de las leyendas que engrandecen su figura. Me gusta imaginarlo pensando en cómo hacer que ingleses, alemanes o suecos picaran el anzuelo; carteles a lo largo de Alemania que indicaban cuántos kilómetros faltaban para llegar a Benidorm. Me gusta imaginar las caras de los suecos, de los noruegos, que pasaban frente a las tiendas que frecuentaban en sus ciudades con sus pesados abrigos, con sus gorros, sus bufandas, y esas botas imposibles preparadas para la nieve, al ver expuestas en los escaparates en pleno enero ramas de almendros en flor, a pesar del hielo en la calle, del frío angustioso, con un cartel que apelaba a la envidia, al deseo de horas de luz: «Esto está pasando en el Levante español».

Una genialidad de Pedro Zaragoza que proyectó Benidorm como nunca nadie hubiera imaginado. Que consiguió vender la ilusión de un paraíso vacacional antes incluso de que se planificara. Una invención que se hizo real. La historia de un pueblo que mutó su identidad.

Rafael también tuvo varias identidades y, junto con el solar, es otra de las razones que me llevan a llenar estas páginas. Se llamó Honorato, Miguel Ángel, José Luis, y fue la mente pensante de uno de los mayores pufos que ocurrieron en la ciudad de vacaciones por excelencia. En mis primeras notas lo llamé Javier. Javier, dueño apócrifo del solar, genio de la estafa. Aunque Javier no es un nombre que le guste, prefiere Rafael, así que a partir de ahora lo llamaremos Rafael. Rafael, dueño apócrifo del solar, genio de la estafa. Ninguno de estos dos nombres es su nombre real, claro, pero eso no importa, porque la historia que voy a contar sí lo es. O, al menos, es su versión de los hechos, la versión de Rafael. Pero como en todas las versiones, hay espacio para la mentira. Porque ¿no es la mentira parte fundamental de una buena historia?

Cerré de un portazo el piso en el que Dani y yo habíamos vivido el último año y medio. Le teníamos cariño, habíamos recalado en sus flamantes ochenta y cinco metros cuadrados después de sobrevivir a una convivencia difícil en un estudio de apenas treinta en el que nos era imposible discutir, estar cómodos, ser felices, o incluso sentir pánico cada vez que el tardocapitalismo nos obligaba a trabajar en día festivo.

Nos gustaba el piso, estábamos a gusto. Es encantador, nos dijo un amigo que vivía en un chalet a las afueras y lo observaba como un antropólogo analizaría las vasijas de una tribu indígena. Dos balcones, techos altos, el suelo torcido según Dani, según el cacahuete con el que comprobó empíricamente su teoría al lanzarlo desde la cocina y ver cómo rodó cuesta abajo por todo el salón hasta quedar frenado en la puerta de entrada. Nuestro casero lo vendió por un precio que tenía poco de encantador, demasiado cero a la derecha, y nos pidió amablemente que nos fuéramos. Debía de ser el noveno piso que cerraba en Madrid, el segundo que cerraba con Dani, por esas fechas ya había perdido la cuenta. Pero no nos mudábamos directamente a otro, teníamos que esperar un par de semanas para entrar en el nuevo. Dani se iría esos días a casa de Alberto, su mejor amigo, a la habitación donde vivía antes de que nos fuéramos juntos de alquiler, y yo me quedaría en el pueblo, mi pueblo, hasta que pudiéramos instalarnos en el piso que habíamos encontrado tras meses de desesperado surfeo en Idealista. A punto estábamos de mudarnos a una ciudad dormitorio o quizá a uno de esos barrios que ni figuraban en el mapa del metro, cuando una pareja de amigos nos ofreció su casa por un precio más que razonable después de que sufrieran un shock porque ella estaba embarazada de gemelos y era imposible que, padres ya de un niño de tres años, encajaran con dos más en su buhardilla acogedora de techos bajos y terraza con vistas.

Un piso ideal para que no sacrifiquemos el despacho, decía Dani. Sacrificar el despacho, esa era la metáfora que empezó a utilizar para hablar de tener hijos, una decisión que nunca había puesto sobre la mesa y, en las últimas semanas, aparecía en cada conversación. Y yo, que ya le había insinuado que no estaba segura de quererlos, a veces me reía, otras, le decía que desde el nuevo piso tardaría un cuarto de hora menos en llegar al trabajo, otras, le plantaba un beso, pero siempre esquivaba el tema del sacrificio del despacho.

Mi padre vino para ayudarnos con la mudanza, eso decía, pero imaginamos que quería ver el piso nuevo, quedarse tranquilo, y, sobre todo, que no condujera sola una furgoneta hasta el pueblo, aunque le repetí mil veces que estaba acostumbrada. Le insistió a Dani para que se

viniera con nosotros. Unos días de descanso nunca vienen mal, yerno. Tengo que trabajar, Bernardo, y tras decirlo entornó los ojos y me miró con la sonrisa apretada que rescataba sus hoyuelos, la barbilla partida. Que se quede Alba, y evité su mirada porque siempre se me agarraba a la tripa, y no quería recordar la conversación que lo hizo todo más tangible la semana anterior, sin metáforas de despachos que valiesen, la de: Alba, ¿no crees que estamos en un buen momento para plantearnos lo del niño?, y mis dudas, y su no podemos alargarlo más al que se aferraba sin ni siquiera escucharme. ¿Por qué no te quedas unos días conmigo donde Alberto? Tiene sitio para los dos. Y yo solo quería escaparme un tiempo de Madrid. También tenemos ganas de tenerla un poco en el pueblo, le reprochó mi padre, y me sentí como una de esas prendas de las rebajas que los clientes estiran empeñados en llevársela, pero terminan por darla tanto de sí, que acaba tirada de nuevo entre el montón de ropa sin gracia.

Mientras Dani separaba las cajas para almacenarlas en el trastero que habíamos alquilado, mi padre y yo comenzamos a cargar la furgoneta con las que nos llevábamos al pueblo. Cuando paramos a coger aire en el rellano del segundo —el piso tenía encanto, pero no tenía ascensor—, mi padre me contó que hacía un par de semanas había almorzado con Rafael. ¿Qué Rafael, papá? Hija, el marido de Lola. Me encogí de hombros, agarré la caja y comencé de nuevo a bajar las escaleras. Mi padre, que cargaba la caja como si no pesara mientras yo me deslomaba con la mía, me soltó de repente: Alba, creo que tendrías que hablar con él. ¿Con quién? Con Rafael, hija, con Rafael. No lo conozco, papá, solo de oídas. Pues lo tienes que conocer. Es un personaje. La que lio en Benidorm ese hombre fue increíble. Ni te imaginas. Ya, ¿y de qué hablo con él? Estoy seguro, segurísimo vaya, de que le gustaría que escribieras una película con su historia. Fruncí el ceño contra mi voluntad, ¿por qué me venía mi padre con esto? Deja de decirle a la gente que tu hija es guionista, anda, le respondí con más tensión en la voz de la que me habría gustado. ¡Hace mil años que no escribo nada! Bueno, tú misma, pero creía que esto de aguantar en Madrid, pagar alquileres locos y pasar penurias era por seguir con lo del guion, hija, si no, ¿de qué?, me dijo mientras agarraba la caja de nuevo y enfilaba las escaleras.

Al llegar al rellano, me miró. ¿Cómo puedes tener tanto trasto si siempre vas de un lado para otro? Y sin siquiera una pausa: Alba, si no te pones a escribir ahora que tienes energía, que aún no tenéis muchas obligaciones, se te hará bola. Y entonces sujeté el portón con un par de cajas llenas de libros y comenzamos a cargar. ¿Qué eres? ¿Psicólogo?, y cerré la furgoneta de mala hostia.

Cuando terminamos de colocar las cajas en el maletero, Dani llegó con un par más que ajustamos al milímetro en una partida de tetrís perfecta. Me abrazó antes de que me subiera a la furgoneta. Descansa, me dijo al oído, y le devolví un beso tierno que ya apenas quemaba. Cuando mi padre aceleró, le dijimos adiós desde la ventanilla y observé con fijeza cómo su cuerpo se achicaba en el retrovisor. Qué cara de pena, hija, me dijo mi padre, si os veis en tres semanas. Forcé una sonrisa compungida, aunque cuando el reflejo de Dani desapareció sentí una punzada de alivio inesperada, apenas un instante, y la aparté como pude de mi esternón.

Llevábamos más de media hora en la A3, que pasaba de los edificios descarnados a la meseta eterna con sus molinos color marfil, cuando invocamos el pisto con huevo de uno de esos sitios de carretera llenos de camioneros.

Ya con la tripa llena tras la parada de rigor, comentamos la cantidad de gente que abarrotaba siempre ese restaurante, que el pisto que cocinaban debería ser patrimonio de la humanidad; pero mi cabeza estaba ocupada por un único pensamiento que giraba y giraba, un hámster en su rueda, espídico, sin rumbo, el pensamiento de que apenas escribía desde que trabajaba de nueve a cinco, de que escribir una vez al mes para mí y mis cajones era lo mismo que no escribir.

En diez años me había mudado demasiadas veces. Movía mis trastos de una casa a otra cada poco, me desprendía de muchos en el camino, perdía otros. Casas a las que llamaba mi casa, pero ninguna era mía. En un suplemento dominical, leí un artículo sobre Marc Augé, quien acuñó el término «no lugar» para describir esos espacios anónimos, de flujo, como los aeropuertos, las autopistas, una habitación de hotel, el supermercado, y cada poco recordaba ese artículo, la sensación de estar siempre de paso, porque las casas en las que dejaba mis pertenencias siempre tenían fecha de caducidad. Espacios de tránsito en los que me resultaba imposible encontrarme, saber quién era. Y aunque vivía casi siempre en el mismo barrio, o en barrios cercanos, cambiaban las escaleras, las molduras, la disposición de mi cama, las mesas donde comía, la luz con la que intentaba leer, los sofás donde se me cerraban los párpados cuando trataba de ver una película.

Llegué agotada a casa de mis padres. Mi cuerpo, el resto de un derrumbe. Y la tristeza porque no sabía cuándo recogería mis libros; en la buhardilla a la que nos íbamos a mudar el espacio de almacenaje escaseaba. Tenía que darme una ducha, despejarme, pero solo pude tirarme en el sofá cama, mi habitación temporal, cerrar los ojos. Debí de quedarme dormida porque cuando llamaron al interfono tardé en entender dónde estaba, qué hora era. Al responder al telefonillo una voz rotunda: ¡Hola! No están mis padres, murmuré, quizá aún dormida, la voz rota por el sueño interrumpido, si quieres puedes pasarte por la tarde. Solo quería que me dejaran en paz, volver a ese duermevela absorbente y gustoso.

Pero él seguía ahí, escrutaba la cámara del portero automático: ¿Eres la guionista? Soy Alba, respondí sin más. A ti te quería yo ver, y miró a la cámara del portero automático con fijeza. ¡Abre, soy Rafael! Me desperté de golpe, qué menos. Era el hombre del que tanto había oído hablar, del que tanto se hablaba. Y por lo que veía a través de esa imagen distorsionada en blanco y negro, ni era grande, ni era alto, ni tenía ese aire antipático o peligroso de matón de película.

Estaba ahí, tras la puerta, la sonrisa disfrutona del jugador que siempre esconde un as en la manga, o un farol en la mano.

«Es de costumbres crepusculares y nocturnas, abunda en España y caza con gran astucia toda clase de animales, incluso de corral.» Buscar definiciones de las palabras en el diccionario siempre ha sido un vicio ridículo, de esos que no se pueden contar porque carecen de gracia, y cuando abrí la puerta y vi a Rafael frente a mí, quise tener a mano la primera acepción de la palabra «zorro». Camisa rosa de Ralph Lauren, quizá falsa, el símbolo del jugador de polo de tamaño excesivo, pantalones cortos a cuadros, reloj de pulsera aparatoso, cadena dorada al cuello, y en la mano una carpeta con recortes de periódico, el pelo blanco, la piel curtida, y al darle dos besos, Acqua di Parma y JB.

Le invité a un café, pero quería agua, solo agua. A esta hora ya, o agua o whisky, me dijo. Le ofrecí whisky del minibar de mis padres y solo se rio. Mejor que tu padre no me pille bebiendo su doble malta, ¡y menos con su hija! Intenté una sonrisa ortopédica, aunque me habría gustado ser capaz de rebatirle con algo ingenioso. Apenas me había saludado y ya me resultaba molesta esa especie de confianza, un flirteo que no llegaba a serlo, una seguridad apabullante que me desarmaba. Le pedí que se sentara en el sofá y fui a por el agua mientras me preguntaba por qué se habría plantado en casa, qué actitud tomar para hablar con él, cuánto de la leyenda que le precedía sería cierto.

Tardé en volver al salón. Me sentía minúscula vestida con los pantalones de chándal que me ponía los días de educación física en el instituto y sorprendentemente aún me entraban, la camiseta promocional de la gestoría de mis padres, las gafas con siete dioptrías, el pelo alborotado, así que empecé a trajinar en la cocina, como si estuviera superocupada poniendo hielo en los vasos, preparando un bol de cacahuetes, una parsimonia extrema para mantenerme alejada de él.

Regresé con la botella de agua y los cacahuetes en una bandeja junto a los dos vasos con hielo que tintineaban con estridencia. La dejé en la mesa de centro y me senté en otro sofá, frente a Rafael, que me miraba a los ojos sin perder la sonrisa. Pensé que buscaba incomodarme, medirme. Mis padres llegarán en un rato, le dije, no creo que tarden mucho. Y traté de ponerme cómoda, pero sentí que los cojines se habían torcido, habían dejado de ser mullidos para clavarse en los riñones como puños. Él negó con la cabeza, repantigado en el sofá, como si fuera el dueño de la casa. Sí, lo sé, me ha dicho tu padre que me pasara ahora para hablar contigo, que seguro que te pillaba aquí. Ha insistido mucho en que viniera. Mira que veo poco a tu padre, pero cuando lo veo, nunca para de fardar de hija. Yo, con mi tembleque en la pierna y mi manera de sostener el vaso todo el tiempo pegado a la boca, parecía la vecina que se acaba de mudar y se acerca a saludar por compromiso. Tú eres guionista. Me encogí de hombros en lugar de asentir,

el peso de la inseguridad, todo, en mi espalda. Rafael infló el pecho. Pues delante de ti tienes una historia brutal.

Supongo que él esperaba que me emocionara, que le diera las gracias por venir a mí, que le rogara que me lo contara todo, al detalle, supongo que esperaba interés, ganas, pero me puse a la defensiva y me escondí tras una trinchera de excusas de las que incluso yo me empezaba a cansar. Ya hace tiempo que no escribo, desde la última serie en la que estuve, hará cinco o seis años, no he escrito nada nuevo y no sabría muy bien dónde ir con el proyecto, dónde buscar financiación. Le conté que estaba cansada, mucho estrés. Y ahora, la verdad, estoy muy tranquila con mi trabajo de nueve a cinco. ¿Qué haces?, preguntó. Justifico subvenciones de proyectos culturales. Y no le dejé intervenir, me sumergí en un ataque verborreico. Además, me pillas en plena mudanza, tengo un lío brutal, y cuando vuelva, vamos a estar hasta arriba en la oficina. Me dejó hablar hasta que me di cuenta de que le iban a dar igual las excusas que le planteara.

Solo te voy a decir una cosa, y su voz era la de un actor curtido que espera a dar su réplica en el momento justo, los focos en busca de su perfil bueno, si escribes mi historia, vas a ganar millones. Bebió un trago de agua y lo saboreó como si fuera el whisky de malta que me había rechazado y, tras la pausa dramática, clavó los ojos. Bueno, vamos a ganar millones. De los porcentajes, eso sí, ya hablaremos.

Rafael se vio obligado a huir varias veces. Todas las que estuvo en busca y captura. Tras la venta del solar, tuvo que desaparecer. Viajó por Latinoamérica, necesitaba un lugar donde esconderse, refugiarse, criar a sus hijos. Buscaba un hogar. Allí fue difícil y, en contra de su plan inicial, se mudó a Utrecht, donde pasó diecinueve meses en la cárcel, pocos según algunos, muchos según él, y cuando por fin salió, Utrecht fue la ciudad donde reconstruyó su vida. Al principio, de una manera precaria, después con la solidez de la rutina, una rutina que sus hijos y su mujer finalmente tuvieron que abandonar por seguridad, vivirla en diferido.

Rafael tuvo tres pasaportes. Tres identidades distintas. Durante un tiempo, en los Países Bajos, se llamó Honorato. Siempre olvidaba darse la vuelta cuando alguien lo llamaba por ese nombre.

Rafael y Lola se mudaron primero a Benidorm, con sus dos hijos, después a Utrecht. Por entonces, ya tenían tres niños y Lola estaba embarazada de nuevo.

Años después, Lola regresó al pueblo sin su marido. La imagino llegando cargada de maletas, de cajas; envuelta en murmullos, en ecos, habladurías. Dinero escondido en la ropa, entre el equipaje. Cuatro niños.

«Mudar», según la primera acepción de la RAE, es «dar o tomar otro ser o naturaleza, otro estado, forma o lugar.» En la segunda es «dejar algo que antes se tenía, y tomar en su lugar otra cosa. Mudar casa, vestido». Lola se mudó según la primera acepción. Mudó de piel. De estado. De forma. También de lugar. Y, cuando volvió al pueblo, a las raíces, ya era otra.

El éxito es más aterrador que el fracaso. Me despertó esa certeza en la bañera del piso nuevo, el agua ya fría, la espuma, que un rato antes me llegaba hasta la nariz, convertida en un resto jabonoso achicado en el agua. La certeza me despertó con frío, desubicada.

Hacía poco que este piso se había convertido en nuestro refugio, aunque no lo sentía mi casa. Apenas un par de meses allí y el armario ya olía a nosotros, la ropa de Dani colocada sin una arruga, los trajes y las camisas ordenados por colores, las camisetas baratas de algodón expuestas como en los aparadores de una tienda cara, las zapatillas colocadas por orden de uso, las pantuflas, los zapatos para trabajar, las botas de montaña; mientras mi ropa se acumulaba sin orden, dos, tres y hasta cuatro vestidos en una misma percha, que se combaba bajo el peso de mis prendas sin planchar, las zapatillas desordenadas y al fondo del armario demasiados pares de calzado tan incómodo como precioso que compré hace años y nunca más me puse.

Cuando llegaba a la oficina, me movía como un autómata, carente de concentración, aunque esa semana tuviéramos que cuadrar los gastos trimestrales, esos que venían siempre con excesos, sin orden, con demasiadas facturas que no cumplían los requisitos y eran difíciles de justificar. Cenaba un sándwich de máquina, grasas procesadas que imaginaba cómo taponaban poco a poco mis arterias e interrumpían el paseo apacible de los glóbulos rojos cargados de oxígeno como en *Érase una vez la vida*, y llegaba a casa derrengada. Si me concentraba, sabía que podía avanzar, salir a mi hora, pero allí me esperaban Dani y sus ganas de hablar sobre formar una familia, ya que, según él, la mudanza era el punto de giro que necesitábamos para dar el paso.

Apenas dormía, no conseguía arañar más que un par de horas de duermevela, alguna vez pensé en ser madre, quizá porque era lo que se esperaba de mí, pero ¿quería? Trataba de apartar mis dudas con ideas para nuevas historias, escribir ficción siempre me ayudaba a aclarar mi realidad. Volvía a las conversaciones que tuve con Rafael antes de marcharme del pueblo, las revisitaba una y otra vez, sentía que si rascaba encontraría la mecha para encender la maquinaria de nuevo, comenzar a escribir. Ante él siempre me negaba a ser la autora de su historia, quería estar segura antes de implicarme, de dejar de lado ocio y vida por ella, pero no sé por qué terminé brindando con él, ¡por nuestro proyectazo de Benidorm!, con un chupito de whisky parduzco y tibio. Quizá para que se callara, porque a pesar de que insistí en que podría presentarle a alguna amiga guionista, en que había perdido contacto con los pocos productores con los que me crucé en mi breve y fulgurante carrera en la tele, él me ignoró. Tu padre me enseñó el primer capítulo de la serie esa que hiciste. La pusieron en la tele, creo, pero él me la

enseñó en el ordenador, ¿puede ser? La de unas chavalas que estaban en el paro y tenían un método para gastar poco dinero al día... Tres euros al día, le respondí. Pero no vivían mal las cabronas, ¡no!, se rio, ¡menudas chorizas! Siempre que escuchaba hablar de *Subsidio 0*, la serie de título lamentable que escribí con tanto cariño, con tantos defectos, tan naif, tan desde la tripa, sentía que cuchillitos pequeños me atravesaban la sien porque tanta inocencia y tanta tripa fueron a parar a las peores manos, y salió una serie que fue maltratada en la parrilla.

Tú busca mi nombre en internet, Rafael Pons, anda, Rafael interrumpió mi tren de pensamientos a punto de descarrilar. Encontrarás cosas, digamos, interesantes. Aunque eso sí, está todo mal, que a mí me ponen de segundón y, claro, como no podía ser de otra manera, todo salió de aquí, de mi cabeza, y se golpeaba la sien con el dedo índice. Ante ti tienes al cerebro detrás del golpe. Pero bueno, busca, busca, que ya verás que no exagero. Salió en *El País* y todo.

Me citó en su casa un par de días después. A ver cómo tengo la agenda, le dije, y él se rio. ¿No me dijiste que volvías a Madrid en tres semanas? Relájate estos días, reina. Me pidió que me pasara a eso de las cuatro, que su mujer, Lola, solía echarse la siesta y nos dejaría hablar tranquilos. Y aunque mi primer impulso fue negarme, me presenté allí con la grabadora del móvil a punto, un cuaderno, y dos bolis, por si uno de ellos se agotaba.

Me miré los dedos, las palmas de las manos, arrugadas, como si me hubiera pasado una vida metida en la bañera, a gusto al principio, con frío después, incapaz de salir, enredada en revisar la conversación con Rafael.

Cuando llegué a su casa, Rafael me invitó a pasar, diría que con cierta ilusión, un niño que espera la llegada de los Reyes Magos. Lola estaba en el salón, atiborrado de fotos de sus hijos en estantes y paredes, demasiadas, sin un orden lógico, algo, el caos involuntario, que siempre me incomodaba; poca luz, muebles oscuros, una taza de café que reposaba, amarga, sobre la mesa del centro.

La mujer me saludó con una mezcla de alegría y pereza. Qué mayor estás, Alba, ¿cómo va tu madre? Hacía mucho que no la veía, y creía que la encontraría desmejorada, pero siempre me sorprendía su vitalidad, sus ganas. Y aunque era imposible obviar ese resto de tristeza que asomaba en sus ojos, se movía rápido, con una fuerza que despistaba, y transmitía una calma que seguramente no sentía. Mi madre está bien, aburrida desde que se ha jubilado, aunque no para ni un segundo, ya la conoces. Ella sonrió y dio por zanjada la conversación, quizá porque sentía que yo había llegado para desordenar, remover, desenterrar recuerdos que preferiría que no fueran suyos. Rafael, sin mirarla, me pidió que habláramos en otro lugar.

Me llevó por el apretado pasillo a una habitación al fondo. Una pequeña cama cubierta por un edredón rosa, las paredes decoradas con princesas Disney recortadas de revistas. Es la habitación

donde se quedan las pequeñas cuando vienen de visita, y su voz sonó orgullosa, como la de cualquier abuelo, y me pidió, por favor, que me sentara en la cama. Él se acomodó frente a mí en una silla pequeña de plástico rosa con flores dibujadas en el respaldo, pero su actitud era la de un gran empresario que me invitaba a reunirme con él, como si me hubiera citado en un despacho ubicado en la trigésima planta de un edificio con paredes de cristal y vistas privilegiadas de la ciudad.

Pensé en la sonrisa de Rafael, un reto, una señal de peligro a la que no me quería acercar, pero me atraía con sus luces de neón, un casino que promete premios infinitos y oculta las mañanas de resaca en las que regresas a casa con la cuenta al borde de los números rojos. Alargué la mano para abrir la tapa del desagüe, pero la idea de quedarme aterida en la bañera sin el abrazo amniótico del agua me parecía innecesaria. Quizá más agua caliente, alargar la sensación de flotar, de obligarme, por un rato, a no hacer nada.

Rafael me preguntó si estaba dispuesta a escribir su historia, y sin darle tiempo a terminar de hablar le dije que no; por primera vez dije que no a algo, y sentí vértigo, no estar a la altura, pero, sobre todo, noté cómo se aflojaban los músculos de mi espalda contracturada por el trabajo, por las exigencias de Dani, por las mías. Me sentía poco preparada para reencontrarme con la Alba ajena a la realidad, esa en la que me convertía cuando empezaba a escribir, cuando mudaba cada uno de mis pensamientos a la historia en la que trabajaba. Entonces, ¿no quieres contar lo que hicimos en Benidorm? Mejor, dije, te puedo presentar a un par de guionistas que son unas auténticas *genias*, le guiñé el ojo. Rafael se rio con la condescendencia de quien ha vivido mucho. Vendí un solar que no era mío por cuatrocientos millones de pesetas, Alba, ¡cuatrocientos millones! ¿Quién es capaz de idear un plan así? Infló el pecho en la silla rosa, que tembló por el movimiento —tan pequeña—, y temí que se descalabrara. La mayor estafa inmobiliaria de todos los tiempos en Benidorm. Solo con esa frase ya tienes ganado un montón de público, ¿no crees? ¿Cuatrocientos millones de pesetas?, repetí. Sí.

Le conté mi idea a Alfredo Reinoso, que es quien me habló del solar por primera vez, un tipo que decía que era mexicano, de Chihuahua, pero era más cubano que el ron, un tipo oscuro que andaba metido en subastas, que extorsionaba para comprar barato y vender caro, que sabía lo que se cocía en el mercado inmobiliario de Benidorm. Reinoso colaboraba en la inmobiliaria de un argentino y siempre que venía al bar fardaba de que había sacado dinero de las subastas, hoy diez mil pesetas, ayer no sé cuánto. Extorsionaba a propietarios para que vendieran, o para que no vendieran, y yo pensaba: Si este se saca aquí guita, seguro que yo me puedo sacar más. Empecé a acompañarlo a ver qué se cocía por allí y, la verdad, había cosas de lo más interesantes. Hay un

programa de Canal 9 en el que hicieron un reportaje sobre la estafa, me dijo Rafael, no lo llegué a ver porque yo me había fugado ya, pero deberías buscarlo, *Fulles grogues* creo que se llamaba.

Mientras el agua se escurría por el desagüe, me di cuenta de que, a mi pesar, las hazañas de Rafael se habían instalado en mi cabeza, expandiéndose hasta desplazar problemas y motivos de ansiedad, para arraigar ahí, con ganas de ser contadas. Porque ese día, sentada frente a él, supe que quería escribir esa historia magnética que escuchaba desde niña, adornada hasta convertirse en una leyenda local. Quería fagocitarla, hacerla mía.

Salí de la bañera, congelada, el cuello dolorido, cansada después de un día intenso de trabajo, pero con esa sensación que hacía tiempo que no tenía, muchas ganas de arrancarle unas cuantas horas al sueño para escribir con un propósito, para por fin escribir.

Por la mañana, en el descanso del café, pasé por una papelería para comprar cuadernos nuevos, de los de hojas cuadriculadas y canutillo de metal que, al clavárseme en la piel mientras escribía, grababa dibujos en la palma de la mano empeñados en oponerse a las líneas fijadas por el destino, esas que me leyó un señor de barba profusa en un parque de Oporto y dijo, mientras sostenía mis manos abiertas, y si mi comprensión limitada del portugués estaba en lo cierto, que me esperaban grandes cosas al llegar al ecuador de mi existencia, que sería larga y rutilante, con un final abrupto del que, con sus ojos entrecerrados que buscaban en los míos la gravedad, una mirada trabajada a lo largo de años de experiencia quiromántica y, supongo, hambre y frío, más valía, *minha menina*, que supiera lo menos posible para disfrutar del camino.

El horizonte apenas deja ya espacio para ver la montaña, escondida tras los rascacielos que, como cajetillas de tabaco colocadas en vertical, se alargan hacia el cielo, se extienden hacia las dunas sin llegar nunca a pisar la playa, insolentes, junto a las inmensas grúas que trabajan sin descanso en nuevos armatostes de hormigón que se sumarán a los edificios diseñados para no dar nunca sombra a la orilla, donde cada vez es más difícil relajarse entre tanto bullicio, encontrar un resquicio de sol bajo la mirada inquisidora de las altas torres de cemento.

Cuando conocí a Dani, él aún no había pisado Benidorm, pero le resultaba familiar su skyline, su historia, y eso que a él le daba por llamar el kitsch tradicional le atraía y repelía a partes iguales. La primera vez que vinimos juntos, lo llevé a la Cala Tio Ximo, un trozo de roca que se curvaba frente al mar y hacía olvidar rascacielos, ruidos, bingos, guiris, karaokes. Recuerdo que era invierno, la playa estaba vacía, solo un anciano que observaba el mar sentado en una roca, una gorra descolorida de la Caja Rural en la cabeza, un purito apagado en los labios. Recuerdo que nos sentamos lejos de él, en las piedras, y le dije a Dani que disfrutara del paisaje porque era un regalo estar allí, sin gente. Pero como si lo hubiéramos invocado, el anciano nos saludó, vino hacia nosotros y se enredó en una conversación con Dani, que debía de tener cara de tipo que escucha. Recuerdo que el anciano le contó que era de allí de toda la vida, que su padre pescaba y su madre trabajaba en la recogida de la aceituna. ¿Y qué te parece el monstruo en el que se ha convertido la ciudad?, preguntó Dani, quizá para tratar de ganarse su confianza. Pero el hombre se molestó. ¿Cómo que monstruo? ¡Es una belleza!, dijo. Benidorm es la mejor ciudad del mundo, nos ha hecho ricos. ¿Y qué crees que habrían pensado tus padres de este paisaje?, preguntó Dani, incapaz de dejar de ser periodista. Recuerdo que el hombre sonrió ante la pregunta. No lo habrían entendido, dijo. Pero estoy seguro de que les habría encantado.

Es tentador imaginar el Benidorm de los ochenta, de los noventa, recrear el ambiente de entonces, volver a la playa de Poniente de aquellos años, a la de Levante, volver a los paseos que, como ahora, estaban plagados de tiendas de souvenirs que exhibían muñequitas vestidas de faralaes, abanicos con la bandera de España, peinetas, castañuelas. Locales de varietés con neones que brillaban, que aún brillan, incluso a la luz del sol, fotos de vedettes en tonos rojo, en

tonos piel, la promesa de una noche mágica. Peugeot 205, Simca 1000, Volkswagen Golf aparcados en las amplias avenidas. Mercadillos y tiendas atravesados por masas de gente, y a unas cuantas manzanas de la playa de Levante, en una calle peatonal entre portales de edificios, un quiosco con prensa nacional y extranjera, en el que también se venden colchonetas y crema para el sol, frutos secos y refrescos, un local de paredes asépticas que habría que transformar en el bar Chanquete, el bar de Rafael y Lola. Apenas veinticinco metros de local alargado donde la gente buscaba las especialidades de la casa, una, las sardinas de Lola, y la otra, la mejor, la cocaína que pasaba Rafael, siempre de buena calidad, de las que te dormían la encía con solo olerla.

Navidad, a mucha gente le parece una época del año insoportable, pero a mí me gusta pasar algunos días con mi familia —más bien pocos, ni tengo tantas vacaciones, ni aguanto más de una semana con mis padres—, ver cómo los hijos de mis primas abren los regalos, quedar con gente que quiero y apenas veo más que en ocasiones especiales, beber cerveza indiscriminadamente sin sentirme culpable por ello; pero, sobre todo, me gusta relajarme porque, por fin, tengo ante mí cinco o seis días seguidos sin obligaciones.

Dani quería que fuera con él a Oviedo, pasar una semana con sus padres, con sus amigos de siempre, pero yo tenía ganas de volver a casa, ver a mi familia. Siempre me hablas de lo que te aburre ir al pueblo, pero últimamente aprovechas cualquier excusa para largarte allí, me dijo. ¿Quieres que vayamos los dos? Y le respondí que no se preocupara, sabía que hacía tiempo que no veía a su gente, y yo esos días me dedicaría a quitarme de encima trabajo atrasado. Le ocultaba a Dani que había empezado a tomar notas sobre la estafa de Rafael, sobre sus vivencias; mi intuición me indicaba que estaba ante una historia que me convenía. Era mi secreto, mi parcela, un lugar propio en el que esconderme. Así que esas navidades llegué a casa de mis padres con pocas ganas de socializar, con muchas de encerrarme a escribir.

Llevaba un par de días en el pueblo, una de esas mañanas que había madrugado para sentarme en la terraza con la idea de escribir bajo el sol tibio de diciembre, mi padre me pidió que comprara más cerveza, así que aproveché la interrupción para meterme en el coche, pasar de largo el supermercado —ya volvería luego— y llegar hasta Benidorm, darme un paseo por la playa de Levante, perderme por las callejuelas y tratar de encontrar el bar Chanquete, el pequeño local que Lola y Rafael regentaban en los noventa. Apenas había hablado con él desde Madrid, un par de conversaciones telefónicas en las que, con una excusa u otra, trataba de convencerme de que escribiera su historia. Yo ya no me negaba, le daba largas, me desviaba del tema, evitaba responder, pero los cuadernos con notas se acumulaban, pasaba horas de desvelo en las hemerotecas de los periódicos online donde buscaba noticias sobre la estafa, en las que el cabecilla cada vez era una persona distinta, blogs en los que se relacionaba el golpe con políticos afamados, estos eran mis preferidos; los blogs de corrupción zaplanista me enganchaban como un mal culebrón.

A pesar de ser diciembre, a pesar de que el frío fuera sutil y se abriera paso poco a poco, sin

que me diera cuenta, el sol acariciaba la piel y se estaba bien sin abrigo en el paseo frente al mar; tuve que esquivar a turistas jubilados en sillas a motor viviendo su particular *Leaving Las Vegas*, terrazas llenas de tipos enormes con camisetas de equipos de fútbol desconocidos para mí, que me sacaban, seguro, más de tres cabezas; aunque anduve por las calles cercanas al paseo, no encontré ningún local que se ajustara a la descripción que mi madre había hecho del bar de Rafael y Lola, estrecho, alargado, motivos marineros, la cocina al fondo.

Volví a casa sin las cervezas, y mi padre, que se estresaba cada 24 de diciembre con la tarea autoimpuesta de montar las mesas para la cena de Navidad, no daba crédito. Una cosa que te pido, Alba, una sola cosa. Antes de salir a comprar de nuevo, me aseguré de que mis padres me habían pedido cien tercios. ¿Cien tercios, papá? ¿Estamos locos? Mi padre me dijo que me diera prisa o no se enfriarían ni diez. Una cosa, le interrumpí ya en el umbral de la puerta, ¿sabes dónde queda el bar ese que tenían Rafael y Lola en Benidorm? Negó con la cabeza. Era un sitio muy pequeño, me dijo, detrás de la playa de Levante, creo que hasta hace poco estuvo en marcha con otros dueños, pero debió de cerrar... Ni idea, la verdad, no me hagas mucho caso.

Cuando volví con las cervezas, menos de las que me habían pedido, por supuesto, mi padre vino al garaje para ayudarme a descargarlas. En el bar de Rafael ahora hay un puesto de prensa y cosas playeras, me dijo. Claro, joder, así ¿cómo iba a encontrarlo? Le he llamado para preguntarle, porque cuando te has ido me he quedado dándole vueltas, siguió. No hacía falta que llamaras a Rafael, papá, en serio. Ese afán suyo por ayudar era agotador. Pero no te preocupes, mi padre ni siquiera parecía escucharme, hemos quedado que en un par de días vamos a Benidorm en mi coche, nos enseña dónde estaba el bar, nos cuenta cómo era la distribución y nos lleva también al sitio donde estaba la discoteca de su familia. De ese local me ha dicho que no queda nada. Iba a recopilar las fotos que tiene por ahí por si te ayudan a inspirarte... ¿Qué dices?, le interrumpí y soné enfadada. Estaba enfadada. ¡No quiero que Rafael sepa que quiero ver el bar! Se va a poner muy pesado con que escriba su historia y necesito pensar si vale la pena. Si yo puedo escribirla. Mi padre agarró dos cajas de cerveza enormes como si fueran ligerísimas y se metió en la cocina. Qué complicado lo haces todo, hija.

Día 26 de diciembre, *aka* segundo día de Navidad, me vi en el asiento trasero del coche de mi padre, Rafael de copiloto. En la radio mal sintonizada hablaban de un plan detox para después de las fiestas, cómo eliminar los excesos, cómo purificar la piel, cómo quemar grasas acumuladas. La única manera de quemar grasas acumuladas es un buen polvo y un buen whisky, Rafael le dio un codazo a mi padre y se carcajeó, la boca tan abierta que, por un segundo, su diente de oro brilló en el retrovisor. Mi padre esquivó su mirada y se centró en la carretera. Era la primera vez que los veía juntos, ellos apenas coincidían. Se me hacía raro saber que Rafael, que le faltaba al

respeto a todo el mundo, admiraba a mi padre, que alguna vez habían quedado para almorzar, que cuando eran jóvenes habían jugado en el mismo equipo de fútbol 7, que muy pronto sus caminos se separaron. Mientras Rafael pasaba cocaína en la discoteca que su familia tenía en Benidorm, mi padre apenas dormía por el estrés de sacar adelante una gestoría que había abierto con mi madre, con pocos clientes, mucho trabajo, muchas ganas, donde yo de pequeña jugaba a ser secretaria y, cuando nadie me veía, sacaba papeles de una carpeta y los guardaba en otra, ajena al caos que mis manitas provocaban a mi paso.

A pesar de ser invierno, las calles estaban llenas de gente. Era sencillo distinguir a los turistas, vestían sin mangas o con camisas finas de lino, los más aguerridos incluso se atrevían con pantalones cortos y chanclas. Yo me apoyaba en la ventanilla mientras escuchaba a mi padre quejarse por lo difícil que iba a ser encontrar sitio para dejar el coche: Hoy cerca del paseo estará jodido, jodido. Odiaba aparcar y prefería abandonar el Citroën en doble fila, sin el freno de mano para que pudieran empujarlo, algo de dudosa practicidad, pero Rafael le dijo que estaba todo controlado, y sacó una tarjeta de aparcamiento para gente con discapacidad; una tarjeta nueva, brillante, que olía a plástico. ¡Deja el coche ahí!, y señaló una plaza de aparcamiento reservado. Pero ¿eso es legal? Mi padre se puso nervioso. No, prefiero que demos una vuelta. O pago un parking y ya está. Rafael empezó a descojonarse. No seas panoli, Bernardo, que me lo ha dado el médico.

Mi padre aparcó ahí con reticencias, el ceño fruncido, comprobó la disposición del coche varias veces, se fijó en la distancia al bordillo, en el cartel azul, en el monigote sentado sobre la circunferencia. Rafael tardó en salir del coche, se agarraba la cadera con los dientes apretados por ese dolor repentino que lo acuciaba y, antes de empezar a andar, se recolocó la pierna, que de repente parecía de madera, y renqueó calle abajo como si siempre hubiera sido Rafael el Cojo, como si le hubieran faltado centímetros de pierna desde el día en que nació.

Nada más doblar la esquina, Rafael apuró el paso, ni rastro ya de su cojera, andaba lozano, nos costaba seguirlo, abría camino, orgulloso de ser nuestro guía, el protagonista de la mañana. Se detuvo y levantó la vista para señalar una urbanización, Antes, todo esto era una discoteca a la que venía la *crème de la crème*, sentenció, y me dio un codazo aprovechando que mi padre estaba mirando para otro lado. Ya te contaré, Alba, ya te contaré. Aquí venía lo más granado... ¿Políticos?, le tuve que preguntar. No te adelantes, que ya pareces una periodista, me vaciló como un adolescente en los pupitres de la última fila. Aquí yo me hinchaba a vender cocaína, era una locura. Madre mía, cuánta cosa. Pero ya te lo iré contando por orden, ¡al tiempo! Mi padre se acercó a nosotros y Rafael cambió de tema, habló más alto. La discoteca de mi familia, Bernardo, ¿te acuerdas? Mi padre asintió. Nunca veníais, le recriminó Rafael. ¿Para qué? Si tú

seguro que no te invitabas ni a un cubalibre. Hay que ver lo cabrón que es tu padre, Alba, no sé cómo has salido así de bien tú. Tenía la mirada puesta en los edificios que ocupaban el terreno que hace unos años fue un santuario de la noche, los setos cuidados tras los que se adivinaba una piscina. Sonrió, quizá porque era capaz de ver la discoteca ante él, de recordarse allí, entre columnas que imitaban a los templos griegos, donde cada noche se convertía en una especie de maestro de ceremonias que orquestaba en la sombra, mientras hablaba con uno y con otro, sabía a quién venderle y a quién no, a quién invitar, a quién ignorar, de quién conseguir información. Lo pasaste bien esos años, dijo mi padre. La verdad es que no me puedo quejar, Rafael le guiñó un ojo, pero al final era trabajo, y ya sabes, Bernardo, los negocios son los negocios.

A un par de calles de la desaparecida discoteca, Rafael nos señaló el primer piso de un edificio anodino, de ladrillo visto, naranja, toldos verdes uvepeo. En el piso de la izquierda vivíamos Lola, los niños y yo, dijo, era grande, ahí donde lo ves, y Lola lo tenía bonito, bonito. Vino la policía a registrarlo un montón de veces, patadas a la puerta y todo, como en las películas. Lola les abría, y cuando preguntaban por mí, ella decía que ni idea de dónde estaba ese desgraciado, o sea yo, que la avisaran cuando supieran algo de ese cabronazo, o sea yo. Todo mentira, claro, ella sabía de sobra dónde me escondía, en el despacho de la discoteca, hasta me traía comida la pobre, y ellos lo destrozaban todo, y ella lloraba y gritaba: ¡Con menudo hijo de perra me he casado!, pero nunca encontraban nada. ¿Qué tenían que encontrar?, preguntó mi padre. Rafael se rio. Entre otras cosas, delante de sus narices tenían más de veinticinco millones de pesetas y ni los vieron. ¿Dónde? Antes de responder, Rafael bajó el tono de voz y entrecerró los ojos que por un momento parecieron los de un niño. En el balcón. ¿Qué?, mi padre no daba crédito, si me subía a sus hombros en ese mismo momento, podría colarme por la barandilla. Sí, ahí, y señaló de nuevo el balcón, los tenía dentro de un baúl de plástico lleno de juguetes de mis hijos. Mi padre y yo alucinamos. En este juego lo único que hay que hacer es ser un poco más listo que ellos, nos dijo. Y eso, no es por presumir, siempre se me ha dado bien.

Anduvimos por una calle amplia entre portales de edificios, a un par de manzanas de la playa. Nunca he vivido más cerca del trabajo que cuando tuvimos el bar, dijo Rafael. Y mi padre le respondió que fue la única vez que tuvo trabajo y levantó los dedos entrecomillando el aire. No seas cabrón, Bernardo, pero su voz escupió un orgullo desmesurado. Mirad, ese es el local. Periódicos en inglés, en alemán y en castellano colgaban de las paredes exteriores del puesto de prensa en una calleja peatonal, chucherías y artículos playeros; una tiendecita nueva, pero estrecha, abarrotada. Rafael entró como si aún fuera el dueño. ¿Queríais algo?, la dependienta mascaba chicle con aburrimiento, su moño desordenado, un nido de pájaros sobre su cabeza. Esto antes era mío, se presentó Rafael. El bar Chanquete. ¿Te acuerdas? «El Chanquete, quien

quiere unas gambas se mete», se rio. La chica lo miró con desgana, se encogió de hombros, tachó un dos que acababa de escribir en su sudoku lleno de borrones, carente ya de final feliz.

Rafael entró, sin prestarle atención a la dependienta, y señaló el fondo, un espacio estrecho, alargado. Ahí al final estaba la cocina, era pequeña, y Lola pasaba el día entre los fogones friendo sardinas. Todos los gatos del barrio la perseguían cuando salía a tirar la basura. Antes de ir tras Rafael, mi padre se dirigió a la dependienta. ¿Te importa que entremos? Ella volvió a encogerse de hombros, escribió un tres sobre el dos tachado, la mandíbula a pleno rendimiento en una lucha eterna con un chicle que olía a sandía desde la entrada.

Teníamos el bar vestido de madera, nos contó Rafael, que al entrecerrar los ojos parecía verlo así, como si el local no hubiera cambiado ni un ápice desde los años ochenta, del techo colgaban redes de pescador, lámparas que imitaban los faros de los barcos, de la pared de azulejos claros, cañas de pescar. Y no sé cómo habrán hecho para sacar el olor a sardinas fritas y a tabaco que ahumaba el local, porque se olía en toda la manzana, los vecinos tenían que estar hartos. Miré las paredes grises, lisas, sin gotelé, los periódicos, las pelotas de playa, la limpieza aséptica, de hospital. Difícil ver el bar tal y como lo recordaba Rafael, fácil recrearlo con Rosi, la mejor directora de arte con la que me había cruzado. El suelo estaba atestado de colillas y servilletas arrugadas, siguió Rafael, pero es que no podíamos barrer porque esto siempre estaba a reventar de gente. Lo juro por la sepultura de mis dos hijos, que en paz descansen, y se besó la cruz de oro que le colgaba del cuello.

Había gente por todos lados, sentada en taburetes frente a los toneles, porque no teníamos ni mesa, eran toneles de madera. También se sentaba la gente aquí, y señaló la puerta, había una ventana con un alféizar muy grande. Pero es que era una salvajada, en un día liquidábamos un jamón, dos o tres barriles de cerveza y más de veinte kilos de sardinas. Yo estaba detrás de la barra y ponía cafés, licores, cortaba jamón, servía los platos, sobre todo la especialidad de Lola, las sardinas fritas. Aunque lo que más venían a buscar era mi especialidad, y se rio con gusto. Hacíamos más de cien mil pesetas de caja cada día, que se dice pronto. Lo juro, miró al techo, y volvió a besar la cruz poco discreta que asomaba por el cuello del polo color salmón.

Nosotros apenas veníamos porque no se podía ni entrar, dijo mi padre. Y porque erais unos siesos, ¡y sois unos siesos!, le cortó Rafael. Bueno, bueno, unos siesos, y que vaya personajes había por aquí, se defendió mi padre. Pues los parroquianos, Bernardo. Más majos que las pesetas, Juani, Silvia y Meri, las tres putas, sus chulos también venían, que la Meri me cogía la mano y se la metía en el coño, ahí, en la barra, y Lola en la cocina no se coscaba de media, hasta que un día la pilló. Le tuve que parar los pies diciéndole la verdad, que la Meri estaba como una chocolatera, loquísima, que no podía con ella. Mi padre paseó la vista por los titulares de los periódicos que colgaban de las puertas de entrada como si no lo hubiera escuchado, Rafael le dio un codazo, ¡Y buena, estaba superbuena! Eso que te perdiste, Bernardo. Alfredo Reinoso también era un habitual, decía que era de México, el cabrón, ¡de Chihuahua!, pero su acento cubano tiraba para atrás. El tío tenía una clínica privada, médico dermatólogo decía que era.

Médico dermatólogo, ¡mis cojones! Ese nunca estudió medicina, ni nada. Eso sí, no he visto a nadie como él falsificando documentos, te plantaba una receta que ibas a la farmacia y te sacaban lo que pusiera ahí, ni te preguntaban. Menudo hijoputa el tío. Ese es el que sabía todo de las subastas públicas, sabía a quién extorsionar para que comprara un piso o para que no lo comprara, sabía qué comprar y cuándo, qué vender y cómo. Le ponía una cazalla tras otra y le aflojaba la lengua. Me lo cascaba todo. Y yo me lo guardaba aquí, se dio golpecitos en la cabeza con el dedo índice. La información es oro, Alba, y el oro, ya lo sabes, es un valor seguro.

Un viento húmedo que huele a tormenta ha tomado el paseo, el escaso sol está a punto de desaparecer detrás de unas nubes pastosas, pesadas, aun así, la playa está llena de gente. Es martes, o quizá miércoles, son las siete, pero las nubes convierten la tarde en noche cerrada. Apenas quedan parroquianos en el bar de Rafael, que lleva un rato con un pensamiento en la cabeza, echar antes la persiana e ir con Lola a recoger a los niños a casa de su suegra. Hasta que entran un par de tipos que piden dos chatos de vino después de ocupar como mesa improvisada uno de los barriles. A Rafael siempre le sorprende tener clientes nuevos fuera de temporada, aunque ¿cuándo no es temporada alta en esta ciudad?

Se acerca, les pone unas aceitunas para que acompañen al vino, invita la casa.

—*Alguna coseta més?* —lo pregunta en valenciano para que le digan que no son de allí; aunque nadie sea de allí.

—*Gose zara?* —pregunta uno de ellos, a lo que el otro asiente y mira a Rafael.

—Ponnos algo para picar, venga, ¿qué nos recomiendas?

Y él les ofrece sardinas fritas, su especialidad.

—¿Sois vascos?

—De San Sebastián.

Rafael insiste en que ni allí arriba, por mucha fama gastronómica que tengan, encontrarán sardinas con tanta carne, brillantes, tan sabrosas.

Cuando vuelve con la comida, además de la bandeja de sardinas, les trae un plato de gambas a la plancha.

—Nunca las habéis comido así de jugosas —se crece.

Los dos chatos de vino se han multiplicado y ya son cuatro o cinco o seis, el tono de voz de los hombres se ha elevado unos cuantos decibelios, están relajados, sonrientes.

—¡Ponnos una botella de vino y te ahorramos los viajes!

Y cuando Rafael vuelve con un crianza, ve que están comiendo las sardinas con tenedor.

—¡Aquí se comen con la mano, no seáis remilgados!

Uno de ellos separa la carne de las espinas con los dedos y después de llevarlos a la boca, los huele con disimulo.

—Están buenísimas.

—¿Qué trae a dos vascos a Benidorm?

—El turismo. Como a todos —dice el que se ha arriesgado a dejar el tenedor, aunque opta por

agarrarlo de nuevo, después de limpiarse los dedos con compulsión en una de esas servilletas — gracias por venir— de papel rasposo, casi transparente.

—Febrero es un buen mes para estar por aquí, relajarse. Da gusto así, sin tanta gente. La playa sin aglomeraciones, menos tráfico...

—No, hombre no, nosotros ya tenemos playa —le corta el otro, el que un rato después, cuando la botella de vino esté vacía, dirá que se llama Aitor.

—Entonces, ¿qué os trae por aquí?

—El negocio del turismo. Como a todos —dice Lander, pues en un par de horas, cuando vuelva del baño recién catada la especialidad de Rafael, que le habrá regalado un gramo de bienvenida, no solo le habrá dicho su nombre, sino que le habrá enseñado su DNI para demostrar que ya hace tiempo que pasó la barrera de los cuarenta, que no es tan joven como parece. Será entonces cuando le cuente que es dueño de una empresa aseguradora y le confiese que quiere invertir su dinero en el turismo de Benidorm para que no caiga en manos de la ETA.

Pero en ese instante, ni siquiera se han presentado, y Rafael les sonríe y se acerca a la barra para agarrar una botella de whisky y servir tres chupitos.

—¡Bienvenidos, pues! Estáis en el sitio adecuado.

Mi prima Nata dibuja desde niña. Tiene carpetas llenas de folios con ilustraciones, aprovecha cualquier espacio libre, dibuja en la cara en blanco de las declaraciones de la renta pasadas, en hojas de gramaje profesional, en post-its, tiene blocs llenos de bocetos, servilletas con garabatos que deberían estar expuestas en museos. Me suelo acordar de esa facilidad con la que traza con más envidia de la que me gustaría reconocer, cada vez que escribo, cuando trato de traducir en palabras todas esas imágenes que en mi cabeza se levantan con claridad, con belleza; belleza imposible de rescatar después de pasar por el filtro de la escritura; ya empiezo a asumirlo. Pienso en el partido que le sacaría a ese talento que ella tiene reservado para sus momentos de ocio — ¿es mayor el talento cuando no se le da importancia?—, pienso en los *storyboards* que dibujaría, serían capaces de decir todo lo que imposibilitan las palabras.

Antes de construir los personajes, intento contar las escenas que mi pensamiento proyecta con brillantez y claridad, reparar en cada detalle a paletadas, sin orden. Mi manera de dibujar, supongo, son oraciones que avanzan a bandazos hasta convertirse en cuentos, palabras que intentan moverse como se mueven los personajes, hablar como ellos, construir el ambiente armado del bar, el olor a sardinas que, aunque no se huelan, deben sentirse, como debe sentirse que la mente de Rafael bulle; todo ahí, todo en escena, contarlo bien sin lugares comunes, sin obviedades; evitar decir lo importante para esconderlo en los espacios estrechos que quedan entre las líneas.

Una pesadilla que me ha desvelado esta noche: no sabía dibujar, pero era capaz de estafar a cualquiera, y tenía la certeza de que, si lo necesitaba, estaría lista para disparar un arma, una semiautomática que era mía y agarraba con fuerza y escondía bajo la cama, sin que Dani supiera de su existencia —el temor a ese mismo pensamiento me despierta y no me permite dormir de nuevo—. En el sueño era poderosa y, sobre todo, sabía que nadie, jamás, sería capaz de estafarme a mí.

Era el peor momento para escribir, trabajaba a destajo, siempre había una llamada que hacer, una factura a la que le faltaba la fecha o el número o el IVA, una cifra que no cuadraba, un plazo al que era imposible llegar a tiempo. Cuando volvía a casa, Dani y yo nos enredábamos en el mismo diálogo inacabable, el bucle eterno al que no era capaz de darle un final. Según él, le esquivaba, salía tarde del trabajo, llegaba cansada, desaparecía, tenía razones de urgencia para escaparme al pueblo cada dos por tres. Pero yo solo necesitaba pensar, tener claro lo que quería de verdad. Mi cabeza, en cambio, en lugar de centrarse, prefería la evasión, buscaba alienarse con la historia de Rafael. Porque quizá me volcaba en contar su vida para evitar enfrentarme a la mía, quizá por eso jugaba a ser alguien que no era; quizá me iba de cañas con él para escuchar hazañas que me divertía imaginar convertidas en ficción, una ficción que nunca me creí capaz de escribir, tan alejada de mí, de mis circunstancias.

A los pagarés, las facturas y los Excel repletos de cifras, se sumaban documentos que ocultaba en una carpeta a la que acudía en las horas de trabajo, que quizá por eso no daban tanto de sí, documentos que apenas contenían un párrafo, dos frases sueltas: *perfiles personajes.docx*, *posible inicio_v1.docx*, *bar chanquete.docx*. Cada tarde llegaba agotada a la buhardilla, con ganas de pillar la cama después de una ducha caliente, a veces discutía con Dani porque me había ido a dormir sin fregar los platos de la cena o porque él no había hecho el baño, o no había bajado a la compra, o por qué serie ver. Y aún reventada, sacrificaba la lectura de antes de dormir por el portátil en el regazo para sumergirme en ese Benidorm poroso en el que las familias en bañador perenne convivían con la especulación inmobiliaria, la noche salvaje.

A veces tenía llamadas de Rafael, casi siempre en horas de oficina, cuando no podía atenderlo. Solía devolverle la llamada cuando bajaba al bar a desayunar un par de tostadas chiclosas y un café doble y apenas pegaba bocado abducida por alguna de sus historias. Qué pesados sois Dani y tú, ¿no os veis todos los días? Soltaba Beatriz, mi supervisora, cuando volvía a la mesa y comprobaba que mi café se había quedado frío.

En las llamadas de Rafael ya no había insistencia para que escribiera su historia, daba por hecho que lo haría y, aunque yo nunca se lo prometí, había dejado de negarme con la vehemencia del principio. Él tenía ganas de recordar, yo escuchaba, grababa sus monólogos, esos en los que se enredaba y sacaba a relucir anécdotas que, quizá a fuerza de cincelar el recuerdo, se convertían en algo que nunca fue, en lo que pudo haber sido. Cuando te lo cuento es como si volviera a pasar todo, como si lo viera en una película, solía decir. Estar encerrado, por ejemplo,

eso fue durísimo, pero acordarme ahora es diferente. Tuvo sus momentos. En Utrecht estuve casi dos años en la cárcel por lo de la venta del solar. Bueno no era la cárcel, cárcel, era el Huis van Bewaring, un centro parecido a una prisión donde te retenían mientras esperabas el juicio. Entre mi abogado y yo tratamos de alargarlo lo que pudimos. Estuve allí dieciocho o diecinueve meses. ¿Solo diecinueve meses?, le corté. ¿Te parece poco? Estuve ahí aguantando porque yo no quería la extradición y que me juzgaran en España. Estaba la cosa calentita y me habría salido caro.

Ayer me vino a la cabeza que cuando estuve allí, en el Huis van Bewaring este, o como se pronuncie, no podía hacer vis a vis porque aún no me habían juzgado ni nada; solo veía a Lola en aquellas visitas cortísimas que le dejaban hacer. Había una guardia que me hacía ojitos, así que le empecé a tirar los trastos: Qué buena estás, Toñi, qué ganas te tengo. Creo que se llamaba Toñi. La tía siempre me decía que no, pero estoy seguro de que se hacía más de cuatro pajas a mi salud. Yo le insistía, mira cómo me la pones. Iba en chándal y por aquella época aún tenía potencia, imagínate. Y se reía. Esa tía me tenía ganas, te lo digo, y yo a ella, claro, y sin vis a vis que estaba, pues más. Por la noche siempre me encerraba a mí el último en la celda para estar un rato más conmigo y yo le metía mano. Pues ese tonto con Toñi me mantenía activo, si no, me hubiera vuelto loco.

Los demás funcionarios de prisiones eran insoportables, recuerdo a una de Surinam, una tipa horrorosa, un dolor de cabeza. Era gorda, enorme como un armario. Cada vez que tenía visita, me pasaban a un cuartito y me tenía que quitar toda la ropa. Un día estaba ahí la de Surinam y yo les dije al resto de los celadores que no me desnudaba delante de ella, que esa quería verme el paquete, y no le iba a dar el capricho. Un guardia que hablaba español, creo que era dominicano, dijo que ahí éramos todos iguales. ¡Pues que te vea a ti los huevos!, le contesté, a mí esta no me va a ver en bolas, la quiero fuera. Si quiere verme en bolas, que se pase toda la noche en la celda conmigo. Al final la sacaron y se quedó con ganas de verme el paquete, se rio. De broma, cuando me cruzaba con la de Surinam, que esta sí que no recuerdo cómo se llamaba, le decía: Ay, qué ganas tengo de follar, esto es un dolor, más de un año así. Y la tía espantosa va y tramita una queja en contra mía a la dirección del Huis. Al director, en respuesta a la queja, le dije que llevaba demasiados meses de abstinencia, claro, y que a la que me habría tirado en serio era a su mujer, esa sí que era un pibón. Brigitte se llamaba, a veces se pasaba por allí y nos ponía a todos locos. Y qué me iba a decir el director, si él lo sabía mejor que nadie. Me pusieron una tarjeta roja y no pude salir en un tiempo de la celda. Pero quién quería salir, con el frío que hacía.

Rafael se reía con ganas de sus historias. Joder, te luces cada vez que hablas de una mujer, ¿eh? Te despachas a gusto, chirría hasta la grabadora, le soltaba yo cuando me hartaba de su ristra de barbaridades. Y él se ofendía: Eso no es machismo, pocas cosas más bonitas que hablar así de una mujer, con lo que me gustan a mí las mujeres. Y si que te gusten las mujeres es ser machista, ¡me declaro culpable!

Yo, al otro lado del teléfono, pensaba en lo difícil que iba a ser construir ese personaje que tenía que sostener el peso de la historia, que tenía que gustar, generar empatía.

Un día, vino Lola a verme, teníamos una hora de visita, solo una. Ella nunca me traía nada, pero aquella vez se le ocurrió colar un par de botellitas de whisky de esas de los aviones. Me las bebí de un trago, me supieron a gloria. A Lola le vinieron ganas de ir al baño, así que tuvo que salir y, cuando volvió a entrar, en el control, le pitaron las dos botellitas vacías que antes no habían saltado. Un guardia nos amonestó, y yo insistí, ¿las trae para mí y las trae vacías? ¿Qué gilipollez es esa? Para que te enteres, mi mujer me tiene hartado, es una alcohólica, le dije, y mientras escuchaba su tono de voz al otro lado del teléfono, imaginaba que sonreía al recordarlo. Al día siguiente, cogí un tenedor del comedor, que no sabes los tenedores de allí lo peligrosos que eran, una locura que no sé a quién se le ocurriría, y lo escondí debajo del periódico que cada día me traía Rafita, mi hijo que en gloria esté. Lo cogí para matar al guardia ese porque le metió la mano en el bolsillo a Lola a ver si llevaba algo más y cuando vi eso, me volví loco, pero me contuve, mejor hacerlo en frío. Esa noche, te juro que salí corriendo al pasillo para engancharlo y clavarle el tenedor, si lo pilló, lo mato. Menos mal que me redujeron y me metieron en la celda.

Poco tiempo después, entró un español, un chorizo de Sevilla, y este guardia al que casi me cargo le pilló manía. Al pobre ni le dejaba llamar por teléfono. El guardia y yo ya habíamos hecho casi las paces, pero lo volví a enganchar y le dije que el sevillano era amigo mío, que tuviera cuidado. Después de eso, el tipo me decía: ¿Qué le has dicho al guardia ese que viene a preguntarme si quiero llamar por teléfono y todo? Rafael lo contaba entre carcajadas.

Eso, Alba, es bonito verlo. Vivirlo no, pero ya que lo has vivido, es bonito recordarlo, de verdad. Te lo cuento y lo veo como si fuera una película. El tiempo al principio se estiraba, no pasaban las horas, pero luego me acostumbré a la rutina, leía mucho allí. Aquí solo leo novelitas de vaqueros, pero allí, en el Huis van Bewaring, me hinché a leer. Tenía la mejor biblioteca en español del mundo, te lo juro. Mejor que las de las universidades. Te habría gustado a ti la biblioteca esa, tú que eres una empollona. Leí mucho allí, muchísimo. Estaba enganchado a los libros porque hacía tanto frío que había días en los que ni salía de la celda, y la tele estaba en holandés y apenas la encendía. Nunca he sido yo muy de tele, de todas maneras. *No amarás a un extraño*, de un escritor bueno bueno que se llamaba Harold Roberts o Ford o algo así, ese libro me lo saqué un montón de veces. De las historias más emocionantes que he leído en mi vida, de un tipo que se mete en la mafia en Nueva York. Una barbaridad, te lo juro. Me gustaría leerlo otra vez, pero lo he buscado por todos lados, he ido a librerías de Alicante, de València, de Madrid, de Málaga, y no lo encuentro en ninguna, así que todo el día estoy con las novelitas de vaqueros porque tampoco hay mucho más que hacer en este pueblo de mierda. Pero aquello, una barbaridad de libro, en serio. Violento, sí, mucho, pero emocionante, con una historia que engancha, llena de sentido, y con tiros casi desde el principio. Porque en los libros a mí me gusta que haya tiros desde la primera página.

Una de esas noches en las que me quedé dormida encima del portátil, soñé que Rafael venía a mi

casa, me saludaba al entrar como si me acabara de ver hacía un ratito, pero yo ni me enteraba, dormida como estaba en el sofá, iba directo a la cocina, sacaba las bolsas de basura y las bajaba a la calle. Y allí, frente a los contenedores, le daba igual que una bolsa estuviera llena de envases, otra de vidrio, otra de papel, las metía todas en el contenedor gris y se alejaba calle abajo.

¿Quién narraba el sueño si yo estaba dormida? ¿Cómo podía verle ir a la cocina, bajar las escaleras, salir a la calle? ¿Qué simbolizaban todos esos residuos mezclados después del cuidado con el que los había separado, cada uno en su cubo? Era un sueño sin sentido y me desperté agitada, molesta, con la extraña sensación de que alguien me vigilaba, un sabor terroso en la boca.

El portátil no estaba en mi regazo, y temí haberlo tirado al suelo, pero Dani, que dormía a mi lado y vino a la cama más tarde, lo debía de haber dejado en el escritorio. Sin hacer ruido, cogí el móvil de la mesilla para tranquilizarme, para navegar hasta la inconsciencia por el *timeline* de Instagram entre filtros pastel, cuerpos fibrosos, memes pixelados, desayunos *healthy*, y terminé en la web de una librería de viejo en la que había conseguido cosas descatalogadas más de una vez, y metí en el carrito *No amarás a un extraño* de Harold Robbins, cliqué en comprar, puse en envío la dirección de Rafael y pagué con PayPal. El libro le llegaría a casa en tres días laborables.

Cuando escribo en la barra de búsquedas «estafa en Benidorm», Google escupe cientos de resultados. En ocasiones, aunque siempre escriba las mismas palabras, siempre en el mismo orden, los enlaces que me ofrece varían ligeramente. A veces, lo primero que aparece es «Un detenido en Benidorm por estafas amorosas a través de las redes sociales», un titular que me divierte, claro, que me lleva a leer la noticia completa, en la que un grupo organizado, llamado *romance scam*, comete ciberestafas. Me hace pensar en todos esos neurocirujanos estadounidenses, u odontólogos, o marines de dientes blanquísimos, que piden seguirme por Instagram, con sus perfiles similares, fotos que parecen sacadas de bancos de imágenes, foto con perro, foto en consulta, foto en el campo, foto con hija, o hijo, con los mismos dientes blanquísimos, irreales. Pierdo tiempo en sus perfiles, pero nunca acepto su solicitud de amistad, aunque me tienta conocer qué caminos intrincados sigue la conversación en la que me contarán que son viudos, quizá padres de una hija, y en la que terminarán por pedirme dinero, ellos, con sus profesiones liberales, con sus tratamientos odontológicos carísimos, a mí, que hace apenas un año que soy capaz de llegar a fin de mes sin ahogarme.

A veces, el primer titular cambia, «Dos detenidos en Benidorm por estafar más de 42.000 euros mediante el “tocomocho”». Según la primera acepción de la RAE, *tocomocho* es un timo cometido con un billete de lotería falso con el que se estafa a alguien al vendérselo como premiado, a un precio inferior al de su premio. Según la segunda acepción es el mismo billete de lotería falso que se emplea para el timo. Según la noticia, además de décimos supuestamente premiados, también se ven involucradas en la estafa una persona que simula tener una discapacidad y otra que hace de gancho y es la encargada de convencer a la víctima de que vaya al banco. Un embrollo del que yo, aunque quisiera convencerme de lo contrario, podría ser presa fácil por mi creciente bloqueo cuando alguien se dirige a mí por la calle y soy incapaz de decir no, al contrario, asiento y colabo con monedas o doy mis datos o escucho con paciencia una charla eterna.

Pero, de vuelta en Google, en esas búsquedas aleatorias, diferentes horas, diferentes días, aparecen también otros titulares: «Dos detenidos en Benidorm por estafar a mayores con uso fraudulento de tarjetas», o «Varios detenidos en Benidorm por estafas en la venta de entradas», o, entre otras muchas, «Benidorm, ciudad del trile».

«Benidorm, ciudad del trile» se corona, sin ninguna duda, como mi titular preferido. Es sonoro. Tiene fuerza. Creo, incluso, que la historia podría llamarse así, *Benidorm, ciudad del*

trile. Suena radical, atractivo, suena a estreno de Netflix el próximo septiembre, no se lo pierdan.

Es al escribir en el buscador «la mayor estafa en Benidorm» cuando aparecen noticias relacionadas con Rafael, con el solar, noticias en las que Teodoro, el señor al que liaron para que se hiciera pasar por el dueño, se nombra como uno de los cabecillas junto a Reinoso y, nuevo giro de los acontecimientos, también nombran a Ramón, el hermano de Rafael. Mientras Rafael, de nuevo, se convierte en secundario de una historia que querría protagonizar.

«Los acusados de una multimillonaria estafa en Benidorm aceptan penas de 8 a 16 meses» es una de las primeras noticias que escupe el buscador, publicada por un importante periódico nacional el 2 de diciembre de 2003, y habla del juicio que tuvo lugar, finalmente, catorce años después del delito que, por entonces, acababa de prescribir. «Un abogado niega que esté implicado en una estafa en Benidorm», publica el mismo periódico el 18 de marzo de 2002, y en la noticia se habla de un abogado, socio de Alfredo Reinoso en la inmobiliaria, que fue quien redactó el contrato de compra del solar, y afirma no formar parte de la estafa. Es más, al recibir la notificación por parte de la policía de que la venta del terreno era ilegal, pidió a Reinoso que comunicara al resto de los socios lo ocurrido y siempre, según afirma, colaboró con las autoridades competentes.

Encuentro también una carta al director en ese mismo periódico, titulada simplemente «La estafa de Benidorm», del 1 de octubre de 2002, en la que, sin gran interés por la retórica, el autor, un notario que estuvo presente en la notaría de un pueblo cercano al mío para otorgar un poder especial que permitiera la venta de un terreno en Benidorm, desmiente detalles de la noticia «La mayor estafa de Benidorm» —con el subtítulo «Aplazado el juicio contra una banda que se apropió de unos terrenos de gran valor junto al mar y los vendió a un empresario»—, publicada el 11 de septiembre de 2002 —aunque erra en la fecha, y afirma que se publicó el 10 de septiembre—. En la carta aclara que, aunque sí que fue él quien otorgó el poder, este no sirvió para la compraventa del solar que se realizó en Barcelona porque, además de ser revocado por un notario de la ciudad condal, la transacción se realizó en presencia del supuesto dueño del terreno, Fernando Palop Mata, sin necesidad, por tanto, de ningún tipo de documento que permitiera tomar decisiones legales a terceras personas.

En la mayoría de las noticias que encuentro en los medios de la época se afirma que el comprador del terreno era gallego, no vasco. Me siento desorientada, a pesar de la línea cronológica que he escrito en una pizarra blanca colgada junto a la nevera, en la que marqué los hitos que me relató Rafael —propuesta de venta, poderes falsos, DNI falso, primer pago, segundo pago en notaría en Barcelona, fuga, extradición, regreso a los Países Bajos, frontera, delito que prescribe, regreso a España—, y pretende ser mi guía, mi tabla de salvación.

Demasiadas versiones para una misma historia.

Es casi mediodía, el Chanquete está lleno de parroquianos que toman café y carajillo, que toman cerveza y whisky, que fuman acodados en los toneles, donde cuchichean y solo con mirarse de reojo parecen cerrar tratos que pondrían en alerta a cualquier persona dedicada a la seguridad nacional. Alfredo Reinoso está apoyado en la barra, un palillo en la boca, un chupito de whisky frente a él, la camiseta transpirada, cercos de sudor en las axilas, en el pecho.

—¡Humedad del carajo!

—Más habrá en Cuba y seguro que allí no te quejabas —le suelta Rafael y le rellena el chupito.

—Yo no he pisado suelo cubano en mi vida, desgraciado.

Rafael se aguanta la risa ante su propio chiste, un chiste recurrente que siempre le hace gracia.

Reinoso se impacienta, harto ya de las bromitas de Rafael, que a veces le arrancan una carcajada en contra de su voluntad.

—Más vale que me cuentes ya qué te traes entre manos, que ando con prisa y luego me clavas un dineral por los whiskies estos que ni te he dicho que me pongas. Que caminas con los codos, amigo.

—Pues para no quererlos, bien que te los has bebido todos del tirón —le corta Rafael mientras le pone otro, bien cargado, y baja la voz—. ¿El solar del abogado sigue sin movimiento?

—El pendejo vive en Londres y no se ha acercado por aquí en años. En la agencia llevan tiempo intentando contactarlo y nada... Imposible. Debe de haber cambiado de domicilio, o de teléfono, o igual la ha palmado, ¿cómo saberlo? —Y se bebe el whisky de un trago—. Si ese solar fuera mío, ya lo habría vendido por un pico, que se le puede sacar un dineral. Quinientos o seiscientos millones de pesetas tirando por lo bajo, pa vivir como un rey. Pero los ricos no necesitan más, ¿no es verdad?

Rafael tiene la botella en la mano, está quieto, la mirada perdida, Alfredo lo interrumpe.

—¿Qué estás tramando?

—Nada, que me tengo que largar, Reinoso, que me van a meter en el trullo, que dicen que igual son ocho años por tráfico. Tengo que pegar un palo y salir pitando antes de que me trinquen.

—¿Y qué tiene que ver el solar en todo esto?

—Pues que he encontrado un comprador al que los billetes le queman en las manos y lo veo capaz de pagar el solar a toca teja.

—Sí, por supuesto —le corta Reinoso—. Solo veo un problema: el solar no es tuyo.

—Tampoco era mío el solar que vendí en Altea, no me seas..., acuérdate.

—Va, ¡no valía nada la mierda de terreno ese que vendiste con el argentino! ¡Setenta mil pesetas! Menuda basura. Te digo que esto no es lo mismo, Rafael. ¡No es lo mismo! Esto es bien serio.

—Entonces, ¿por qué siempre tienes el solar de Poniente en la boca, Reinoso?

—Ondia, porque es el último en primera línea, ¡el último! ¡En la playa de Poniente ya no queda ni un centímetro! ¡Ahí! ¡En el paseo mismo! Y me quema que su dueño no le dedique ni un pensamiento.

Rafael despliega su sonrisa zorruna.

—Si el abogado no saca tiempo para venir, cuidar del solar, acicalarlo, ponerle un lacito y sacarlo al mercado inmobiliario como se merece una parcela así de hermosa, alguien tendrá que hacerlo, ¿no te parece?

Era Semana Santa, las horas extras se extinguían en la oficina y se acercaban las vacaciones. Dani y sus amigos habían alquilado una casa rural, por la noche cervecitas y por el día paseos y actividades para que los hijos de sus amigos entraran en contacto con la naturaleza, montaran a caballo. Cuando me lo propuso, me bajé del plan. No me apetecen vuestras charlas de cincuentones. Meterme con su vejez era la base de nuestra relación. Tengo cuarenta y cinco, Alba. Decirme su edad exacta era siempre su respuesta, y cada una de las veces fingía sentirse ofendido, excepto esta, porque lo que le molestó de verdad fue que decidiera no ir. Necesito descansar, Dani, y unos días en una casa llena de niños que siempre terminan por tocar el tambor en nuestra habitación antes de las siete de la mañana no es sinónimo de descanso. De hecho, mi plan era uno, solo uno, dormir hasta el domingo, hacer pausas para atracar la nevera de mis padres, volver a la cama, retomar el sueño por donde lo había dejado.

Pero el viernes antes de las nueve de la mañana me despertó el teléfono: Reina, te invito a almorzar. Me han dicho tus padres que estás por aquí y hace mucho que no nos vemos. Dio igual que mi capacidad de respuesta fuera nula, que la frase que conseguí esbozar no tuviera verbo, ni sujeto, ni sentido. Rafael la tomó como un sí y me citó a las diez y media en el bar de Chimo.

Llegué aún dormida, enfadada por no saber negarme, de nuevo mi torpeza para decir que no, un kilo de corrector para ojeras que le daba a mi rostro un tono beige irreal, ajeno a mi color de piel. Rafael estaba sentado a una mesa en la que tres hombres vestidos con mono de taller de reparación de coches se hincaban un bocadillo enorme, acompañado por aceitunas, cacahuetes con cáscara y una copa de vino con gaseosa, y les vacilaba: Con el careto que tienes, normal que tu mujer se tenga que quitar las gafas para dormir contigo, porque como te distingas bien, te vas al sofá directo. Y se reía de una forma escandalosa que forzaba al resto a hacer lo mismo. Al verme, me llamó: ¡Reina! Se puso en pie y dijo: Ahí os quedáis, que hoy almuerzo con mi novia. Todos me miraron y yo saludé, los ojos agarrados al suelo. Los conocía de vista, supuse que ellos también me conocían. Uno de los hombres susurró, no lo suficientemente bajo: ¿Esta es la de los Cabreros? Sí, la hija de Bernardo, pero es que vive fuera, en Madrid o por ahí. Es forastera ya.

Cuando nos sentamos en una mesa de la terraza, los hombres aún nos miraban desde dentro del local, y escuchamos algún murmullo a nuestro paso, y Chimo, antes de tomar nota de lo que íbamos a almorzar y recomendarnos la tortilla de ajos tiernos, me escudriñó con la mirada. A la próxima quedamos en Benidorm, me dijo Rafael cuando Chimo se alejó recién tomado el pedido, que aquí la gente se aburre. Pueblo pequeño..., comencé a decir, pero ni siquiera terminé mi

sentencia porque Lupe, mi vecina, gritó al pasar junto a nuestra mesa, el carro de la compra a rebosar: ¡Rafita! ¿Dónde te has dejado a Lola?, al vernos juntos en la terraza se quedó descuadrada, y se acercó sin disimulo. Alba, ¿cómo estás? Guapísima por lo que veo, eso sí. ¿Qué haces por aquí? ¿Cómo va por la capital, artista? Yo tardé en responder porque me detuve a pensar cuál sería la definición exacta de cotilla mientras me imaginaba la foto de Lupe en el diccionario de la Real Academia, los ojos saltones, la sonrisa torcida, como única y efectiva explicación del término. Nada, unos días de vacaciones, le dije. Yo voy a casa de mi hijo a llenarle la nevera, me cortó, que si no, ese es capaz de estar tres días sin comer. Señaló el carro de la compra. De mi nevera a la suya, así también me independizo yo, así también me voy yo de casa. Ni lavadora tiene el muy cabrito. Y nos volvió a mirar a uno y a otro, quizá a la espera de una explicación. Somos amantes, Lupe, pero no le digas nada a Lola, que esa me la corta sin remilgos. Lupe rompió a reír, una risa que eran pequeños gritos, hipidos inconexos, y cuando se le pasó el ataque, aunque aún hipaba, siguió por unos segundos con los ojos fijos en nosotros, hasta que se dio cuenta de que no le íbamos a decir nada más.

¿Cómo estás, reina?, me preguntó Rafael después de dar un trago a su tercio de cerveza y agarrar un puñado de cacahuetes. Reventada, dije, el maquillaje tirante sobre mi piel incómoda. Demasiado trabajo. ¿Aún no has empezado a escribir?, me jodió su pregunta. Lo miré de reojo, el peso de la rutina en mi espalda, el miedo y la excitación que me provocaban los proyectos sin comenzar, lo a gusto que estaba en ese estado previo a mancharme las manos, a ensuciar el documento con ideas inconexas. De hecho, le dije, nunca te llegué a confirmar que iba a escribir tu historia. Él dio un mordisco a su bocadillo y me miró con sorna. Claro que vas a escribirla. Me tiran los trastos guionistas y escritores todo el tiempo, y yo siempre les digo que la historia es para ti. ¿Qué guionistas? Se dice el pecado, no el pecador, y después de soltar el farol, satisfecho, levantó su cerveza para brindar. A pesar de saber que mentía, se me agarrotaron los hombros, las manos, si hubiera sido un perro habría levantado la pata para marcar territorio, para dejar escrito con gotas de orina que esa idea me pertenecía, que nadie debería acercarse. Me sorprendí, ¿tan dentro estaba ya de esa historia? Rafael me desarmó con su insistencia. Venga, ¿cuándo te vas a poner? Dame un par de meses, le dije, y te aseguro que me lanzo a ello, pero ten paciencia, soy lenta. Muy lenta. Se terminó de un trago su tercio y me miró como si fuera un autor consagrado, más que habituado a las inclemencias de la creación. Tranquila, entiendo que tiene que ser difícil, muchas dudas. Pero yo, con verla terminada antes de morirme, me conformo. Bueno, y con que el protagonista sea tan guapo como yo. No me jodas, eh, si coges a un actor feo para que haga mi papel, me enfado. ¡Trato!, le tendí la mano. ¡Trato!, y él apretó la mía con tal fuerza que entendí que no era de los que daban la mano blanda, signo de fragilidad y pasividad de carácter.

A Rafael le quedaba solo el pico de pan en el plato, la cerveza vacía, mientras yo había dado dos tragos escasos a mi botellín, un par de mordiscos al bocadillo; estaba mareada, mi mente en un

plano distinto al que sostenía mi cuerpo. Eso sí, me tendrás que contar la historia ordenada, cada pequeño detalle, le dije, los engranajes de mi cabeza sin parar de girar. Quiero saberlo todo, cómo conociste al tal Reinoso, cómo se gestó la idea de vender el solar, cómo diseñaste esa estafa tan bien orquestada, cómo cobrasteis, cómo salía el dinero del banco; al hablar del dinero, lo imaginé en bolsas de plástico, vi la escena, la costa de Alicante convertida en el New Jersey de los Soprano, el hermano de Rafael en pantalones de chándal y sudadera, imprescindible la cadenita de oro que asomaba por el cuello, lo vi salir del banco, una bolsa en la mano donde era fácil imaginar que llevaría un bote de lentejas, unos yogures, no cientos de miles de pesetas en billetes crujientes, apenas mancillados.

¿Te importaría que pusiera la grabadora las próximas veces que nos reunamos? Rafael asintió, aunque miró a ambos lados y bajó la voz. Pero esto solo puedes escucharlo tú, que se me escapan cosas que no quiero que salgan. Ya sabes..., por lo que pueda pasar. Y en ese misterio fingido, tan de detective de Agatha Christie, giró la cabeza a ambos lados y luego me miro a mí, sus ojos me pedían discreción, pero en ellos vi, sobre todo, el deseo de que aquella historia, su gran hazaña, no terminara escondida bajo el peso de dos edificios de mármol, esos que, junto a los rascacielos que quebraban la armonía de la costa de Alicante, habían borrado las huellas de un Benidorm pesquero, que trabajaba el mar, la tierra, un Benidorm levantado sobre la aspiración de figurar, existir, posicionarse en el mapa europeo, en el del mundo, levantado sobre chanchullos, manos callosas, trabajo, corruptelas, viajes al Pardo. En ese lapso de segundos, me di cuenta de que la historia que iba a escribir se centraría más que en la estafa en sí, en el momento en el que en Benidorm se pudo cometer un timo de tal calibre, un momento que ayudó al pueblo a convertirse en ciudad, esa identidad nueva que trataba de borrar de su ADN la pesca, los olivos, las dunas llenas de retama y esparto. No te preocupes, le dije. Será una herramienta de trabajo, solo yo escucharé lo que grabemos. Eso sí, avisa cuando venga contenido sensible. Ya te darás cuenta, ya, me respondió, y me tuve que reír.

He reunido algunas fotos, un par de la discoteca, una del bar, y la que más me gusta, una mía de pequeño en la que ya se me ve el diablo en los ojos... Iba a un colegio de monjas, y a las pobres se lo hacía pasar muy mal. A una monja la amenacé con una silla de pupitre, una silla grande para mi tamaño de entonces, pero aun así, la empuñé como una espada. Yo era un niño flacucho que apenas podía levantar un peso así del suelo, pero lo levanté. Me tuvieron arrodillado de cara a la pared durante semanas. Me divertía poner a las monjas al límite, probarme también a mí, ver lo que era capaz de hacer.

Estoy buscando fotos de Utrecht, te las doy en cuanto las tenga. Ay, me voy mañana a Madrid, ¿me las puedes pasar por email? Entonces, el que se rio con ganas fue Rafael. ¿Email? Pero ¿por quién me tomas? Yo ni email, ni los teléfonos enormes esos que os tienen a todos enganchados, que hay que ser gilipollas, ¡pagar para que te controlen! Me enseñó un Nokia enano, teclado y pantalla. Con esto llamo y me llaman. Ni un email de esos pienso poner en toda mi vida. Os espían, y yo no puedo permitirme que me espíen, me guiñó el ojo. No me conviene.

Entonces me di cuenta de lo difícil que iba a ser trabajar sin poder comunicarme con él como lo hacía con todo el mundo, con textos y adjuntos, con preguntas rápidas que no requerían de una hora al teléfono. Se las puedes dejar a mis padres y que me las pasen escaneadas, ¿te parece? Venga, hacemos eso, reina.

En la mesa de al lado, un par de señoras nos miraron sin disimulo y comenzaron a cuchichear a un volumen que, quizá pensaban, les servía para fingir discreción, pero estaba claro que en realidad buscaban que las escucháramos, que nos diéramos cuenta de cuál era su opinión sobre el asunto, buscaban un par de sillas en nuestra mesa, meter sus cabezas coronadas por cardados infinitos entre las nuestras. Rafael les dedicó una sonrisa enorme y, sin desviar la mirada de las señoras, de sus bocas acostumbradas a la crítica descarnada, le gritó a Chimo: ¡Tráenos un par de cervezas más, que aquí mi amiga y yo nos estamos quedando secos!

Apenas dos días después, cuando ya estaba de vuelta en Madrid, me llamó mi madre para decirme que Rafael había pasado por casa para dejarles unas fotos. Esto es confidencial, como alguien las vea, sois cómplices, les vaciló. Está emocionadísimo con la idea de que immortalices su historia, hija, celebró mi madre.

Cuando el parpadeo del móvil me anunció la llegada del correo a mi bandeja de entrada, tuve que ir al baño a toda prisa, a pesar de que Beatriz llevaba toda la mañana pegada a mi cogote porque estábamos en pleno pico de trabajo. Me senté en la tapa del váter, abrí el correo firmado por mi madre, un mensaje escueto, ¡Éxitos!, descargué el adjunto y lo leí en la pantalla del teléfono sin apenas respirar.

Junto a las fotos, Rafael ha dejado una nota, al abrir el documento escaneado que mi madre ha llamado Carta.pdf para que no haya sobresaltos, me sorprende la caligrafía, cuidada y redonda, la pulcritud del trazo, la anotación al margen —Para Alba—, las esquinas dobladas en las que, aunque se trate de una copia, se percibe cómo buscan coincidir en un pliegue minucioso. Mi madre también ha escaneado las fotos, y las ha adjuntado junto a la nota en el correo, cuyo mensaje, escueto y directo, ¡Éxitos!, me entenece.

En la nota, leo que Rafael aún no ha podido sacar de sus cajas las fotos de Utrecht. Las tengo escondidas para que no las vea Lola, por eso de que en muchas salía la loca, tú ya me entiendes. Y con la loca se refiere a la mujer con la que convivió cuando se quedó solo en los Países Bajos, con la que tuvo otro hijo tiempo después, cuando Lola regresó a España, al pueblo, cuando intentó salir adelante ajena a lo que se decía a su alrededor, consciente de que sus hijos tenían que empezar de nuevo, después del esfuerzo que tuvieron que hacer por mimetizarse con el resto de los niños neerlandeses.

Al abrir el documento de las fotos, encuentro a un crío sentado frente a un pupitre, los ojos de Rafael, su sonrisa ladeada, el hoyuelo, solo uno, en la mejilla derecha, el mapa de la península ibérica color sepia a su espalda junto a una cruz enorme; encuentro la barra del Chanquete donde Rafael, contento, joven, abraza a Lola, que se ríe a carcajadas, el delantal puesto, y levanta una espumadera con la que parece amenazar a quien tomó la foto; encuentro la puerta de entrada a una discoteca que imita a un templo griego, el frontón y las columnas, Dionisos escrito en luces de neón, pequeñas palmeras que, a pesar de la escala de grises de la imagen, se intuyen de un verde plástico, fingido; encuentro otra foto en el mismo lugar, pero esta vez frente a la puerta de Dionisos hay tres tipos, puro en la boca, vaso de tubo en la mano, agarrados por los hombros; dos de ellos podrían ser Rafael, pero el que levanta la copa y brinda con quien sostiene la cámara, con quien inmortalizó el momento, tiene sus ojos, su mirada socarrona, su malicia; el del lado derecho intuyo que es su hermano, sus mismos rasgos, pero los ojos calmados, la mandíbula más fina, el tercero, entre los dos, se ve borroso, contento, debió de moverse cuando tomaron la foto, apenas se le distingue, pero podría tratarse de un político que empezó a triunfar a finales de los noventa, o quizá mi imaginación se afana por perfilar esos rasgos conocidos en este rostro difuso, desdibujado.

Rafael sonríe frente al espejo y se limpia los restos de blanco que ensucian sus fosas nasales, hay que ser cuidadoso, detallista, poner atención. Aún es pronto, pero la discoteca ya empieza a estar desbordada, últimamente, cuando hacen caja, alucinan, ¿de dónde salen todos esos billetes? Imagina a los turistas con las carteras a reventar y ganas de gastar, pasarlo bien, de chuzarse. Le gusta su trabajo, le alucina su trabajo, sobre todo, este momento: meterse un tirito nada más llegar a la discoteca después de despedirse de Lola, que ha ido donde su suegra al cerrar el bar para recoger a los niños y llevarlos a casa, tienen que dormir, mañana será otro día. Porque es este momento, el de levantar la cabeza después de la raya de rigor, mirar su reflejo y saber que la noche está llena de posibilidades, el que le insufla un chute de energía que lo llena de euforia. La noche es suya, el mundo está a su alcance y, por mucho que suene a cliché, siente que va a comérselo a bocados.

Al salir del baño se cruza con la sueca a la que ayer magreó en la barra después de invitarla a dos copas, menudo pibón. Hoy tampoco se tiene en pie. A las suecas las pierde un buen cubalibre, las pierde que sea tan barato, es ron de Cuba, Rafa, buenísimo, le insistía ayer para que bebiera de su copa mientras él le agarraba el culo con las dos manos y sentía que le faltaban un par más, menuda mujerona.

—¡No sabes beber! —le grita Rafael. Ella apenas levanta la cabeza, sonríe, no parece reconocerlo, el cubalibre aprisionado entre sus dedos, y se apoya en la pared para evitar escurrirse, evitar la caída.

Rafael se pasea por la pista de baile que, por minutos, parece multiplicar su aforo, suena «Please» de Pet Shop Boys y la gente grita y la gente salta y las mandíbulas se desencajan con euforia. Se acerca a un grupo de ingleses y abre los brazos como si quisiera abarcarlos, abrazarlos a todos.

—*My friends!* ¿Cómo se presenta la noche?

Ellos sonríen, algunos le dan la mano, no es la primera vez que se cruzan con él, que reparte palmaditas en la espalda, tickets de descuentos para copas.

—¿Bien *the night*? *Contents*? *Happy*?

—¡Tu discoteca la más mejor, Rafael! —le suelta una inglesa de rostro elegante y caballuno, su sonrisa llena de dientes, mientras bailotea con él, la cara apenas a un palmo de la suya.

Uno de los ingleses le hace un gesto con la cabeza, casi imperceptible, Rafael se le acerca, y el inglés le deja un billete en la mano que, con sutileza, es intercambiado por una bolsita.

—Esto es oro —le susurra Rafael y se despide del grupo con un último movimiento de caderas dedicado a la inglesa, un beso en su pómulo pronunciado, un deseo de que lo pasen bien, una ronda de chupitos gratis, esos que las camareras saben que toca rellenar con alcohol adulterado.

Cuando parece que la noche no le traerá más que guiris simpáticos y conversaciones vacías, ve entrar al abogado, el que desde hace unos meses reparte sonrisas en cada evento, en cada fiesta, el que va a presentarse como candidato para la alcaldía de Benidorm, y Rafael quiere cobijarse a su sombra, bien cerquita. Junto a él, llegan algunos compañeros de partido y un par de abogados de su bufete, las camisas desabotonadas, el vello del pecho al aire, copas de más, y las risotadas un par de decibelios por encima del «Walk Like an Egyptian» de The Bangles, esa música que a Rafael le horroriza pero que pone a la gente a bailar, a beber, a gastar como si tuvieran cuentas de ahorro infinitas. Rafael se acercará a los políticos en un rato, cuando hayan bebido más y hayan charlado más, cuando hayan calentado. Pero ahora, mejor encerrarse en el despacho, otra rayita y un whisky con hielo que le ayuden a pensar.

La pista de baile está a reventar, a Rafael le cuesta cruzarla, saluda a unos y a otros, levanta su whisky, brinda con un par de chicas de ojos sin parpadeo, cubiertas de sudor, con un grupo de chavales que, cubata en una mano, casco de la moto en la otra, le suplican tickets para copas gratis, y se los quita de encima:

—Bebéis más que los peces en el río, no me salís a cuenta. Pero bueno, buscadme luego.

Rafael tiene un objetivo, al otro lado de la pista, cerca de la barra, en una mesa atrincherada por sillones de escay, el abogado, sus socios de bufete y algunos compañeros de partido rellenan sus copas de una botella de whisky de malta que ocupa el centro de la mesa.

—¡Los ecologistas de los cojones! —berrea un tipo esmirriado, cubierto por un sudor que lo envuelve en una pátina brillante, mientras chupetea un puro que podría ser el culpable de esa voz ronca que incomoda.

—¿Quién coño quiere dunas? ¿Esas montañitas de arena llenas de rastros y mierda? —grita otro, mientras apaga su cigarrillo en el cenicero, los dedos amarillentos, las uñas chatas—. Con lo bonito que es un paseo, un balcón al mar. Que se vayan a vivir al campo, ¡asalvajaos!

—Pues más hartos que os van a tener —les responde el abogado con ínfulas de alcaldía—, la Ley de Costas va a ir p’alante, solo falta que la apruebe el Senado... ¡Nos van a joder vivos!

—¿Y las urbanizaciones?

—Esas p’alante también, José Luis, no me jodas, que ya tenemos todos los permisos y una vez que tienen el sello, eso no lo toca nadie. Algunas obras ya tienen los primeros ladrillos y tó...

Rafael lleva un rato rondando la mesa, ha pedido otra botella de whisky para los señores, invita la casa, y se acoda en uno de los sillones de escay.

—A mí, mientras me dejéis los bajos para poner discotecas, estoy servido —les dice mientras les tiende la botella de Cardhu 12 años a la que la camarera le ha tenido que quitar el polvo porque la guardan al fondo del estante, detrás del JB, y solo para ocasiones especiales.

—Por eso no te preocupes, Rafael —dice el tipo esmirriado—, mientras nos trates así de bien, todos los bajos son tuyos.

—Y no se refiere a estos —grita el de los dedos chatos, que se agarra la entrepierna y da codazos al esmirriado para que se carcajee con él.

Mientras la camarera reparte vasos limpios para el whisky, vasos de tubo, aunque ella sepa que el whisky se bebe en copa baja y ancha, en la discoteca no se andan con tanto remilgo, Rafael le da una palmada en el trasero, sonora, que todos se enteren, ella también me pertenece, y toma asiento junto al abogado. La camarera no cambia ni un milímetro la expresión de su rostro, pero le habría gustado meterle el vaso de tubo por el culo, hacerle daño, ese pensamiento la alimenta cada noche. Pero Rafael está lejos de interesarse por lo que piense la chica, su cabeza, en ese terreno en primera línea de playa que quiere hacer pasar por suyo. ¿Le dejarán construir con la ley de los cojones?, y da un trago a su whisky, joder, qué bueno está, ojalá haya Cardhu cada noche, y no el DYC que le abrasa la garganta, tiene que darse prisa, lo tiene claro, o terminarán por joderle los planes.

—No os preocupéis —dice el abogado, que, curtido en ser el centro de atención, se pone en pie, la copa en alto, ese whisky caro como fuera de contexto en el vaso incómodo, donde boca y nariz se encuentran y apenas dejan hueco para tragar—. ¡Hecha la ley, hecha la trampa!

Brinda al aire y el resto le corresponden mientras acompañan sus risotadas a las suyas, el ensayo descoordinado de una función escolar.

Quedamos directamente en Benidorm. Rafael había tomado por costumbre llamarme cada semana, aunque yo no siempre le cogiera el teléfono; aún no le había contado a Dani qué era lo que me tenía ensimismada, por qué las horas se escurrían a mi alrededor mientras yo permanecía inalterable ante la pantalla del portátil. ¿Qué escribes? Un diario, fue la primera respuesta que se me puso a mano en el centrifugado en el que se había convertido mi cabeza, estoy escribiendo un diario. Mi relación con la historia de Rafael iba de la fascinación al miedo y, a veces, de la fascinación al tedio, la pereza de embarcarme en un proyecto para luego tener que desempolvar mi agenda de contactos, esos con los que alguna vez trabajé y desde hacía unos años se habían convertido en algunos *likes* aislados en redes sociales, en un Feliz Navidad perdido entre una amalgama de wasaps; el temor a esforzarme para que, al final, todo ese sudor, esas lágrimas, quedaran abocados a una carpeta remota al fondo del disco duro de mi ordenador.

A veces, Rafael me llamaba cada quince o veinte días, supongo que durante las épocas en las que estaría más liado con sus historias, con esas elipsis que me dejaba intuir —pero no nombraba—, con sus asuntos, o, como él los llamaba, sus *negocios*. Al descolgar siempre lo mismo: ¿Cómo estás, reina? Y me contaba alguna anécdota. Yo a veces tomaba notas, otras, cuando me pillaba por la calle sin cuaderno ni portátil a mano, trataba de guardar la batallita, siempre cargada de épica, siempre rozando la leyenda, en alguna esquina de mi cerebro, para que el recuerdo permaneciera inamovible, matices y tono, cada una de las expresiones que esgrimía envuelta en un paño para poderlas volcar, sin desperfectos, en el caos en el que se habían convertido mis cuadernos.

Llegué a Benidorm después de más de seis horas de viaje, una retención salvaje a la salida de Madrid, un par de coches volcados que redujeron los carriles de la autovía, la calefacción del coche rota, los pies congelados, una playlist de Spotify que daba saltos estrambóticos guiados por un algoritmo sin intuición. Mi pie, cuando el tráfico se diluyó al tomar la AP-7, apretaba el acelerador con intensidad, con fuerza, sin que fuera consciente, la mayoría de las veces, de que el cuentakilómetros alcanzaba los ciento cuarenta, una velocidad que excedía con mucho la permitida y que, seguro, provocaría que más de una multa en forma de carta certificada llegara a manos de mi madre —el coche seguía a su nombre— porque mi cabeza no estaba en la carretera, estaba ya en Benidorm; pero en el Benidorm de finales de los ochenta, donde un solar sin más atractivos que su ubicación empezaba a hacerle tilín a Rafael. Ni siquiera le prestaba atención a la carretera, a pesar de que el verde y las rocas contrastaran con el azul metálico del mar, con el

gris eléctrico de las nubes cargadas que esperaba que tuvieran paciencia y desataran la tormenta horas después de haber llegado a mi destino.

Cuando por fin entré en las callecitas que desembocaban en el paseo de la playa de Poniente, vi el coche de Rafael aparcado en un espacio reservado para personas con discapacidad, con su correspondiente tarjeta bien visible desde la luna del coche. Tuve que dar al menos cinco vueltas por las calles estrechas que bordeaban el punto de encuentro, y cada vez que cruzaba de nuevo el paseo, veía a Rafael de lejos, sentado en la terraza de un bar frente a una cerveza brillante en la que rebotaban los rayos de sol.

Al plantarme frente a Rafael, el cuello tenso por el rato de carretera, un hormigueo incómodo en las piernas, en los pies, él estaba a punto de pedir una segunda caña, pero le supliqué dar un paseo para estirarme un poco, para evitar beberme una cerveza que, seguro, me emborracharía más rápido de lo esperado tras horas sin comer, sin beber agua, con la cabeza a demasiadas revoluciones. Necesitaba concentración para hablar con él, quería que me contara cómo, hacía ya treinta años, convenció a los vascos de que él tenía el poder notarial del solar, de que era el escogido por el dueño para gestionarlo, el tercero capaz de firmar un contrato de compraventa en su ausencia.

¿Cómo estás, reina? Mejor vernos aquí que nadie nos molesta, ¿verdad? Que no están las viejas del visillo asomadas a las ventanas, los pesaos que se sientan en una mesa a cotillear para luego comentarlo todo, los radiopatio de los cojones, me saludó Rafael antes de darme dos besos que le devolví entre risas, mientras él se encendía un cigarrillo con un mechero plateado en el que el escudo del Valencia C.F. empezaba a desconcharse. Le propuse acercarnos al edificio que se asentaba sobre la tierra reseca que lo hizo rico. Aunque pareciera increíble, a pesar de las veces que me había acercado a Benidorm para ver los lugares en los que ocurrió todo, aún no me había acercado a ver la finca que Lander mandó construir, a observar en directo aquellos dos bloques de mármol que lucían majestuosos y afeaban los que se levantaban a su lado.

Rafael me preguntó por mi trabajo: ¿Sigues en la oficina esa que tanto te aburre?, pero, entre líneas, escuché palabras que no había pronunciado, escuché: ¿Por qué no escribes? O quizá fueran imaginaciones mías, mi culpa por no dedicarle tiempo a su historia. Pensé en excusas para no hablarle de mis escasos avances, pero me di cuenta de que llevaba un rato sin escucharme, los ojos puestos en las dos torres de mármol blanco que se distinguían a lo lejos, y no supe leer si había en sus ojos un orgullo encendido, que ardía, o una decepción candente, propia de alguien que tras tener siempre el pie en el acelerador se veía, sin darse cuenta de cómo o de cuándo, condenado a sentarse en el asiento del copiloto.

Apenas lo había visto un par de veces cuando lo vendí, susurró mientras admiraba la urbanización, de la que ya apenas nos separaban unos metros, como un artista contempla su gran obra, con una especie de satisfacción, de aturdimiento. Es fuerte, le dije. ¿El qué? ¿Esto?, y señaló las dos torres blancas. No. Que fueras capaz de convencer a Lander de que el terreno era tuyo. Fue más fácil que eso, respondió, y asomó de nuevo su sonrisa ladeada y volví a verlo

como un actor que se encaramaba al escenario y buscaba que el foco lo alumbrara a él, solo a él, mientras sus compañeros de reparto menguaban y él enarbolaba su monólogo con las manos extendidas, la voz engolada: Ay, Alba, montamos un pifostio que ni una superproducción de Hollywood. Todo eso te habría venido mejor para tu profesión que unas prácticas en una película, te lo digo. Pero ¿te hiciste pasar por el dueño? La respuesta de Rafael vino con un gesto condescendiente. ¿Tengo pinta yo de abogado rico? Qué va, mujer, me hice con unos poderes del solar. ¿Cómo? Bueno, los falsifiqué. ¿Lo falsificó Reinoso?, interrumpí. Rafael bajó la voz. Qué va, eso lo hice yo, en la copistería de siempre, la del pueblo de al lado. ¿En serio?, aluciné. Rafael se rio. En serio, en serio..., pero no cuentes esto, que no quiero poner a nadie en un compromiso. Los llevé al registro junto a una fotocopia y el funcionario, por cinco mil pesetas, me selló la copia como si el documento que imité fuera el original. ¿Y solo con eso? No, claro, después de que Lander nos diera los primeros setenta y cinco millones de pesetas, pidió reunirse con el dueño, si no, no nos daba lo siguiente. Cuando me planté en casa del abogado de Lander de noche, fui de noche porque yo estaba en busca y captura por otros asuntos. ¿Qué asuntos?, le interrumpí. No quieras saberlo todo, Alba. Pero bueno, si quieres que escriba, me lo tendrás que explicar... Tiempo al tiempo, reina, me cortó. Lo que te contaba, Lander y su abogado nos dijeron que la siguiente entrega, que era de ciento veinticinco millones de pesetas y sería al mes siguiente, la hiciéramos en una notaría en Barcelona, nada de notarios de Benidorm. Desconfiaban, claro. Y con el dueño presente, porque si no, rompían el trato. ¿Qué hicisteis entonces?, pregunté, enganchada al relato como a los capítulos finales de una telenovela. Vamos a cruzar, cambió de tema, consciente de que dejaba en alto la historia, y pasamos de la acera en sombra al sol que inundaba el paseo junto a la playa.

Anduvimos un par de minutos sin que Rafael me respondiera, mientras estiraba, con satisfacción, el suspense que él mismo había provocado y, al llegar frente a las dos torres, se apoyó en la barandilla. ¡Ahí están los dos edificios! Míralos, ¡viendo pasar el tiempo como la Puerta de Alcalá! Casi todos los pisos tenían las ventanas subidas, a pesar del otoño, y en el salón del segundo distinguí a una mujer de pelo cano que leía estirada en un sillón de mimbre frente al gran ventanal. A su lado, un gato gordo nos miraba amenazante desde detrás de la cortina translúcida, como si fuera consciente de nuestra conversación.

Nos acercamos a la inmobiliaria que había justo al lado del portal de uno de los dos bloques. Un par de pisos del inmueble estaban en venta, uno costaba alrededor de trescientos cincuenta mil euros y el otro más de cuatrocientos mil. La máquina de dinero nunca para de rodar, dijo Rafael. En las fotos del piso más caro, sobre un tresillo envejecido por el uso, colgaba un cuadro enmarcado con molduras de pan de oro que exhibía la pintura de un barco de extrañas proporciones a la deriva en un mar de un azul ilusorio, exagerado. Rafael carraspeó y pensé que iba a seguir adelante con la historia, pero dijo: Te llevo a un bar que me encanta, tengo la boca seca y mira, ¿no lo oyes? Crees que son las olas del mar, ¿eh? Pues no, reina, son mis tripas, que no paran de rugir.

El bar del que hablaba Rafael estaba escondido en un patio cercado por edificios de ladrillo visto, cuyos toldos verdes ocultaban flores que se descubrían cuando las mecía el viento. Solo disponía de una ventana enrejada al fondo y apenas ayudaban a iluminarlo un par de bombillas amarillentas que les daban un aspecto pringoso a las cuatro o cinco mesas que luchaban por el espacio con cajas de cerveza vacías apiladas por las esquinas. Al entrar, dimos los buenos días, pero el único cliente del local ni siquiera nos miró; había olvidado parpadear y alimentaba con calderilla una máquina tragaperras que escupía colores espídicos.

Rafael fue directo a la cocina y saludó con efusión al dueño del sitio, *Xe, Chato, cada dia més gros, pareixes un sumo d'eixos de Japón!* El hombre le contó que le habían traído unas sardinas fresquísimas esa mañana, le preguntó si las había olido desde su pueblo, si era por eso que se había plantado allí después de tanto tiempo sin ir a ver a los amigos, y sonó a reprimenda. Rafael salió sonriente de la cocina. Siéntate, reina, que nos vamos a poner las botas. Yo tenía sed, pero el estómago cerrado, aún no eran ni las doce y lo que menos me apetecía era comerme unas sardinas o escuchar batallitas sobre el bar y su dueño, pero él ya se había acodado en nuestra mesa y enumeraba, uno tras otro, los amigos que tenían en común y habían pasado por allí en los últimos días, a cuál más pieza, algo que se podía intuir solo por sus apodos. *El sueco, saps? Menut fill de puta!*

Después de pedirle una botella de agua al dueño, ¿Agua vas a beber, Alba? Venga ya, ¡tráenos dos cervezas y una bandeja de sardinas!, el dueño me miró: ¿El agua también, cielo? Y le dije que sí, por favor, mi garganta raspaba, quizá por tanto carraspeo a la espera de que Rafael retomara la historia.

¿Por dónde iba?, preguntó por fin. Estoy segura de que gozaba de esas pausas dramáticas que estiraba como si fueran una goma elástica capaz de llegar al límite, su fibra cada vez más fina, casi transparente, y volver a su estado inicial como si nada. Me estabas contando lo de la segunda entrega, la de ciento veinticinco millones, indiqué como una estudiante aplicada, dijeron que no iban a hacerla si no era en Barcelona, si no estaba presente el dueño. Ah, sí, apunta, apunta, porque esto fue buenísimo, y su sonrisa quedó colgada de ese recuerdo que, por un momento, rejuveneció su rostro. Pillé a Teodoro, un tipo gordote que siempre andaba por las subastas, un conocido de Reinoso, y lo convencí para que entrara en la movida. No le di mucha información, ya sabes, mejor cuidarse que revelar demasiado. Le conté que trabajaba en una inmobiliaria, que Palop Mata, un abogado que vivía en Londres, acababa de fallecer y sus sobrinos habían heredado su solar en primera línea de la playa de Poniente. No querían pagar el impuesto de sucesiones, querían vender el solar calentito, y buscaban a alguien que se hiciera pasar por su tío en la firma de la compraventa, antes de que la defunción se hiciera oficial. De todas formas, no hizo falta decirle mucho, el Teodoro este acudía al dinero como las moscas a la mierda. Ya ves, le ofrecí un porcentaje pequeño y el tipo ni lo dudó. Falsificamos un DNI con su

cara a nombre del dueño del solar, Fernando Palop Mata. Su única obligación era hacerse pasar por el propietario. Lo fuerte es que luego a este tipo le encasquetaron un montón de cargos, quedó como el cabecilla de la estafa y tuvo que huir a Francia.

Harto de no poder volver a España, vino de allí y lo cascó todo, pero como metía a políticos conocidos en el pack, que el tipo se volvió loco y hasta abrió páginas web para contar estas locuras, nadie le hizo mucho caso. Me acordé entonces de los blogs de corrupción zaplanista que me habían desvelado. Un chivato de mierda es lo que era el Teodoro de los cojones, zanjó Rafael, menos mal que se le fue la cabeza y decía tantas barbaridades que no lo creyó nadie. Hasta aseguraba que el notario que firmó el segundo poder, que es un tío que luego formó parte del Tribunal Supremo, imagina lo serio del asunto, estaba al tanto de la estafa y se embolsó un dineral. Se drogaba mucho. Tú no te drogues, Alba, que eso vuelve loca a la gente. Yo paso de drogas, solo un poco de cocaína para despertarme cuando estoy cansado.

Oye, le interrumpí, y lo de firmar en una notaría de Barcelona, ¿pagasteis una pasta a algún notario corruptible para que os hiciera el chanchullo o qué?, le pregunté con impaciencia. Eso fue una superproducción de Hollywood, reina, ni te lo imaginas. Buscamos a una persona para que se hiciera pasar por notario. ¿Un actor?, pregunté. ¿Actor? ¡Qué va! Un tipo que andaba metido en tejemanejes, como Teodoro, como todos los que protagonizamos el show. Porque al final montamos eso, un show. Que un poco artistas de cine sí que fuimos, sí. Yo ni siquiera llegué a ver al tipo. No lo conocí, por aquello de que ya estaba en busca y captura. ¿Por qué?, volví a preguntar. ¿Por qué va a ser? Por droga, Alba, por tráfico. El mundo de la noche es criminal y yo dejé que me arrastrara. Ahí uno se entera de lo que no debe, y conoce a gente de la peor calaña. Empiezas por cosas pequeñas, hasta que sin darte cuenta acabas en otras grandes. Cada vez más y más grandes. Empecé a pasar coca. Las que más me compraban eran las putas, era la única manera que tenían de aguantar. Me costaba cinco mil pesetas el gramo y yo lo vendía a once mil. Era un buen negocio, me hice famoso. La policía me tenía fichado, la prensa local me llamaba «El Rey de los bajos fondos», si rebuscas por la hemeroteca verás la de titulares que acaparé en aquellos años...

¿El Rey de los bajos fondos?, me reí. No te rías, reina, es verdad, busca y verás. Pero volviendo al show de la notaría. Desde mi escondite me tocaba decirle a Reinoso lo que tenía que hacer, que si ve a ver a este tipo, que si ve a ver al otro, que si contrata a alguien para que se haga pasar por notario, a alguien para que se haga pasar por su secretaria... El tal Chato nos interrumpió cuando plantó en la mesa una fuente plateada rebosante de sardinas, como si a Jesucristo la multiplicación se le hubiera ido de las manos. Yo apenas había bebido de mi cerveza, aunque frente a Rafael ya había dos botellines vacíos. Agarró una sardina con la mano: ¡Qué pinta, Chato!, y se la comió con una habilidad sorprendente, la espina quedó limpia, sin una miga de carne. ¿No nos vas a sacar un par de tenedores?, pregunté. Chato y Rafael se rieron a carcajadas. ¡Nos ha salido fina la niña! Ante su expectación, agarré una de las sardinas con la punta de los dedos, e intenté mancharme lo menos posible, mientras ellos me miraban con guasa,

el chiste en la punta de la lengua. Me la comí con remilgos, los dedos aceitosos, las manos pringosas. Estaba de muerte. Agarré otra.

Me aseguraron que con traje y un poco de gomina en el pelo, el hombre este daba el pego de notario, sentenció Rafael. Vamos, que montasteis un teatrillo para el vasco, le interrumpí. ¡Y nos salió caro! Alquilamos un piso en Barcelona, en el paseo de Gracia, ¡imagina! Cien mil pesetas por un mes, ¡ahí es nada! Teníamos confianza en recuperar la inversión, claro, se carcajeó. Cogió otra sardina y la repeló a una velocidad imposible, el movimiento hábil del dedo, del pescado a la boca. ¿Y la secretaria quién era? Mi destreza con las sardinas estaba en las antípodas, separaba la carne de las espinas con torpeza. Tampoco la conocí, una secretaria a la que contratamos, un mes de prueba, le dijimos, y después, hasta luego. Les pagamos tres mil duros a cada uno por el trabajo y montamos una notaría de la nada. A la secretaria le dijimos que viniera elegante, de falda y americana, y la sentamos en la recepción, que la pobre diría: Qué poco trabajo hay en este sitio, y al caballero de medio pelo le pusimos un traje, unas gafas de concha, le cascamos una estilográfica pija y ¡a firmar! ¿Y los vascos se lo tragaron? Enterito, y se acabó de un sorbo su tercer botellín. Creo que les dio confianza no verme a mí el día de la firma, soltó una risotada después de engullir la última sardina de la bandeja y dejar las espinas impecables, un sable que salía impoluto de la garganta del faquir.

Lander aparca el Audi frente al solar en un hueco que parece haber sido dispuesto para él, la medida exacta, la distancia justa, junto a una de las palmeras que decoran el paseo marítimo y le dan un aire californiano, veraniego, otra más de las muchas presencias no autóctonas de la ciudad. El solar es un montículo en pendiente que parece hecho de roca caliza, color arcilloso, algún matojo despistado que crece ahí por error, alimentado apenas por agua salina.

Paciente, bajo la sombra de los balcones de uno de los edificios que linda con el solar, espera Rafael; balcones amplios, afeados por estructuras que los protegen de la brisa marina de primera línea de playa y los encierran para convertirlos en una habitación más en esos apartamentos que, año tras año, se llenan de primos, de tíos, de hermanos, que llegan para pasar unos días de vacaciones a expensas de su familia. Junto a Rafael, Reinoso mira el reloj con compulsión hasta que ve bajar del Audi a Lander.

—Los ricos tienen suerte hasta con el aparcamiento, aquí que no cabe ni un alfiler y el señor encuentra sitio en nuestros morros, la vida les sonríe.

—No seas impaciente, Reinoso, que en pocos días nos sonreirá también a nosotros —le suelta Rafael, que se pone recto, serio, y se recoloca el bolígrafo en el bolsillo de la camisa, quizá en un intento por parecer respetable.

—Al menos no ha traído a su escudero —susurra Reinoso, que está intranquilo, y se inquieta aún más cuando, contrariamente a lo que acaba de anunciar, del asiento del copiloto baja Aitor, que trata de asir con torpeza un montón de papeles que casi se le vuelan de dentro de una aparatosa carpeta.

Rafael se acerca a Lander con una sonrisa prefabricada, el brazo estirado para darle la mano con seguridad, como se la daría el dueño del solar, o alguien con la autoridad para venderlo, negociar su precio, pero también dispuesto a arrancar los matojos con sus propias manos si fuera necesario, el cliente siempre tiene la razón.

—¿Cómo estás, Lander? ¿Cómo te trata la ciudad de vacaciones?

Tras el apretón de manos, se acerca a Aitor, que sostiene como puede la carpeta con el brazo izquierdo para responder a la mano tendida de Rafael, que es todo gentileza.

—¿Y ese papeleo? ¿Ya nos habéis comprado el terreno y no nos hemos enterado?

Aitor le tiende una mano floja, sin ganas.

—Os presento —dice Rafael—, Lander Arismendi, Aitor Garay, este es Alfredo Reinoso, agente de la inmobiliaria que gestiona el terreno.

Reinoso saluda a los vascos en las antípodas del apretón fuerte y seguro de Rafael.

—Buenos días, caballeros, como bien les comentó el compañero Rafael y como pueden comprobar, el solar está en primera línea de playa.

—Y estará aquí por poco tiempo, puedo asegurarlo, porque la cantidad de gente interesada en comprarlo no es poca —interrumpe Rafael y, con una mirada, transmite calma a Reinoso, le invita a continuar.

—El compañero Rafael me habló muy bien de ustedes, me pidió que se lo enseñara antes que a nadie, así que ¡aquí lo tienen! —Reinoso hace un gesto con ambas manos para abarcar el solar, para subrayar su magnificencia—. Aunque no lo crean, son tres mil doscientos cuarenta metros cuadrados en los que, si consultan a cualquier arquitecto, les podrá asegurar que, más que un simple edificio, pueden construir una urbanización con piscina, con todas las comodidades.

—Sí, sí —le corta Rafael—, pero no está en nuestras manos tomar esa decisión por los señores, ¿verdad, Reinoso? Ellos, una vez que el terreno sea suyo, ya podrán proyectar la urbanización que deseen.

Lander mira el solar mientras oculta como puede la satisfacción de ver, por fin, tras muchas visitas infructuosas en una ciudad cada vez más atestada de edificios acabados, un espacio que se adecúa a sus expectativas. Aitor, en cambio, se mueve por el espacio con mirada analítica, mide el suelo con los pies, paso a paso, observa la playa, la calle de atrás, los edificios que colindan con el terreno.

—¿Podríamos contactar con los constructores de estos edificios? Por saber de las dificultades técnicas que han podido encontrarse.

—Claro, desde la inmobiliaria podemos ponerles en contacto. Obviamente, estamos a su disposición para lo que necesiten —sonríe Reinoso, y aunque su intento por neutralizar el acento resulte ortopédico, se nota que ha soltado el lastre que lo retenía y está cada vez más cómodo, como si el solar, en efecto, estuviera en manos de Rafael—. Tengo los papeles con los detalles en la inmobiliaria, si quieren, nos acercamos cuando terminen de ver el terreno y les facilito la información que necesiten.

Aitor asiente, y luego se aleja con Lander hasta formar un aparte desde el que cuchichean. Reinoso no puede apartar su mirada de los vascos, Rafael enciende un cigarrillo y se lo pasa a su compañero.

—Tranquilo, han picado.

El cubano niega con la cabeza mientras da una calada ansiosa.

Aitor y Lander se acercan de nuevo. Lander les dice que le gusta el solar, que está muy próximo a lo que buscan. Pero Aitor le interrumpe, van a tener que pensar esto con detenimiento, cuatrocientos millones suponen una gran inversión.

—Saben que en realidad está valorado en setecientos, ¿verdad? —ataca Reinoso, y los dos asienten.

—Se me ocurre —entra Rafael con tono amable— que quizá podéis pagar trescientos, y los

otros cien podéis facilitárnoslos en be, sin dejar huella, si eso les supusiera, digamos, un esfuerzo menor. Estoy seguro de que Fernando, el propietario, estará de acuerdo con esta pequeña infracción, lo dejo sobre la mesa para que lo valoréis.

Lander sonríe, Aitor, más comedido, frena su entusiasmo.

—Si lo consideran, preparen los papeles y los estudiaremos con detenimiento, comprenderán que no es una decisión fácil.

—Lo entendemos —responde con gentileza Rafael—. Eso sí, os aconsejamos que os deis prisa, sois los primeros en ver el solar, pero es muy goloso y no espera a nadie.

—Mañana pasamos sin falta por la inmobiliaria. —Se dan la mano de nuevo para despedirse.

Mientras se alejan, Lander tiene la mirada puesta en el solar, sus ojos dibujan edificios antes siquiera de derruir el montículo; Aitor sujeta su carpeta con fuerza, como si la brisa marina pudiera arrancársela del pecho.

Reinoso observa cómo el coche maniobra para incorporarse al paseo.

—La jodimos —dice mientras la intranquilidad vuelve a crecer en su pecho.

—Hazme caso, Reinoso, estos compran —le sonríe Rafael, los ojos puestos en el Audi del vasco como si fuera suyo.

Rafael pone un par de cafés a dos parroquianos que piden que los aliñe con un chorrito de coñac, cuando Lander entra en el local.

—¿Dónde te has dejado a tu escudero? —le saluda Rafael.

—Ha vuelto unos días a San Sebastián. Negocios. Escucha, pasé el otro día por la inmobiliaria para recoger los papeles y ese solar, como tú bien dijiste, es justo lo que busco. Antes de cerrar una cita contigo, con mi abogado y con el señor Reinoso, quería pasar por aquí para comunicarte mi decisión y pedirte, por favor, que trataras de contactar con el propietario para que se acerque a Benidorm a formalizar la compraventa.

Rafael contiene un gesto de victoria, y sonríe sin aspavientos, como si Lander le hubiera pedido un café con leche y él fuera a servírselo.

—Fernando vive en Londres y no es fácil contactar con él, por eso me dejó sus poderes. Voy a tratar de localizarlo por todos los medios, pero su ausencia no tiene por qué suponer un impedimento para que puedas disfrutar del solar cuanto antes, ¿no te parece?

Lander se queda pensativo un momento.

—Trata de contactar con él. Si no hay ningún problema, puedo sugerirle a Reinoso vernos en la inmobiliaria el próximo miércoles a las seis, ¿cómo lo tienes?

Rafael mira un calendario pringoso que cuelga entre dos botellas de brandy Caballero.

—El miércoles es perfecto —dice Rafael y le tiende la mano a Lander, el saludo al que lo tiene acostumbrado, fuerte y confiable.

El olor del vestuario del gimnasio, ese olor a sudor que trataban de enmascarar con ambientadores de fragancias dulzonas, me devolvía de una patada a mis años de becaria en Canal 9, a los madrugones innecesarios para plantarme en un plató enano, fondo verde croma donde mi función era comprar un café solo, corto, muy cargado, al actor que cada día se disfrazaba de bull terrier inglés en el único programa infantil que había en la parrilla. Yo lo ayudaba a meterse en el disfraz abombado que sin la cola canina habría tenido cierto aire a luchador de sumo japonés, a muñeco Michelin, mientras los efluvios de la sauna en la que cada día se convertía aquel armatoste de gomaespuma que algún día fue blanco, me revolvían el estómago. Pero yo era una profesional, quería vivir de la televisión, para la televisión, y aguantaba estoica mientras él recolocaba piernas, bragueta, torso y se perdía dentro de ese cuerpo barrigudo y blando, para ocultar su rostro tras la sonrisa perenne, ojos azules y nariz triangular, que cada día hacía sonreír a miles de niños valencianos frente al televisor, incapaces de adivinar que la cadena pública empezaba su andadura firme y directa hacia el declive.

En una de esas tardes de gimnasio, de viaje directo a mis memorias de becaria, recordé que Rafael me había hablado de un programa de la tele de los noventa en el que relataron su estafa: ¡Hicieron un reportaje entero!, insistió, y me contó que esa noche la mitad del pueblo llamó a Lola para que pusiera Canal 9, su marido estaba saliendo por la tele. Rafael nunca vio el programa, ya llevaba tiempo fugado, escondido en Utrecht, y a la vuelta esperaba que alguien de su familia lo hubiera grabado, pero a nadie se le ocurrió, así fue de precipitado el anuncio, una llamada de una casa a otra, cuando los teléfonos todavía eran fijos.

A Rafael le podía la curiosidad, y la verdad, a mí también. Desde que me habló de él, supe que tenía que hacerme con el reportaje. Aquello fue al principio de todo esto, yo aún estaba tranquila, mis historias iban a parar al cajón, el canal seguía cerrado; hacía poco más de dos años del cambio de gobierno, y el nuevo había prometido reabrir la cadena autonómica. Desde mi paso por la tele cuando estudiaba en la universidad, no sabía mucho de lo que se cocía allí, pero había escuchado que Documentación era el único departamento que, con algún que otro caído, seguía en marcha tras el crac, después de un cierre que parecía definitivo.

Al poco de volverme a Madrid, después de la primera charla con Rafael, la idea de conseguir una copia del programa golpeaba suave, pero con insistencia, y gracias a la repetición era capaz de erosionar los primeros pensamientos del día, hasta llevarme, en un impulso, a escribirle un privado de Facebook a una compañera de mi época de becaria con la que hacía años que no

cruzaba palabra, y pedirle el correo del departamento de documentación. Tardó unos días en responderme. Intercambiamos mensajes largos, sin mucho subtexto, y en el tercero se acordó de que tenía un documento de Word con todas las direcciones de email que recopiló durante su temporada en la tele, y me pasó la de los documentalistas.

Escribí sin pensarlo demasiado, les decía que estaba inmersa en una tesis doctoral sobre el turismo, y le puse un título pintón, *El boom del ladrillo. La influencia del turismo de masas en los paisajes de costa*, y que buscaba un programa que se había emitido a finales de los noventa, con el posible título de *Fulles grogues*, que trataba de una estafa inmobiliaria en Benidorm. Les daba claves, esas palabras que imaginaba pondrían en su buscador para localizar el capítulo en cuestión de segundos. Tardaron unos días en responderme: no tenían nada que encajara con lo que les pedía. Entonces contraataqué con un correo eterno en el que daba nombres, Rafael Pons, Alfredo Reinoso, detalles, un solar vendido por alguien que no era su propietario, la playa de Poniente, cuatrocientos millones de pesetas. Y esperé varios días, pero no obtuve respuesta.

Medio año después, cuando la televisión autonómica había vuelto a nacer, nuevo nombre, nueva imagen corporativa, nuevo CIF, y una parrilla renovada que trataba por todos los medios de desprenderse del tufillo anterior, recibí un correo inesperado de Documentación, aunque esta vez era otra persona quien lo firmaba. Un correo breve, directo, al grano, no se trataba del programa *Fulles grogues*, sino de *Crònica amarga*, y solo tenía que rellenar una solicitud y me mandarían una copia del capítulo de mi interés. Respondí al instante y en un par de horas tenía un link de WeTransfer en mi bandeja de entrada.

Era un reportaje que no llegaba a los seis minutos y abría con el Benidorm idílico de los cincuenta, la costa despejada que, por corte y cambio de plano, y con la ocurrencia del montador de usar el sonido de varios disparos, se llenaba de rascacielos insolentes, de bañistas que, a codazos, se hacían con un huequito de playa. En el vídeo aparecía una foto de Rafael de joven, otra de Alfredo Reinoso, otra de Teodoro, el tipo que se hizo pasar por el dueño del terreno, a quien aquí se le daba un protagonismo desmedido; aparecía también el solar antes de que lo ocuparan las dos torres de viviendas —insignificante, en pendiente, arenoso y seco, lleno de matojos—. La parcela protagonizaba varios planos de importancia donde se contaba que su dueño era un abogado que vivía en València, aunque Rafael aseguraba que residía en Londres, como también lo afirmaban las noticias publicadas por *El País*. Se hablaba del dinero, de cómo habían conseguido ingresarlo en un banco gracias al beneplácito del director, que se llevó una buena mordida; se hablaba de cómo, mediante un sistema de cheques, los millones fueron pasando de un banco a otro para que su rastro se perdiera. En el reportaje intervenía el jefe del grupo de estafas de la Policía Nacional de Benidorm —el rostro pixelado— contando cómo fue el timo. El agente llamaba a Rafael Rafelet, con una especie de cariño forjado a golpe de encontronazos, de persecuciones vanas. Decía que Rafelet ya hacía mucho que anunciaba a los cuatro vientos que necesitaba dinero para irse de Benidorm: Yo tengo que pegar un palo y marcharme antes de que me trinquen. Rafelet era muchas cosas, pero no era discreto, aseguraba,

e insistía en que él tuvo la idea, pero no tenía el coeficiente intelectual que requería montar un engranaje de ese calibre para llevarla a cabo, por eso contactó con la persona idónea, Alfredo Reinoso, al que conocía por haber hecho algunos negocios legales de compraventa inmobiliaria. Reinoso vio que podía sacar una buena tajada, afirmaba el jefe de policía, y fue él quien ideó todo el plan. Rebobiné para escucharlo de nuevo e imaginé al instante la cara que pondría Rafael al oír algo semejante. ¿Que él no tenía el coeficiente suficiente para qué? Solo pensar en ello, me divertí, y sentí impaciencia por ver el vídeo con él, radiografiar su reacción.

Cuando terminó el reportaje, cogí el cuaderno para tomar notas, me abrí una cerveza y unos cacahuetes, y volví a darle al Play, fascinada.

Las historias en mi pueblo se moldean despacio, pero con la constancia de la gota que agujerea la piedra, poco a poco, a golpe de versiones. Una circunstancia fuera de lo común, como una ruptura de pareja, hasta bien entrados los setenta se hacía pública con una raya, al principio dibujada con ceniza, cal y agua, y que años después fue sustituida por pintura roja, un trazo que partía firme desde la casa del exnovio y se extinguía en la de la exnovia, una herida ensangrentada que cruzaba el empedrado. Acontecimientos que se prestan a la narración, al relato oral, y se alimentan de detalles, de adornos, se alimentan del hambre de quienes las narran, de sus ganas de ser escuchados.

La suegra de Rafael falleció cuando estaba de visita en Utrecht. La imagino, tantas ganas de estar con sus nietos, de achucharlos; a su yerno, posiblemente, no le apeteciera ni verlo, acababa de arrancar a su familia de su lado, de trasplantarla a kilómetros de ella, lejos del pueblo donde siempre había vivido.

Quizá la historia comienza a moldearse con un Pobre Puri, tan buena mujer, y morir tan lejos, dicho en la frutería, o quizá a la salida de la iglesia. Lola va a traer el ataúd en el avión, comenta alguien a la puerta de la escuela mientras espera a que su hija salga de preescolar. Será caro eso de repatriar un cuerpo, comenta un padre ya impaciente porque su hijo siempre es el último en salir. ¡Dinero! De eso seguro que tienen un montón, puede responder otro, y acabar la frase con un sinvergüenza susurrado, apenas audible.

Los días siguientes, las conversaciones siguen y se alían con nuevos detalles y se esparcen de un bar a otro, de un puesto del mercado al siguiente, por los rellanos de los edificios. Dinero, cuerpo repatriado, alguien comenta que le han dicho que el ataúd pesaba mucho, y Puri no era precisamente gorda, pero los difuntos pesan más, el *rigor mortis* vuelve denso el cuerpo. Yo creo que el ataúd venía con alguna sorpresa. En un féretro siempre hay espacio para algunos billetes.

Hoy, cuando se nombra a Rafael, lo primero que le viene a la cabeza a cualquier persona que viva en el pueblo no es el solar, ese hueco insurrecto en primera línea de playa, sino un ataúd que volvió de Utrecht con el cuerpo de su suegra y lleno de dinero, un féretro hasta arriba de millones. Ese recuerdo colectivo, ya convertido en leyenda, es falso, como cualquier

reconstrucción de una memoria que debe lidiar con quién lo cuenta, con cómo lo cuenta, con los detalles que adornan cada relato, con las manchas imborrables que deja el paso del tiempo.

Rafael necesitaba el dinero en Utrecht, y el dinero estaba escondido en España. Lola y su primo lo llevaban de a poco en viajes arriesgados en los que el temor a que los pillaran era cada vez mayor.

En el ataúd solo viajaba la madre de Lola, sin siquiera su joya más preciada, la única que tenía, un anillo de oro que había dejado en España, en el pueblo, escondido en una pequeña caja de cartón oculta con cautela entre las tablas del somier.

Por la mañana, encendí el móvil después de algunos estiramientos. Desde que vivía con Dani, que salía a correr antes de que amaneciera, me había propuesto no llegar a la oficina como lo hacía hasta entonces, los ojos pegados tras haber escaneado las redes sociales de arriba abajo, a pesar de la ducha fría, del café requemado del bar de enfrente.

Tras los correspondientes saludos al sol en un salón aún en penumbra, me encontré un correo inesperado al encender el móvil, un correo de mi amigo Miguel, compañero de la Escuela de Cine, compañero de fatigas, de equipo en un programa en el que trabajamos mucho y cobramos poco. A Miguel, lector de todas mis locuras, incluso de las que no iban a ninguna parte, le mandé mis primeros apuntes sobre Rafael, la estafa, la ficción en la que podría convertirse.

El correo era largo, entusiasta: Me lo he leído sin respirar, Alba. Esta historia es la hostia. ¿Qué te ha dicho Dani? ¡Ha flipado seguro! El correo, enviado a las cinco de la mañana, porque Miguel era incapaz de irse a la cama antes de las seis, estaba lleno de ideas delirantes que, según él, beneficiarían a la historia: Rafael debería verse envuelto en una trama mafiosa en los Países Bajos, eso le daría más emoción a la tercera parte; ¿y si el ataúd de la suegra sí que estuviera lleno de millones y joyas?, se preguntaba, para desembocar en una teoría que implicaba incluso a personajes del pueblo que trataba de esbozar en apenas una línea.

Leí el correo un par de veces, apoyada en el banco de la cocina, consciente de que llegaría tarde al trabajo. Me encantaba el tono, emocionado, casi infantil; Miguel siempre fue un crítico durísimo y, a veces, su manera de decir las cosas podía llegar a resultar hiriente, hasta que te dabas cuenta de que criticar así, con esa crudeza, era su forma de decir que le importaba lo que hacías, lo que contabas. Y aquí también encontré algunas líneas que desmontaban la trama, que se hacían preguntas, que me hacían preguntas, ¿y si Reinoso fuera en realidad el cabecilla?, o ¿has seguido el rastro del dinero?, que pusieron los engranajes de mi cabeza a trabajar sin descanso.

En la posdata, escribía: Ay, se me olvidaba, si te planteas en serio ir a Utrecht para investigar la vida que llevó Rafael por allí, tengo una propuesta... ¿Te acuerdas de mi primo José? Vive en Utrecht y, a veces, cuando va a España de vacaciones alquila su estudio porque la vivienda está jodidamente cara —ríete tú de Madrid—, estoy seguro de que este verano tiene pensado largarse por lo menos un mes, ¿por qué no le escribes? A lo mejor os cuadra a Dani y a ti y podéis aprovechar para ir de vacaciones. ¡Escríbele!: josesanzsanz66@gmail.com, y no olvides meterme

en agradecimientos, ¿eh? Y luego el monigote que desde hacía años cerraba todos sus correos, “_(ツ)_/”, algo que cuando era adolescente tenía gracia, pero ya en la época de los emojis quedaba totalmente fuera de contexto. Aun así, él se aferraba a ese saludo como a su seña de identidad, una negación del paso del tiempo.

Nada más encender el ordenador de la oficina, antes de la reunión de las ocho y media, antes incluso del café de máquina con Beatriz para ponerme al día, según ella, de los proyectos del mes, según la realidad, de su última cita desastrosa con una vegana de su grupo de consumo, abrí el mail y releí las últimas líneas de la posdata de Miguel. La idea de ir a Utrecht se me había pasado por la cabeza como algo abstracto mientras le escribía, pero al verlo planteado en su respuesta como una posibilidad tangible, pensé: ¿Por qué no? Y sin darle demasiadas vueltas escribí a su primo. Me presenté, le pregunté qué tal, le conté de mí, le hablé de que necesitaba visitar Utrecht para un proyecto personal, le consulté si pensaba alquilar su piso en algún momento de ese año, o si sabía cómo estaban los alquileres temporales para pasarme allí unas semanas de vacaciones.

Me contestó a las pocas horas, en septiembre se iba fuera todo el mes. Se iba en plan mochilero por Latinoamérica, y me contó con detalle su itinerario de viaje, algo que, en realidad, me interesaba más bien poco. Me dijo que podía alquilarme su estudio por tres semanas y, como era conocida, me haría precio de amiga, seiscientos euros que no me parecieron tan amigables, y que al final del correo bajaban a cuatrocientos si dejaba la casa impecable, odio limpiar me confesó, y más cuando vuelvo de vacaciones. Me di cuenta, al releer el email que le había enviado, de que en ningún momento le había planteado ir con Dani.

Justo antes de que terminara la jornada me acerqué al despacho de Beatriz y le grité, para que mis compañeras lo escucharan y no trataran de boicotear mis planes como solían hacer: ¡Blindo las vacaciones para septiembre! A cambio, hago las fotocopias de todas durante un mes. Beatriz, que seguía sensible por lo de la cita fallida con la vegana despampanante, su *target* de los últimos años, levantó la cabeza de su escritorio y me cortó: Todas se están pegando por julio y agosto, así que... ¡adjudicado! Y lo de las fotocopias, a pringar, hija, tú misma te has metido en este fregado.

Salí del trabajo y decidí pasear hasta casa para saborear, un momento antes de pensar cómo le plantearía a Dani que nos íbamos a Utrecht, el hecho de que pasaría mi mes de vacaciones en las calles que pisó Rafael mientras esquivaba como podía el puntito rojo en su cogote, ese que le perseguía desde cada una de las oficinas nacionales de la mismísima Interpol.

Rafael ha amanecido descansado. La noche anterior decidió librar en la discoteca, dormir; el día de hoy lo merecía. Reinoso está con él, el pelo engominado en exceso, a Rafael siempre le parece sucio, aunque el falso mexicano asegure que se lo acaba de lavar.

—Deja de echarte tanta mierda en la cabeza —le dice, como cada vez que se ven, pero Reinoso está incómodo si el pelo se le descoloca, prefiere notar los rizos duros, de cemento, a sentir que se le encrespan como si él fuera un tipo que no cuida su aspecto, porque Reinoso se enorgullece de ir siempre como un pincel.

—¿Quién es? —le pregunta Rafael mientras sus ojos rebuscan entre las cabezas que esperan a que empiece la subasta.

—Ese —señala con discreción Reinoso—, el gordito que lleva la boina gris con visera.

Rafael pasea su mirada por la estancia, llena de tipos que se aferran a la silla de delante con las manos en garra, como si fueran águilas, o buitres, y se detiene en la primera boina que ve.

—No, ese no, el que es un poco chaparro, el de la barbita de chivo —dice con su acento cubano que hace un tiempo ya ha decidido dejar de esconder.

Rafael lo ubica, desde lejos se distingue su impostura, el gesto al acecho de quien pasa hambre.

—Me han dicho que está mal de dinero y que también escasean sus escrúpulos —a Rafael siempre le sorprende el léxico cuidado de Reinoso, como si fuera el protagonista de una de las telenovelas que le ayudan a dormir la siesta a media tarde.

—Me acercaré a él a la salida —propone Rafael—, cuando termine todo esto.

—Sí, mejor que vayas solo, que no nos vea a los dos juntos aún. Sabe que trabajo en la inmobiliaria, mejor evitemos que tenga tanta información de primeras. ¿Cuánto dinero le vas a decir al final? ¿Treinta como hablamos?

Rafael se encoge de hombros.

—Mejor veinticinco y a tomar por culo, ¿no?

En las paredes reverbera el sonido de las conversaciones, palabras que sobresalen y quedan suspendidas en el aire, sin contexto, millones, puja, chollo, casi, ganga, caro. Reinoso se ha ido antes de que terminara la subasta, Rafael espera en la puerta y, desde ahí, saluda a algunos de sus conocidos.

—*Home, Serrano, com estàs? Seràs car de vore!*

—Julián, cada día más calvo, cabrón.

Mientras, intenta distinguir a Teodoro entre toda esa gente que parece tener pereza por volver a casa. Al fin lo ve, al fondo, la boina calada que esconde una incipiente alopecia y los brazos cruzados como señal de distancia impuesta al tipo con el que charla, un chaval esmirriado que juguetea con un mechero y apura un Bisonte.

Rafael se apoya en la pared bajo un cuadro que muestra una escena de siega en la que el amarillo del trigo luce quemado, seguramente un par de tonos más allá de la voluntad del pintor, tras años expuesto en ese pasillo en el que cada día debe lidiar con un sol que golpea a jornada completa. Teodoro se lo toma con calma, pero Rafael no tiene prisa, Roma no se hizo en dos días, piensa, mientras rebusca el último cigarrillo aplastado en su paquete de Marlboro, se lo pone en los labios y acerca la llama. La primera calada siempre le ayuda a aclarar la mente, las otras ya no importan, pero esta, la primera, le va directa al cerebro y zarandea sus neuronas para que despierten, empiecen a trabajar, necesita que organicen el discurso, que piensen cómo abordar a Teodoro, cómo convencerlo.

Cuando Teodoro va hacia el pasillo, las neuronas de Rafael ya están alerta, y le ordenan a su dueño que apague el cigarrillo en la bandeja de metal de la papelera y se acerque a su presa con una sonrisa.

—Teodoro, ¿verdad? —Teodoro lo mira con pereza, le ha costado un rato librarse del chaval que se ha acercado a darle palique y tiene muchas ganas de salir, quitarse el mal gusto de la puja, tomarse una cerveza fría, unas aceitunas con patatas. Asiente con la cabeza, sin siquiera esforzarse para que los músculos de su rostro esbocen un amago de sonrisa.

—Sueles venir por las subastas, ¿o me equivoco? Soy Rafael, me han hablado mucho, y muy bien, de ti —suelta este par de frases, un piquete para romper el hielo, y le tiende la mano con firmeza para que el otro perciba su seguridad, para que se confíe.

—¿Has pujado? —le pregunta, y Teodoro dice que hoy no, que alguna vez, pero que tampoco hay nada que le interese demasiado, y por su tono, se puede intuir que quizá sí le interesa alguna que otra cosa, pero su bolsillo no da para mucho.

—Vienes más por lo que se mueve por aquí, los contactos y esas cosas, ¿no?

Teodoro da un paso atrás, ¿quién cojones es este tipo que lo aborda así, como si fuera su mejor amigo? Las neuronas de Rafael lo azuzan para que se apresure, debe retenerlo.

—Tengo una propuesta —le dice, la voz rotunda, sin resquicios por los que asomen dudas.

—¿Quién te ha hablado de mí? —pregunta Teodoro, su postura corporal como un escudo de defensa, aunque su gesto de animal hambriento le delate.

—La gente con la que has trabajado en otras ocasiones.

—¿Quiénes?

—Los conoces mejor que yo —dice Rafael.

Y Teodoro descruza los brazos.

—¿Qué propuesta?

—Es un asunto inmobiliario —Rafael baja la voz—, te embolsarás una cantidad considerable y no tendrás que hacer ningún esfuerzo. Lo que viene a ser una oportunidad, Teodoro.

Teodoro baja la guardia, se deja invitar a una cerveza con la que Rafael lo embauca. Lo que le cuenta tiene sentido, trabaja para una inmobiliaria donde han puesto un solar en venta, un solar en primera línea de la playa de Poniente cuyos herederos, ocho sobrinos con ínfulas y con el cadáver de su tío aún caliente, quieren exprimir al máximo, ahorrarse el impuesto de sucesiones. Le cuenta que hay un posible comprador, un vasco, y los herederos quieren hacer la operación con rapidez, antes de que sea oficial la muerte de su tío, un señor que vivía en Londres, para evitar la demora que supondría la transmisión patrimonial de la herencia.

—Y aquí es donde entras tú —le dice Rafael—, queremos que te hagas pasar por el tío para firmar la venta y así ellos se repartirán el dinero sin enriquecer a las arcas del Estado, ¿qué te parece?

Y Teodoro duda.

—O sea, ¿yo me hago pasar por el muerto? —Y piensa en negarse, se niega, de hecho, hasta que Rafael le dice la cifra, veinticinco millones, en be, pronto, calentitos, el número ideal para arreglarle un bache económico que se ha convertido en llanura y ya se alarga demasiado.

Rafael espera a la puerta de la notaría. Teodoro hace más de media hora que ha subido con el DNI caliente, el que han terminado de preparar esa misma mañana en la copistería del pueblo de al lado, después de que Rafael los obligara a desechar tres copias tan poco precisas que hasta de reojo se veía que eran falsas. Pero después de azuzarlos, han conseguido un acabado tan perfecto que lo ha sorprendido, pero no ha mostrado entusiasmo ninguno, ha soltado la pasta y se ha ido sin dar las gracias. El trabajo bien hecho es una obligación, piensa.

Piensa también que al sol se está de puta madre, pero en el rato que lleva a la espera, la sombra se ha comido el espacio y se ha quedado frío, así que cruza la calle y mira hacia arriba. Tras la ventana distingue al notario y recuerda sus dientes, más grandes de lo que se puede permitir esa boca, menudo cabrón, con el dinero que tiene se puede alicatar las paredes de su casa con oro y arreglarse esos piños de chaval de primero de BUP. El sol le da de cara y no se da cuenta de que se le acerca Teodoro, hoy no lleva la boina, y la calva, que invade su cabeza sin dar tregua a esa cabellera escasa, sin armamento a la altura del ataque, le suma un par de años que le benefician, piensa Rafael, porque Palop Mata es más viejo.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta.

Teodoro zarandea el DNI en las narices de Rafael sin disimulo ninguno, a pesar de que la calle está llena de gente.

—¿Cómo coño me dais un DNI con un error así? ¡Pone calle Cusco, Madrid! ¡Cusco con ese! ¿Quién coño se va a tragar eso?

Rafael le da una palmadita en la espalda.

—¿El notario se ha dado cuenta?

—Claro que se ha dado cuenta, me he dado cuenta yo cuando lo he leído en voz alta, delante de él.

—Tú eres imbécil —le suelta Rafael.

—¡Es Cuzco! —grita otra vez y baja un poco el volumen al percibir que están llamando la atención—. El notario está al tanto de la movida, ¿verdad? ¡Está compinchao!

—No le pongas tanta imaginación y dame el poder viejo y el nuevo con la firma, anda —le corta Rafael sin contemplaciones.

Teodoro le da la carpeta y la emprende con sus dedos sin uñas, ya de por sí cortos y chatos como corchos de vino.

—El día que firmemos la compraventa con el vasco, ven más tranquilo, anda. Y cógete un bastón, que Palop Mata es más viejo que tú y seguro que no corre con ese brío.

Certezas que hoy me han desvelado —acto revolucionario si tengo en cuenta que la tradición es ser desvelada, siempre, por incertidumbres—: el inicio de la historia. He abierto los ojos de madrugada y la he visto plano a plano, como si en lugar de soñar durante la noche hubiera escrito, rodado y montado esa abertura casi de thriller, de película de James Bond, que quizá tenga poco que ver con el tono que busco, alejado del glamur, cercano a esa corrupción chabacana de puros y coches ostentosos de matrícula extranjera.

La cámara planea por el hall del hotel, un hotel de lujo, suelos de mármol, paredes de mármol, escalones y balaustrada, todo de mármol, el techo alto, la lámpara inmensa, más de dos metros de largo, cenefas bordadas de cristal de Swarovski. De la lámpara estupenda, pasamos a un plano corto del rostro de la recepcionista, seria, pero dulce, joven, maquillada con elegancia —ese maquillaje que parece no existir, pero lo cambia todo—, que mira al frente y levanta un pasaporte español que tiene en la mano mientras grita: ¡Señor Honorato López! ¡Honorato! Al ser holandesa, la recepcionista puede que no sepa pronunciar bien la erre, y quizá grite: ¡Señorrr Honorrato López! ¡Honorrato!

Cambia el plano y vemos cómo se alejan de recepción unos pies de hombre, sus pantalones negros, a medida, junto a unos tacones finos, unas piernas delgadas de mujer, y entonces la cámara sube y muestra a ese hombre y a esa mujer de espaldas, agarrados por la cintura. Se vuelve a escuchar la voz de la recepcionista, ¡Honorrato López!, y, entonces, la mujer acaricia el codo del hombre, le avisa de que ha olvidado el pasaporte, y él se da la vuelta. Zoom sobre su rostro, gesto altivo, mirada viva, astuta, que queda congelada en pantalla para que entre la cabecera de la serie.

Cuando le he contado el inicio a Rafael, un inicio que quizá sea un gancho para camelarlo, y obviar que la serie estará ambientada en la suciedad de las calles, de los delitos de medio pelo, me ha cortado varias veces. Le ha hecho gracia que use el nombre de Honorato, porque es verdad que nunca recordaba que era él, a pesar de que ese fue su pasaporte durante una década, pero no ha sabido decirme si le gusta que sea lo primero que suena en la serie, lo primero que se dice, porque Honorato le recuerda al santo al que se le atan los cojones cuando no se encuentra algo, y

la gente de pueblo se burla de todo, aunque ya querrían tener esos cabrones una serie sobre su vida. Me ha dicho que ni me imagino la cantidad de hoteles así que ha pisado. Me ha cortado para preguntarme si los zapatos que lleva el actor que lo interpreta son buenos, que él solo llevaba zapatos buenos, de piel. Me ha preguntado si el actor es guapo, y me ha recordado, otra vez, que él de joven estaba muy bueno. Ha insistido en que la mujer que lo acompaña en ese inicio tiene que ser un pibón porque él solo se rodeaba de pibones. Me ha dado los detalles, tiene que ser rubia, tener las piernas largas, el vestido apretado, culazo y buenas tetas.

Al salir de la oficina, vi que tenía tres llamadas perdidas de Rafael, algo habitual, por otro lado. Antes de devolverle la llamada como solía hacer, con la mochila, el termo en la mano, una carpeta que muchas veces me endosaba Beatriz, incapaz de tomar notas, cargada como iba, y retener la cantidad ingente de anécdotas que me contaba, pensé en sentarme en la terraza de algún bar y llamarlo con tranquilidad. Anduve un rato, el teléfono en el bolsillo, deseosa de que Rafael no insistiera en marcar mi número antes de que yo me decidiera a devolverle la llamada.

En la plaza que daba al Reina Sofía, conquisté una mesa al sol, y ya sentada en el ángulo ideal para la fotosíntesis, regalo inesperado de un día frío, saqué el cuaderno y busqué las preguntas que había anotado esa semana para Rafael, la mayoría de ellas sobre el tiempo en el que estuvo en busca y captura, una especie de fractura en la historia que debía reparar. Releí también las dudas que tenía anotadas en el cuaderno con datos con los que nunca me aclaré y suponían un lastre para terminar la sinopsis, el mapa a seguir —¿qué pasó con el dinero?, ¿cuándo volviste de tu escondite a cobrar lo que faltaba?, ¿Lola se fue de Utrecht cuando estabas en la cárcel o se marchó antes?

Me disponía a devolverle la llamada, boli en mano, cuando apareció su nombre en la pantalla del móvil, era imposible, siempre se me adelantaba. Voy a Madrid en unos días, Alba, fue su inesperado saludo, y me pilló desprevenida. ¿Qué se te ha perdido a ti en la capital del reino? Nada, tengo que ir a ver a un amigo de aquellos maravillosos años en los que viví por allí. ¿Cuándo fue eso?, no me salían las cuentas. Llegó un camarero e interrumpió la conversación con su sonrisa apelmazada. Un café solo, le pedí, dispuesta a volver al teléfono, pero él insistió en enumerarme los tipos de leche animal y vegetal que había en la carta, hasta que le repetí tres veces que solo, por favor. Perdona, le dije a Rafael, cada día es más complicado pedir un café... ¿Cuándo viviste por aquí?, repetí. Ya sabes, tres mesecitos en Carabanchel, de lo más a gusto, y me los pasé con el amigo este que te digo, íntimo de un estafador muy conocido del que no te voy a dar el nombre porque me pones en un compromiso. Sí, bueno, se lo voy a contar ahora mismo a un colega periodista a ver si me da dinero por la exclusiva.

Me dijo que había surgido un posible negocio del que, obviamente, no me podía contar nada, pero que a ver si sacaba un ratito para él cuando viniera. Nos tomamos algo y me cuentas cómo vas con la escritura, que me estoy empezando a preocupar porque, ya sabes, quiero ver algo acabado antes de morirme. Esto lleva tiempo, le corté. O sea, que igual me muero antes, ¿no? Igual me muero yo y no he terminado tampoco, le respondí a carcajadas, aunque la presión se

transformó de inmediato en un pellizco en la boca del estómago, en un aguijonazo en la segunda vértebra cervical. Ten paciencia, soy lenta y todo el proceso puede llevarnos un siglo. O sea, que me pides que no me muera, ¿verdad?, se carcajeó. En la medida de lo posible, te agradecería que no lo hicieras de momento, le respondí. No lo tengo planeado, pero que sepas, reina, que a mí morirme no me da ningún miedo.

El camarero volvió con una bandeja donde el café se movía de lado a lado, sorprendentemente, sin derramar ni una gota, y lo puso frente a mí acompañado de una onza de chocolate negro con una pinta deliciosa y un vaso de chupito lleno de agua burbujeante.

¿Qué día vienes?, pregunté después de quemarme la punta de la lengua con el expreso. Jueves o viernes, te llamo y te confirmo. Hay por ahí un sitio de croquetas buenísimo, a ver si sigue abierto, de las mejores que he probado. Si en el pueblo hubiera un sitio de croquetas así, sería otra historia. Te aburrirías lo mismo, le corté. Bueno, el día que vaya te recojo donde sea, que no me cuesta nada, ya sabes que soy un caballero, y vamos para allá. ¡Trato!, le dije. Ponemos en el coche unas rancheras de Bertín y nos cruzamos medio Madrid, y se arrancó a tararear: «Quiero cantar mi alegría a mi tierra mexicana, yo le canto a sus volcanes, a sus praderas y floreees». ¿Te gustan las rancheras? Me encogí de hombros, aunque Rafael no pudiera verme, y traté de ser lo más diplomática posible: Te diría que Bertín no es exactamente mi estilo... Esto me recuerda algo que llevo tiempo queriéndote decir y siempre se me olvida. Tengo que enseñarte una canción, es muy sentida, muy bonita, y me gustaría que apareciera en la serie. Es que, Alba, por mucho que te lo cuente, ni te imaginas lo que he hecho sufrir a mi familia, y esta canción lo explica no sabes cómo... Tengo algo que me lleva a actuar como actúo, y termino por hacer daño a la gente que tengo alrededor, a la gente que quiero, me dijo. Quien peor lo ha pasado ha sido Lola... Algo me puedo imaginar, le respondí. Si te soy sincera, me parece fuerte que te esperara todo ese tiempo, que volviera contigo. ¿Desde cuándo estáis juntos? Desde los dieciocho. Demasiados años ya. Muchas cosas vividas, o mejor, muchas cosas sufridas, y su risotada sonó a derrota. ¿Cuál es? ¿Cuál es qué?, me respondió con otra pregunta. La canción, ¿cuál es?, insistí mientras mi cabeza se debatía entre esperar lo peor y estar presa de la intriga. «Por tu culpa», de Jeros. Tienes que meterla en algún capítulo o algo, o en las letras que abren la serie, eso ya lo verás tú. Pero escúchala.

Desde que os conocisteis, la primera vez que os separasteis Lola y tú fue cuando estuviste en busca y captura, ¿verdad?, pregunté para llevarlo a mis anotaciones, mis dudas. Y me sentí, al instante, como una de esas periodistas crueles, sin empatía, la grabadora en la mano, el ceño fruncido. Sí, al principio tenía su aquel, yo estaba escondido en la oficina de la discoteca y Lola, cada día, me traía comida. Era hasta divertido. ¿Y todo esto mientras estabais en medio de los cobros por el solar, el montaje de la notaría y todo eso? ¿En serio? Claro, todo a la vez. El caso es que necesitaba pegar un buen palo y tener dinero para largarme de Benidorm, la cosa estaba cada vez más caliente. Yo era muy conocido ya y me había metido en demasiados líos, tenía a la policía pegada a la nuca. Se me acababa el tiempo.

Sí, me contaste que Reinoso se quedó a cargo del segundo pago, que en el primero sí que estuviste, cien millones, pero en el segundo, cuando montasteis la falsa notaría, tú ya estabas escondido, ¿es así? Estuve escondido un tiempo, de hecho. Después del primer pago del vasco, su abogado contactó a Reinoso en la inmobiliaria y le dijo que el segundo iba a ser según sus condiciones. ¿Qué condiciones?, me adelanté a preguntar. Bueno, creo que ya te conté, tenía que estar el dueño presente y debía ser en una notaría en Barcelona. Nada de notarías en Benidorm o alrededores. Ah, claro, cierto, me sentí tonta. Y ¿sabes qué hice, Alba? No tenía ni idea de lo que hizo, claro. Por la noche, salí de la oficina, mi escondite en la discoteca, me planté en el hotel donde se alojaba el abogado y le dije que el segundo pago se hacía como yo quisiera, porque ahí el que mandaba era yo, que tenía los poderes notariales. Tampoco me sirvió de mucho, la verdad. O eso se pensó el abogado ese, que se creía más listo que nadie, porque ¿sabes qué? Pude elegir yo la notaría en Barcelona... Y eso, como puedes suponer, nos facilitó muchísimo el trabajo.

Luego fue cuando te tuviste que largar, ¿no? Sí, me lo recomendó mi abogado. Todos te van a la caza y te conoce hasta el apuntador, me dijo, e insistió en que me fuera, si no, iba a ser complicado evitar la cárcel. Mi hermano me dejó su Opel Vectra y salí pitando. ¡Puse el coche a doscientos siete kilómetros por hora por València! Y me acuerdo de eso, de los doscientos siete kilómetros por hora, porque me cascaron un pedazo de multa que aún hoy, cuando lo pienso, me enciendo de la rabia que me entra. Tampoco es buena idea conducir a lo loco cuando se está en busca y captura, ¿no? Y al otro lado de la línea imaginé su gesto orgulloso, encantado de haberse conocido. Depende. ¿Dónde fuiste con el Opel Vectra?, seguí. A Holanda, Alba, esa fue la primera vez que estuve en Utrecht. ¿En serio fuiste en coche? A ver, si ir a doscientos siete kilómetros por hora es una locura cuando se está en busca y captura, los aeropuertos no son una gran idea tampoco, la verdad, y se rio con condescendencia ante mi falta de picardía.

En Utrecht me quedé donde un amigo y mi idea era estar por la ciudad hasta que se pasara la tormenta. Nunca imaginé que acabaría viviendo allí más de catorce años, y menos cuando escuché hablar en holandés por primera vez, bueno, en neerlandés, que es como se llama en realidad. Se llame como se llame, ¡qué retorcida es esa lengua del demonio! ¿Y dejaste a Reinoso como responsable de todo?, le interrumpí. ¡Menudo hijo de puta el Reinoso de los cojones!, se encendió. El día que quedaron para hacer el reparto del dinero, después del teatrillo de la notaría, Reinoso me intentó joder. ¿De verdad? Como te lo digo, reina. Me llamó y me dijo que Teodoro, el tipo que se había hecho pasar por el dueño del solar, se había llevado toda la pasta y no le había pagado. Teodoro, ya te lo dije, se volvía loco con el dinero, pero era un cobarde que hablaba mucho y luego se desinflaba pronto, y a mí me tenía puro terror, así que estaba seguro de que no se había llevado nada. ¿Qué le dijiste a Reinoso? Me puse de una mala hostia, Alba... Tú no me has visto así en tu vida, pero te aseguro que doy miedo. Ya te contaré de una policía holandesa que dejó el cuerpo con treinta y pocos años porque le acojonaba encontrarse conmigo.

Una paloma se acercó a la mesa y empezó a picotear migas inexistentes alrededor de mi silla,

me daban grima sus plumas, los ojos sin parpadeo, el pico y las patas, que parecían frágiles a pesar de la dureza. ¿Qué? ¿Qué le dijiste?, volví a la conversación consciente de que había perdido el hilo por culpa del asco y la inexplicable fascinación que las palomas y sus andares de señor ejercían siempre sobre mí. Pues lo que te contaba, reina, como yo estaba en busca y captura y ya tenía cien millones de pesetas guardados aparte, el cabronazo del cubano se creía que no iba a volver a Benidorm a cobrar lo mío... Y puedo decirte que estaba muy pero que muy equivocado. Y con una mala hostia que estoy seguro de que le dejó cerradito, cerradito el agujero del culo, le solté que al día siguiente me pillaba el primer vuelo a València, me plantaba en cualquier comisaría de Benidorm y le decía a la policía que la venta de ese solar había sido una estafa que se me había ocurrido a mí, ¡a mí!, y que Reinoso era mi socio y estaba pringado hasta las cejas. Vaya, que si me jodía, le iba a joder yo a él, ¡y bien jodido! ¿Cómo reaccionó? Como el cobarde, hijo de puta y mentiroso que era. Al rato me volvió a llamar y me dijo que Teodoro ya había llegado con todo el dinero, que organizáramos el reparto cómo, cuándo y dónde yo quisiera.

¿Y cómo hiciste para volver y que no te pillaran? Ahí donde me ves, yo, si quiero, puedo ser muy discreto... Me pegué otra vez las mil horas de paliza de Holanda a España con el coche de mi hermano, cobré lo que tenía que cobrar... ¿Tu parte era la mitad?, le pregunté. No, no, a ver, ¿quién ideó toda esta obra maestra de la estafa? Tú. Pues eso: dos tercios para mí y uno para Reinoso. Restando, claro está, lo que les pagamos a los demás, el alquiler del piso en Barcelona y toda la mandanga. Y sin hacer ruido y con la pasta que pude para no levantar sospechas, me fugué a Latinoamérica con un pasaporte falso. Sí, eso me lo contaste, le dije, pero ¿a qué país? Primero a Perú, que me pareció inseguro para vivir allí con Lola y los niños, me pasó lo mismo con Colombia y Venezuela, y en Costa Rica, que pintaban mejor las cosas, me hicieron demasiadas preguntas para abrir una cuenta bancaria. Así que al final me fui a Utrecht, allí vivía Daan, un holandés que conocía porque veraneaba en Benidorm y ya habíamos hecho cositas juntos, además ya tenía algunos amigos del poco tiempo que estuve por la ciudad, y por lo que vi, pensé que no me sería difícil empezar de cero con la familia a mi lado. ¿Y se adaptaron bien? Los niños enseguida, eran los únicos que aprendieron holandés, como si hubieran nacido allí, y ya el cuarto, que sí que nació allí, sabe más holandés que los holandeses.

Yo también me hice enseguida a la ciudad, porque, aunque no hablara el idioma, me entendía con todo el mundo, pero Lola estaba harta de ese país, de que apenas saliera el sol. Ya sabes lo que le gusta a ella ponerse como una gamba. Voy a ir este verano, le dije a bote pronto. ¿Dónde? A Utrecht, para ver dónde viviste, por dónde te movías... Pero ¡qué maravilla!, se emocionó. Yo te presento a quien quieras, reina. Mi amigo Paco lo sabe todo de mí, y mi ex, esa sabe más de lo que me gustaría... Se calló de repente, y me dijo en un susurro: Te cuento todo en cuanto vaya para allá, que Lola acaba de entrar y no me gusta hablar de estas cosas delante de ella. Vale, reina, dijo volviendo a hablar normal, quedamos cuando estés por aquí. Desde luego, le dije, a la

próxima quiero que me cuentes qué hiciste con el dinero. Eso está hecho, Alba. Un beso, adiós, adiós. Y me colgó antes de que pudiera despedirme.

Ya en casa, antes de sentarme delante del ordenador para tratar de remendar los pedazos deshilachados de la historia con los materiales que acababa de recolectar, busqué en YouTube la canción de la que me había hablado Rafael. Nada más darle al Play, apareció el rostro del cantante y descubrí que era el del medio de Los Chichos. Parecía Jesucristo, rodeado por un aura formada por manos superpuestas que desprendían luz, que iluminaban su rostro, y, como único fondo musical, comenzó a sonar un teclado cuya música melódica se vio rota por la voz rumbera que se arrancó a cantar una balada: «Sin saber el daño que te hacía, tú llorabas por mí, aguantando día tras días, esta forma mía mala de vivir. En tu habitación pensabas: ¿Esto cuándo tendrá fin? Me porté como un canalla, no supe hacerte feliz. Yo sé que estoy corrompido, lleno de alcohol y de droga, de mujeres prostitutas, porque Satanás nos compra».

El vídeo, editado por algún fan de la canción, enlazaba imágenes de archivo, el diablo, jeringuillas, botellas de whisky, Jeros con su familia, Jeros como una figura divina, Jeros con la mirada puesta en el cielo, de niño, de adolescente, Jeros en blanco y negro, en color, más jeringuillas, fotos que ilustraban la canción con una sutileza a la altura de su letra, que llegaba a su punto álgido con un «¡Por mi culpa, cuánto daño he causado a personas que tanto me quieren!».

Cuando el vídeo terminó, no pude más que pensar en Lola, siempre a merced, siempre a la espera, envuelta en tramas de serie de televisión que preferiría haber evitado, cuatro años en un país frío, ajeno, lejos de su familia, de sus amigos. Aunque quizá me equivocaba y había en esa adrenalina algo adictivo que le gustaba, que convertía la espera en una especie de preámbulo para lo que vendría, pero ¿compensaba esta emoción dosificada, volátil, con una vida cargada de dolor, de culpa?

Unos días después, Rafael me llamó de nuevo. Al final no iré a Madrid esta semana, mi amigo y su socio se han echado para atrás. A ver si algo sale de una vez, que me quedo a dos velas. Nada, reina, otro negocio que cae. Pero yo sigo en pie. ¡Y lo que me queda!

La habitación está llena de papeles, ropa desordenada, plantas que intentan atravesar las vidrieras. Rafael duerme sobre un camastro cubierto por sábanas hechas un gurrño, por una capa densa de alcohol condensado. Un haz de luz urgente, propia de las primeras horas del día, irrumpe en el cuarto, alguien llama a la puerta y el suelo de madera tiembla por esos golpes capaces de despertar a cualquier ser vivo, pero Rafael apenas mueve un músculo, ni siquiera las ventanas desnudas que esconden la cotidianeidad a los ojos ajenos y permiten que la claridad se instale en el dormitorio —las persianas son inexistentes en Utrecht, quién querría tapar el sol cuando apenas asoma— consiguen sacarlo de su sopor.

—¡Rafael! —grita al otro lado de la puerta una voz áspera, cincelada por un fuerte acento germánico—. ¡Rafael! ¡El teléfono!

Ante la falta de respuesta, Daan, un tipo alto, sin camiseta, una tripa prominente, una víbora de tinta que avanza desde su muñeca derecha a su cuello y se enreda por un brazo de diámetro desproporcionado, abre la puerta con la mano que no sostiene el teléfono de disco y zarandea a Rafael.

—¡Despierta, bella durmiente! Es llamada internacional, y si no lo coges ya, tu hermano va a pillar un vuelo, va a venir hasta aquí y te va a colgar por los cojones. Me dices eso, ¿no, Ramón? ¡Que lo vas a colgar por los cojones! —grita cada vez más cerca de la oreja de Rafael, que apenas entreabre los ojos y murmura desde un lugar indefinido entre la vigilia y el sueño, mientras Daan, que le recrimina a Ramón que llame a las siete de la mañana y despierte al personal, Daan, que puede tener muchas virtudes, pero la paciencia no es uno de sus fuertes, agarra a Rafael y lo zarandea—. ¡Tienes una llamada! ¡Levántate, joder!

Rafael abre los ojos como si lo acabaran de rescatar del sueño con un arrullo, una caricia apenas.

—Daan, lo más bonito del mundo es ver tu cara nada más despertarme. —Y le planta un beso en la mejilla.

—¡Que cojas el teléfono! —La voz de Daan se afila como un cuchillo, y corta.

—Gracias, guapo —responde Rafael, sonrisa resplandeciente, mientras agarra el auricular y ve cómo el portazo de Daan atrapa el cable y tira del teléfono hasta que casi se le escapa de las manos. Escucha carraspeos urgentes.

—¿Qué pasa, Ramón?

—Coño, Rafael, estate al quite del teléfono, sabías que te tenía que llamar hoy. —Al otro lado

de la línea, una voz curtida a golpe de carajillos y tabaco negro.

—Son las putas siete de la mañana. Perdona por creer que ibas a hacer unas flexiones antes, darte una duchita, tomarte un café, pasarte por el banco —se burla Rafael, pero su voz se agrava al segundo siguiente—. ¿Ha pasado algo? No jodas, ¿algún imprevisto?

Y el cable se tensa de nuevo desde el otro lado de la puerta y las manos de Rafael se aferran al teléfono que parece que va a salir disparado.

—No he dormido en toda la noche —dice Ramón, la voz agitada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, nada, no ha pasado nada. ¡Todo bien! Hace una semana ingresé el cheque con el último pago en el Banco Atlántico y no me pusieron ningún problema, ninguna pregunta a pesar de la cifra desorbitada.

—Se lo dejé dicho al del banco, Ramón, confía en mí, coño, confía en tu hermano.

—Julián hizo la transferencia del Banco Atlántico al Santander hace dos días y te ha abierto una cuenta ahí, en su sucursal. La ha puesto a tu nombre, como si hubieras estado presente, como si fueras cliente desde hace unos meses ya. A mí me ha nombrado cotitular para facilitar las cosas —continúa Ramón.

—Tal cual le pedí —le corta Rafael—, todo en orden. ¿Ha dejado algo en el Banco Atlántico? —pregunta, impaciente por descubrir qué es lo que ha desvelado a su hermano.

—Los veinticinco que le dijiste.

—Perfecto. Entonces todo suena bien, en el Atlántico no han puesto ningún problema con los cheques de Lander, limpios y convertidos en dinero contante y sonante. ¿Has sacado ya algo del Santander? —Rafael, que suena cada vez más impaciente, se incorpora en el camastro y busca un paquete de tabaco en los bolsillos de varios de sus pantalones desperdigados por la habitación.

—Ayer quedé con él, con Julián, a las ocho de la tarde, cuando el banco estaba cerrado y no había nadie por allí. Me dio cinco millones metidos en una bolsa de basura. Salí por una puerta trasera que da a un callejón, nadie me vio —La voz de Ramón se arrastra como si cargara con el peso de cada una de las sílabas.

—Bueno, por lo que cuentas está saliendo todo a pedir de boca.

—La cosa es que me preocupa que pase algo —le interrumpe Ramón.

—¿Qué va a pasar? —La voz de Rafael se entrecorta mientras trata de encender su cigarrillo aplastado con un Zippo que apenas tira—. No me digas ahora que te has acojonado, Ramón, que yo confío en ti, llevamos meses esperando esto. Ahora que ha llegado, ¡no lo desaprovechemos, coño!

Al otro lado del teléfono se escucha apenas un carraspeo.

—¿Ramón?

—Sí, sí, Rafael, si esto va p'alante, si yo estoy dentro, pero sacar el dinero en bolsas de basura y ponerlo debajo de una roca en mi jardín, no me parece un plan muy sólido, ya te lo dije. Y ayer, pues yo qué sé, me acosté pensando en el dinero debajo del pedrusco y, qué quieres que

te diga, no dormí, estoy intranquilo. —La voz de Ramón se desinfla a medida que habla, los huecos entre palabras se llenan de un aire espeso, incómodo.

—¡No me jodas con eso otra vez! Parece mentira que vuelvas con lo mismo. A ver, Ramón, tuve los veinticinco millones de pesetas en el balcón semanas, te diría que más de un mes. La policía mira debajo de la cama, entre los libros, en los armarios, en el falso techo, y la gente siempre esconde el dinero allí, o debajo de la baldosa medio suelta, o en un túper en el congelador, o en el cajón de los calcetines. Los polis no son imbéciles, eso ya se lo saben. Han registrado más casas que gramos de cocaína hemos vendido nosotros, te lo digo. Y nadie, nunca, mira en el puñetero balcón, nadie, nunca, mira en el puñetero jardín. ¿Y por qué nadie mira en esos sitios? —Rafael se pone didáctico—. Porque el dinero ahí está tan a mano, tan al alcance de cualquiera que es de locos dejarlo en esos sitios. Parece absurdo porque es absurdo, y por eso mismo, porque no tiene ningún sentido, tiene todo el sentido del mundo. Nadie va a encontrar el dinero, a nadie se le va a pasar por la cabeza levantar la roca. ¡Hazme caso, coño!

Al otro lado del auricular se escucha cómo Ramón toma aire y lo suelta rítmicamente, un tempo medido, consciente, mientras recupera la calma.

—¿Cómo va con la casa? ¿Has encontrado algo? —pregunta y rompe los pocos segundos de silencio que, por un momento, parecen aliviar la densidad del aire, rebajarla, porque, de un modo extraño, las palabras de Rafael, su hermano pequeño, han resultado un bálsamo.

—Sí, justo ayer di la entrada para un adosado en las afueras de Utrecht. Tiene un salón grandísimo, y patio y todo, así que podremos hacer paellas. —El tono de Rafael cambia al hablar de la casa—. Tengo ganas de que lo vean los niños, de que lo vea Lola.

—He quedado con ella mañana y así lo preparamos todo para el viernes, para el viaje —dice Ramón—. Quería confirmar contigo cuánto dinero le doy en esta primera tanda.

—Dale diez, diez millones. Ayúdala a esconderlos bien el día del viaje, por ejemplo, en el forro de la maleta me traje yo varios billetes, en el neceser, en la ropa interior... —Ramón asiente con interjecciones—. ¿Cuándo va a ir el primito p'allá?

—Me llamó el otro día para decirme que le espere la semana que viene.

—A él le puedes dar quince, que va a venir en coche.

—¿Sabes que está acojonado por si pasa algo, por si le paran en la frontera y le registran?

—Si conduce tranquilo, si le paran y abre el coche tranquilo, los de la frontera no sospecharán nada. Están ahí registrando coches todo el día y no se ponen en plan pejiguero si no tienen un aviso o algo.

—Ya, pero entiéndelo —Ramón intenta meter baza—, llevar tanto dinero a otro país es algo que impresiona.

—Tiene toda la documentación en regla, no ha hecho nada ilegal en su vida, ¿por qué van a registrarlo? Eso sí, ¿te acuerdas de lo que hice en mi coche?

—¿El falso fondo en la guantera?

—Sí, pon uno en su coche y esconde el dinero ahí, por si acaso. Así nos curamos en salud,

seguro que no lo encuentran. —Rafael apaga el resto del cigarrillo, apenas la boquilla quemada, en un cenicero a rebosar—. Hacedlo así, ¿te parece?

De repente, un tirón brusco al cable desde el otro lado de la puerta desconecta el aparato, con lo que Rafael recibe un pippippi por respuesta. Cabreado, cuelga el auricular con tanta fuerza que no logra encajarlo y lo golpea una vez tras otra, hasta que se pone de pie para darle una patada al teléfono.

—¡Me cago en los holandeses y en todos sus muertos!

Llegué al pueblo el viernes, apenas un fin de semana exprés porque la hija de una amiga tomaba la comunión y, aunque no estábamos invitadas al banquete, solo familia, claro, el resto del grupo consideró una buena excusa ver la procesión para almorzar juntas, el bocata, la cerveza, más cerveza, un café que siempre se alargaba, y ponernos al día. Me daba una pereza terrible, Marta, mi mejor amiga, se iba fuera ese fin de semana, los Aves estaban carísimos, las más de cuatro horas de coche se me hacían eternas y la última vez que hice BlaBlaCar para compartir gastos y cháchara, me encontré con una pareja de ultracatólicos que me dio un sermón sobre la familia tradicional y a punto estuve de dejarlos abandonados en la gasolinera del Área 175.

El jueves, cuando llegué a casa después del trabajo, abrí un par de botellines fríos, nuestra pipa de la paz, me encajé en el hombro de Dani a la espera del abrazo, y le pregunté qué le parecería pasar nuestras vacaciones en Utrecht. Se incorporó, las gafas torcidas porque se dio de bruces con mi brazo. Me sé los Países Bajos de memoria, dijo. ¿Por qué quieres ir a Utrecht? Cuando le confesé, a la caza de la palabra perfecta para restarle la emoción que ya sentía por el proyecto, que llevaba un tiempo con una historia en la cabeza y quería investigar, que creía que daba para novela, o para película, se bebió el botellín de un trago. ¿Cuánto tiempo llevas con ella? Le dije que unos seis o siete meses. Dani se levantó sin mirarme y fue directo a la nevera a por otro botellín. Volvió de la cocina con el rostro desencajado. Es la primera vez que no me cuentas que estás con algo nuevo, que no me preguntas qué me parece, y se sentó al borde del sofá, alejado de mi abrazo. Con el curro este de mierda he perdido la confianza en lo que hago, necesito estar segura de lo que escribo para podértelo enseñar, mentí. Alba, ¿qué te pasa? Y yo le dije que nada, pero ese nada pesaba como si fuera todo, contrario a la ligereza, a la oquedad, a la misma nada. Alba, ¿dónde estás? Has creado una muralla a tu alrededor y no sé por dónde entrar, y tampoco creo que tenga sentido hacer el esfuerzo porque está claro que me quieres fuera. Le abracé, le pedí que se calmara, le dije que quería estar con él, que claro que quería estar con él, y sin siquiera pensarlo, sin que las palabras que iba a pronunciar pasaran por el filtro de mis neuronas, busqué sus ojos y cuando nuestras miradas se cruzaron, le dije: Dani, es que yo no quiero tener hijos.

El viernes, al salir de trabajo, me metí en el coche, cargué una lista de canciones de los noventa en el móvil y conduje hacia el pueblo. Me sentía resacosa. La conversación con Dani me había

dejado la boca seca, la cabeza plomiza, pesada, los ojos rojos. Decidimos, entre lágrimas, que fueron y vinieron a lo largo de las horas, que lo mejor era que me fuera al pueblo, darnos un par de días, respirar, coger fuerzas.

Cuando llegué al pueblo, deseché la idea de llamar a Rafael por si tenía un ratito y me podía contar sobre Utrecht, sentí, de un modo absurdo e irracional, que sería traicionar a Dani. A buenas horas, Alba. Aunque me esforcé por sonreír, por ser la Alba que bromeaba, que vacilaba a mi padre, que me pasaba el día abrazada a mi madre como un bebé koala, los dos se debieron oler algo, porque el sábado reservaron en un restaurante nuevo del que me habían hablado varias veces. Se come de vicio, hija, ya lo verás. Y por la tarde, después de que mi estómago se llenara por encima de sus posibilidades, después de la modorra incapacitante que me tuvo tirada en el sofá durante más de dos horas, mi madre me forzó a mover el cuerpo, a salir al jardín para que la ayudara con el pequeño huerto que había montado debajo del limonero. Los fines de semana en el pueblo, contrariamente a la creencia popular, replegaban el tiempo y las horas se convertían en minutos escasos que se me escurrían sin que apenas me diera cuenta.

El domingo, las calles del pueblo estaban a reventar. Había pétalos de rosa que decoraban el asfalto frente a algunas casas, las de las niñas que tomaban la comunión. A pesar de que el ruido era espantoso porque estábamos en la terraza del bar, cerca del centro neurálgico del escándalo, a pocas calles de la iglesia, el almuerzo se alargó más de tres horas, casi al final, una de mis amigas, Fátima, dejó un sobre minúsculo al lado de cada botellín, el suyo 0,0, y nos pidió que lo abriéramos a la vez.

Dentro, una ecografía pequeñísima en la que se intuía una cabeza descomunal para un cuerpo insignificante, un bebé en forma de cacahuete por el que todas gritaron con emoción, por el que todas brindaron, por el que yo fingí hacerlo, como si un complot global se levantara contra mí, lleno de señales, de parejas felices, embarazos deseados, y por el que todas, de un modo u otro, me miraron con pena porque, sin decirlo, sin decir nada en realidad, me decían, como siempre, que la edad se escurre.

Tras despedir a mis amigas, me costó esquivar el remolino de gente. Los gritos embriagados de los niños, incapaces de domar emoción y nervios, apabullaban, y yo avanzaba como si estuviera en las filas de atrás de un concierto y me quisiera acercar al escenario para ver, por fin, a la banda. Al pasar junto a uno de los bares que quedaba cerca de la iglesia, me topé con Rafael, que salía hacia la terraza cerveza en mano. Me quedé congelada y deseé, por un segundo, pasar desapercibida, que no me viera. ¡Reina! ¿Qué haces por aquí? ¡Mira que no avisarme! Y sentí, en la garganta, una culpa incapaz de definir, que no me permitió más que balbucear excusas. Ha sido inesperado, ayer tenía comida familiar y hoy había quedado con mis amigas, un lío todo, la verdad, por eso no te he llamado. Pero a él parecía no importarle, encantado de verme. Estoy de celebración, dijo. ¿Y qué es lo que hay que celebrar? Que en unos días voy a Madrid, y se va a

acabar mi mala racha, susurró. ¿Lo que me dijiste de tu amigo? No, otra cosa, me voy a embolsar unos buenos billetes, y levantó la cerveza al aire. También tenemos que celebrar que te vas a Utrecht, ¿cuándo será eso?, me preguntó, pero sin dejarme espacio ninguno entre las palabras para poder responder. Quería llamarte porque el otro día saqué un álbum de fotos de mis años holandeses. ¿Quieres que te lo enseñe? Yo estaba deseando llegar a casa, me iba a Madrid por la tarde, quería comer a una hora decente, descansar, evitar llegar de madrugada como muchas veces me ocurría, pero no dije nada, solo asentí, y Rafael sonrió y sus ojos parecieron rasgados por la infancia. Venga, vamos y te lo enseño. Se bebió la cerveza de un trago y entró a pagar la cuenta. Antes de irnos, se despidió de un par de parroquianos, sentados en la mesa donde él había estado unos minutos antes, con su clásico Ahí os quedáis, me voy con mi novia.

Aunque me diera pereza, aunque no tuviera el cuerpo para aventuras, quería ver las fotos, quería saber cómo fue el Utrecht de Rafael, cómo podía aprovechar al máximo mis días allí. Por el camino, me dijo que me tenía que poner en contacto con Paco. Me contó que era uno de sus mejores amigos de Utrecht, su compañero de batalla, su escudero. Era mi cuñado, está casado con la hermana de Lotte. ¿La madre de tu hijo holandés?, le pregunté para ubicarme. Esa misma. A ella también la podemos llamar, seguro que te ayuda una barbaridad, pero está p'allá, nunca sabes cómo va a amanecer, nunca sabes la que te va a liar, te lo juro, dijo Rafael, y con sus palabras rescaté una nota mental que dejé guardada años atrás en el fondo de mi cabeza: la de desconfiar de todos los hombres que llaman locas a sus ex. Pero la verdad, reina, para mí Paco siempre será mi cuñado; ella mi ex, pero él mi cuñado, mi hermano, mi amigo del alma.

Paco y Lotte te pueden contar un montón de cosas de aquellos tiempos. Los conocí cuando volví a Utrecht después de la extradición. Como estaba solo, ya sin Lola y los niños, iba mucho al bar español, al Casa Sánchez, un bar que era de la familia de Paco. A Lotte, cuando hablamos la primera vez, le dije que solo con verla ese día ya me había tocado la lotería, porque no te imaginas lo guapa que era, una holandesa de casi dos metros, rubia, despampanante, que además hablaba un español casi perfecto, el combo, vaya, y encima le hacían gracia mis chistes. Hace tiempo que no la veo, pero la última vez, aunque quien tuvo, retuvo, noté cómo había envejecido después de haber pasado un cáncer, le noté los años.

Llegamos a su edificio y mientras esperábamos el ascensor, insistió en que Paco sería el mejor guía para mí en Utrecht. Habla holandés como si fuera holandés, te lo digo. Vive allí desde los dos años, y aunque luego pasó un periodo largo en España con su hermana y su madre, volvió al cabo del tiempo y se siente más holandés que español. Él estuvo en mi juicio allí, dijo. Fue testigo. Pero ¿hubo juicio en Holanda por lo del solar?, le corté, sentía que la historia se me escurría, que era incapaz de contenerla porque rebasaba cada límite que intentaba ponerle para colarse por caminos inesperados. No, por eso no, por otro lío que tuve en Utrecht. Una historia que mejor no contar, me respondió. Bueno, si quieres que escriba tu historia igual me la tendrías que explicar... La serie es sobre Benidorm y la estafa, ¿no?, me respondió mientras se admiraba en el espejo del ascensor para recolocarse el pelo, ya casi todo blanco, sin rastro del moreno que,

según él, tanto éxito despertó entre las mujeres holandesas. Este es otro asunto, y ya te dije que lo que pasó después mejor que no aparezca, que no todo ha prescrito, comenzó a reírse y cuando me miró de reojo, supe que no tardaría más que unos días en comentarlo al detalle.

En el salón, las persianas estaban bajadas, y en la penumbra se intuían las fotos que decoraban las paredes, los hijos de Rafael y Lola, sus nietas, y algunos óleos de naturalezas muertas con marcos recargados. Rafael abrió y dejó que entrara la luz. ¿Y Lola?, pregunté. En la calle, viendo a los *comunióneros*. Tu nieta toma la comunión hoy también, ¿verdad?, dije, aunque pensé, nada más preguntarle, que no tenía demasiado sentido que no estuviera en la calle, a la espera de la niña en procesión. No, no, a ella le toca el domingo que viene, será la más guapa. Las has visto a todas, ¿no? Pues ella la más guapa, te lo digo yo.

Sacó un álbum de fotos que tenía escondido detrás de un montón de libros, una colección de novelitas del Oeste de lomos finísimos. Con estos libros me entretengo en este pueblo de mierda, los he leído ya doscientas veces, y puso el álbum sobre la mesa. Normalmente lo tengo guardado en el altillo del armario, con las maletas y las cajas, pero el otro día, cuando me dijiste que te ibas a Utrecht este verano, lo saqué para que no se me olvidara nada. Lo he dejado ahí escondido, así Lola no se lo encuentra, no le gusta recordar todo aquello, me dijo, y abrió el álbum. Una foto de los dos, Rafael y Lola, con los tres niños a sus pies, frente al adosado de ladrillo visto de color blanco. En la foto, Lola tenía una tripa enorme y todos sonreían, excepto ella, que salía con la boca abierta, como si tratara de decir algo, y aunque por las caras parecía que nadie se dio cuenta, que nadie la escuchó, al menos su intención quedó grabada para siempre en esa imagen. Mira, esta fue la casa que compré con el dinero de Benidorm, ahí estuvimos un par de años. Era grande, de dos pisos. Stanleyaan, 118, no me olvido de la dirección, no me olvidaré nunca. Es fácil. El nombre de la calle es como el del presidente ruso ese que fue un cabronazo. Entonces, ¿Stalinlaan?, pregunté para apuntarlo en las notas del móvil. No, no, respondió, Stanleyaan. Y el número, el 118, que de ese número no me olvido, ¿sabes por qué? ¿Por qué?, y al preguntar imaginé que como respuesta vendría una de sus extravagancias. Porque era el mismo número de celda que tuve en el Huis van Bewaring, el 118. Si fuera joven, me lo tatuaba. La verdad es que me lo tendría que haber tatuado allí, uno de mis vecinos de celda tatuaba con un boli Bic, unas cosas elaboradísimas, no te imaginas.

Me fijé en la foto, los dos hijos mayores, José y Rafael, que ahí tendrían doce y nueve años, sonreían, quizá emocionados por la perspectiva de ese salón, de los dormitorios enormes, de vivir en una casa de dos plantas con una escalera angosta por la que lanzar sus coches al piso de abajo, impulsados por esos escalones holandeses empinados y estrechos, contentos quizá porque iban a tener un patio en el que poder jugar a la pelota o construir una guarida. Poco sabían de las lluvias diarias, del frío intenso que apenas tenía que ver con el de chaquetilla y jersey al que estaban acostumbrados. Me fijé entonces en los retratos que había en la pared, los mismos niños, pero unos años después, ya hechos unos chavales, poco antes de morir —un accidente desafortunado el mayor, una enfermedad imprevisible y fugaz el segundo— y me acordé, aunque

yo aún era muy niña, de cuando llegaron al pueblo tras volver de Utrecht, y todas las adolescentes caían rendidas ante ese holandés de pelo largo. El pueblo era un poco así, hartos de verse las caras los unos a los otros, la novedad se convertía en fascinación, en deseo. Me acordé, también, de la historia que siempre contaba mi prima Nata, esa de cuando aún eran niños, antes de Holanda, antes de todo, un día en el que Rafael hijo y ella jugaron juntos y, tras eso, le desaparecieron los cuchillos de plástico de la cocina de sus barriguitas. Poco tiempo después, coincidieron en el parque, y los Clicks de Playmobil del hijo de Rafael tenían unas espadas minúsculas que mi prima reconoció enseguida.

Rafael siguió pasando las páginas del álbum, los niños en la puerta del colegio, dos fotos de Lola en una plaza, en una posaba frente a una iglesia enorme, en la otra frente a una torre que salía cortada, e imaginé que sería la Torre de Dom. También había varias fotos de los canales, de sus puentes decorados con flores. Mira, esta es la tienda que abrí nada más llegar a Utrecht. Rafael —tan joven— fumaba frente a un establecimiento, Tweedehands, y tras él un escaparate lleno de maniquíes vestidos en una especie de caos poco atractivo. ¿Abriste una tienda de ropa? ¿Tú? ¿Una tienda de ropa?, tuve que decirle, nunca imaginé a Rafael asesorando a gente para comprarse un jersey, una chaqueta. Bueno, sí, una tienda de ropa de segunda mano. Allí eso se lleva mucho. Vendía poco, la verdad, la tenía algo descuidada, y me daba lo mismo, para mí era más bien una tapadera con la que hacer contactos, con la que colocarme en una calle en la que me interesaba conocer a gente porque había mucho movimiento, Amsterdamsestraatweg. ¿Amsterdam estrate?, y me callé en medio de la pregunta, incapaz de pronunciar el neerlandés. ¿Ahí estaba la tienda? ¡Ahí mismo! Pegada al centro, pero llena de bares y comercios de españoles, árabes, griegos. Me reí. Anda, qué coincidencia, la casa en la que me quedaré en septiembre está en esa calle. A la altura del trescientos y algo, me la alquila el primo de un amigo.

Casi al final de la calle, que es una calle larguísima, cansadísima de pasear, te lo digo, retomó Rafael, cerca de una torre, que creo recordar se llamaba Torre del Agua, Watertoren, había un bar griego, tengo el nombre en la punta de la lengua... Vamos, si te quedas en esa calle y tiras para la torre, en esa misma acera está, enfrente de un Rabo Bank, no tiene pérdida, me dijo Rafael. Que no sabes la de chistes que nos dio el banco. En ese bar pasé yo un montón de tardes. Cuando trabajaba en la tienda, y cuando salí de la cárcel, cuando Lola y los niños se volvieron a España, y me puse a trabajar de cocinero en otro bar, también iba para allá, aunque me pillara más lejos. Cuando estés en Utrecht, te tienes que acercar a saludar a los dueños, Basil y Alexander, son hermanos, unos piezas. Unos tipos superdivertidos, ya te digo. Sobre todo, Alexander, un crack. Basil era más serio, pero cuando te cogía confianza, era majo. Eso sí, como les cayeras mal, acojonaban. Pero acojonaban de verdad. Dos bulldogs parecían. A mí siempre me trataron bien. Me quieren mucho...

Mientras Rafael me contaba, yo tecleaba con dedos veloces nombres y vivencias en las notas del móvil, tan rápido que el corrector del teclado cambiaba palabras según sus predicciones y, a

veces, las frases se volvían inteligibles, como descubrí cuando llegué a casa y tuve que invertir tiempo y esfuerzo en descifrarlas.

Rafael, que de repente pareció despertar de su ensoñación, de volver del bar griego en el que se encontraba mientras me relataba sus vivencias, se dio cuenta de que andaba como loca tecleando notas en el móvil. Ay, perdona, Alba, que me lío a contarte batallitas y no te digo nada de lo que te quería decir. Apunta estos teléfonos y no los pierdas, y me dictó los números de Paco y de Lotte, con su prefijo +31. Yo les avisaré de que vas, pero no te olvides de llamarlos. Mira, de hecho, ahora que no está Lola, aprovechamos y llamamos a Lotte para decirle que en unos meses vas a ir a Utrecht. Aún está loca por mí la Lotte, ni te imaginas, me llama casi todos los días. He tenido que cambiar su nombre en la agenda, ahora es Luis, porque Lola, cada vez que veía llamadas de Lotte, se enfadaba conmigo y estaba tres días sin hablarme. Como si fuera yo el que cogiera el teléfono para llamarla. A ver, que tenemos un hijo juntos, no puedo dejar de hablar con ella así como así. Y menos cuando tenemos al chaval aquí, trabajando en Benidorm. Es que, ay señor, las mujeres... ¿Las mujeres qué?, le corté. Las mujeres sois lo más bonito del mundo, contraatacó y yo le mostré el dedo medio, y pensé en robarle todos los cedés de Bertín Osborne que tenía en el coche. A estas alturas ya no había nada que pudiera hacer por él, pensé, pero reducir su dosis de rancheras siempre iría a favor de su bienestar intelectual.

Rafael llamó a Lotte y la saludó apenas con un ¿Cómo estás? Siempre que hablaba con una mujer, fuera de la edad que fuera, cambiaba el tono, se volvía dulce, cercano, aunque era solo una forma de existir, de relacionarse. En cambio, con Lotte su tono se tornó serio, directo, de una confianza fría. Le contó que una guionista, hija de unos amigos, estaba escribiendo su historia, que iba a pasar unos días en Utrecht y que le gustaría que tuviera un encuentro con ella. Luego me pasó el teléfono, y me sorprendió la voz suave, el español sin errores, con un acento fuerte, pero dulcificado por el tono, cercano y cálido. Me dijo que estaba deseando conocerme, y yo le contesté lo mismo, y, antes de despedirnos, me ofreció su casa para alojarme. Le comenté que ya había encontrado un estudio, que estaba muy contenta, pero ella mantuvo la oferta con una insistencia que se extendió durante minutos, una insistencia que llegó a incomodarme y tuve que inventar que ya había firmado un contrato, tuve que convencerla de que necesitaba mi espacio para escribir, que era un sitio ideal.

Cuando por fin pude despedirme y colgar el teléfono, Rafael me contó que, una vez, Lotte dejó escondido un pintalabios en su coche y, al cabo de unas semanas, fingió encontrarlo y le gritó: ¿De quién es esto? ¿Con quién has estado?

Quizá me he adelantado y no es tan buena idea que la llames cuando estés allí, reina, me dijo. Pero bueno, vamos viendo. Y, sin apenas cortar la frase, dijo: Thalassa... Y me quedé descolocada. ¡Thalassa!, repitió Rafael. ¿Qué?, le pregunté con intriga. ¡Thalassa, cojones! ¡Así se llamaba el bar griego!

Fernando conduce un Mercedes nuevo, pero con esa carrocería de finales de los ochenta que nació antigua, como si al cruzar la puerta del concesionario, tras la compra millonaria, las líneas cuadradas del diseño envejecieran una década de golpe y estuviera destinado a ser conducido por un hombre con pelo cano y corbata perenne como él mismo. El Mercedes avanza desproporcionado en contraste con los Seat Panda y los Peugeot 205 que pueblan el paseo marítimo, en el gris metalizado de la carrocería rebota el sol de Benidorm, un sol que Fernando agradece, justo ha regresado de Londres tras cientos de días de cielos encapotados y lluvia fina que le obligaban a andar a todos lados con gabardina y sombrero, elegante como Rick en *Casablanca*, le gusta decir. Pero la verdad es que, desde su vuelta, no se quita las gafas de sol ni a refugio de espacios interiores. La intensidad de los rayos le obliga a cerrar los ojos, le molesta la luz, incluso diría que le duele la córnea. Estos días ha acudido con especial agitación a la Enciclopedia Salvat de dieciséis tomos que reposa orgullosa junto a la *Sociedad mercantil I*, *Sociedad mercantil II* y el *Código y comercio de la legislación mercantil* en su despacho y empieza a sospechar que ha desarrollado una ftofobia. Tita, su mujer, se queja; insiste en que se ha vuelto hipocondriaco, pero él no ve qué tiene de hipocondría adelantarse a un médico y tratar de entender qué ocurre en su cuerpo para así estar preparado ante las malas noticias que pillan a la gente con la guardia baja en consulta. Desde que tiene uso de razón, desde que sabe buscar en la enciclopedia, diría, siempre ha examinado sus síntomas y no le ha ido nada mal. Acertó con el reuma, acertó con la hipertensión, y si confundió un ataque de ansiedad con un infarto fue porque las señales coincidían una por una, y si hubiera estado en lo cierto, se habría salvado gracias a conocer de antemano la sintomatología.

En todo eso piensa Fernando cuando se para a la altura de la cafetería donde su mujer ha quedado con una amiga para charlar, para contarse qué tal todo después de tanto tiempo en Londres. Tita, la piel morena, curtida como el cuero, que roza la tanorexia, el pelo rubio platino, corto y tan cardado que ayuda a aumentar unos centímetros su altura ya de por sí elevada, sube al coche y le da a Fernando un beso en la mejilla.

—Benidorm es cutre, ratón, ¡cutre total! ¡Me encanta! Eso sí, el café buenísimo, que ya estaba harta del aguachirli de Londres.

—Se dice aguachirri —la corta Fernando.

—Pero tú me has entendido, ¿no, ratón? —Y Tita se acerca al cuello de su marido, que puede oler el coñac en su aliento—. Aguachirli, aguachirri, un café de mierda, ¡vaya! Eso sí, pegada a

la silla del bar ese, la mesa también pegajosa perdida, que no sé cómo Mariche no ha escogido otro sitio, qué antro, señor, ¡qué antro! ¿Y este paisaje? ¡Dios! ¡Es horroroso! —dice Tita a una velocidad imposible de seguir, y más que señalar los edificios, señala a varias familias que, en procesión, avanzan hacia la playa cargadas con sillas plegables, sombrillas, neveritas portátiles, toallas, sombreros—. ¡Es horroroso! ¡Me encanta! Pero ya basta, ¡ya he tenido suficiente! Esta tarde si quieres nos volvemos a València, ratón.

Fernando se encoge de hombros.

—Así te libras de pasarte el día entero en el ayuntamiento.

—¿Por qué me iba a pasar yo el día en el ayuntamiento? —pregunta él con cansancio.

—Porque has recibido una carta con una pinta malísima que dice que les debes dinero de unas plusvalías o algo así.

Fernando la mira por primera vez desde que ha subido al coche.

—¿Que debo dinero a quién?

—Al ayuntamiento, ratón, ¡te lo estoy diciendo!

Tita saca de su bolso Hermès inmenso una carta abierta, arrugada.

—Mira, ¡dicen algo así como que les debes dinero!

—¿Por qué abres una carta que es para mí? —pregunta Fernando, el enfado contenido en un tono de voz hermético, que apenas deja espacio para el aire.

—Porque las propiedades, aunque estén a tu nombre, son de los dos, Fernando. E igual que tú llevaste todo el papeleo de la casa de mis padres, yo puedo mirar una mísera carta del ayuntamiento de esta ciudad del demonio —lo corta ella con la rotundidad que otorga la razón—. Y si vendes una propiedad que afecta a la economía familiar y afecta a nuestros hijos, pues creo que lo mínimo, ratón, es que me lo digas, ¿no crees? —dice con calma, y busca la mirada de su marido para tratar de comprender.

Pero él parece sobrepasado, y acerca el coche, demasiado grande, a la acera. Te has pasado con el Mercedes, piensa ahora que quiere encajarlo a la izquierda para que el resto de los vehículos puedan circular, y le arrebató a Tita el sobre arrugado.

Entonces, saca la carta con dificultad, demasiado justa para el tamaño del sobre, solo una ojeada y la expresión de su cara muda.

—¿Qué es esto de que he vendido el solar ni qué ocho cuartos? —La voz entrecortada por ese pánico concreto que solo es capaz de generar la burocracia.

—¿Qué solar, ratón? ¿El de Poniente?

Fernando ni siquiera responde a su mujer, sus ojos corren por la carta, con premura, deteniéndose a cada poco, y sin quererlo, en el sello rojo, Urgente, que desafía amenazante desde la página arrugada, en palabras como plusvalía, venta, terreno. Mira a un lado y a otro y cuando comprueba que ningún coche se va a cruzar en su camino, acelera a lo largo del paseo de la playa de Levante y no dobla por la esquina que los llevaría de vuelta a su apartamento.

—¿Dónde vas tan rápido, ratón? Vamos a casa tranquilamente, nos ponemos un coñac,

leemos la carta, llamamos por teléfono, ha tenido que ser un error.

Pero Fernando ni siquiera responde, solo acelera hasta rebasar la velocidad máxima permitida para llegar cuanto antes a la playa de Poniente, al número 23 de la avenida de la Armada Española, hasta llegar al solar, su solar en primera línea de playa que ha sufrido una transformación importante desde la última vez que lo vio. Una lona enorme anuncia la construcción, ya comenzada, del Edificio Veralux, jardín, piscina, apartamentos con suelos de mármol, dos y tres habitaciones, balcón al mar; y hay máquinas apisonadoras, máquinas perforadoras, obreros con casco y sudor, una caseta prefabricada, Información y ventas, adonde Fernando se dirige con paso firme sin mirar atrás, sin mirar su Mercedes aparcado de cualquier manera en el paseo marítimo, sin mirar a Tita, que trata de correr al ritmo de su marido con unos tacones de aguja pensados para ir de casa al coche y del coche a casa.

Fernando llega a la caseta, la corbata dada la vuelta ha cruzado su hombro izquierdo, las gafas empañadas, Michael Douglas en *Un día de furia*, los puños apretados con los que golpea la puerta hasta que le duelen los nudillos, ya preguntará después en la farmacia que bálsamo echarse para aliviar las heridas de las que ahora no es consciente, pero le comenzarán a preocupar durante la noche, cuando su ira dé paso a la estupefacción, a la impotencia, a la tristeza, a la desconfianza total en el género humano. Pero ahora, ahora Fernando está enfadado, Fernando es ira, rabia, es todo desconcierto.

—¿Qué haces?! ¿Has perdido la chaveta?! —El jefe de obra corre hacia Fernando, es mucho más bajo que él, pero por su actitud cualquier diría que le saca tres cabezas, lleva tirantes, la marca de la manga corta en sus brazos, una rosa tatuada con trazo grueso en uno de ellos, imperfecta, azulada, pendientes de aro, un lápiz en la oreja—. ¿Tantas ganas tienes de comprarte un apartamento que no puedes esperar? —le pregunta con una voz aflautada, que no se corresponde con su cuerpo compacto, con su actitud de perdonavidas.

Fernando se da la vuelta, apocado de repente.

—Este terreno es mío. —Un hilo de voz apenas audible—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Tita se acerca descalza al jefe de obra, y le tiende la mano que sujeta los tacones con un gesto amigable.

—Ha debido de haber un error, este terreno es de mi marido. —En su tono hay cordialidad, ganas de entender.

—Este terreno es del señor Arismendi, como bien dicen los papeles.

—Debe de haber un error —insiste Tita.

—¡Este terreno fue de mi santa madre! —grita Fernando, sobrepasado.

Tita le agarra del brazo para controlar su pronto.

—Ahora mismo, cuando te me relajes y te dejes la actitud de dóberman fuera de la caseta, te enseño los papeles, le dice el supervisor de la obra. Y ya lo verás, todos en regla, jefe. —Y le da un golpecito en la espalda que, en lugar de ser amistoso, provoca.

Cuando el supervisor sale de la caseta, parece transformado, más crecido que antes, le pasa

los papeles a Fernando.

—Si quieres te los explico, jefe.

—Mi marido es abogado, no necesita explicaciones. —La calma de Tita empieza a ser roída por la indignación.

A medida que lee los permisos, el rostro de Fernando se contrae, se vuelve pálido.

—Están a nombre de un tal Lander Arismendi.

Tras decir esto, tiene que apoyarse con la mano en la pared de la caseta prefabricada para no desvanecerse, esa pared metálica que arde, aunque la palma de su mano ya hace un rato que ha perdido la sensibilidad.

Esa misma tarde Fernando y Tita se reunirán con Lander en la cafetería de un hotel, y Fernando no tomará café para no alterarse, Tita lo tomará con coñac para rebajar la cafeína, Lander pedirá directamente un whisky con agua, la ocasión lo requiere, y recordará los chupitos que tomó con Rafael, licor barato con el que engulló las mentiras que ahora regurgitan en su esófago. Le mostrará la documentación, toda en regla, pero pronto habrá más reuniones, habrá juristas, Fernando se querellará contra él, se descubrirán los poderes falsos, y Lander tendrá que volver a pagarle la misma cantidad por el solar que ya compró para que retire la multa. Arrepentido para siempre de invertir en turismo, de hacer negocios en Alicante, a pesar de que en poco tiempo recuperará el capital, no solo de la primera compra del solar, sino también de la segunda, la válida, la firmada ante notario, por fin, por Fernando Palop Mata.

¿Ya has llegado, reina? Nada más aterrizar en Ámsterdam, me llamó Rafael, apenas dos minutos después de bajar del avión. No recordaba haberle dicho la hora a la que iba a llegar, pero él parecía estar al acecho, preparado para atraparme nada más pusiera el pie en el que él todavía consideraba su país, el lugar donde vivió sus mejores años. La primera vez que pisé Utrecht fue como si siempre hubiera vivido allí, ni te lo imaginas, reina, me gustaba incluso que lloviera, porque llovía casi todos los días, pero hasta a eso le pillé el punto.

Me explicó cómo salir del aeropuerto, dónde tomar el tren y, luego, por si algo había cambiado desde que él estuvo allí, Mucho tiempo ya, reina, le pasó el teléfono a su hijo holandés, al pequeño, al que tuvo con Lotte y yo no conocía, Enrico, que hacía poco se había mudado a Benidorm harto del clima neerlandés. Él me explicó dónde tomar el tren hasta Utrecht, qué tipo de billete comprar, y me insistió en que me fijara muy bien en los andenes: Es fácil, pero el sistema es distinto al de los trenes en España, y su acento y su voz me recordaron a los de su madre. Yo asentía sin escucharlos, estaba nerviosa, cansada, mis ojos giraban al ritmo de la cinta de equipajes, mientras esperaba que escupiera mi Samsonite negra. Me despedí con prisa cuando la vi aparecer, necesitaba las dos manos para recuperarla y tuve que colgar; nada más hacerlo, le escribí un mensaje a Dani: Ya he aterrizado, todo ok. Guardé el teléfono en el bolsillo y empuñé mi maleta, mientras imaginaba a Rafael orgulloso: Ya ves, hijo, esta chica se ha ido a Holanda solo para escribir la historia de tu padre.

Utrecht se aparece ante nosotros como una lancha de salvamento en medio de un naufragio. Quiero estar con Dani. Dani quiere estar conmigo. Dani quiere hijos. Yo no quiero. Pero ¿estás segura? La pregunta me enfada, aunque no se lo demuestro. Necesito reflexionar, eso sí se lo digo. Poner cosas en la balanza. Superpoblación. El mundo se va a la mierda. Me siento incapaz de educar, de criar, de mantener con vida a un ser humano. Me da miedo embarazarme. Me da miedo parir. Me da miedo el dolor. El dolor provoca en mí un terror paralizante. No me gustan los niños. Me gustaría que me gustaran. Lo intento. No me gustan. Me gusta Dani. Quiero a Dani. Pero me da pavor tener un bebé en brazos, la cabeza que pesa, que no se sostiene, la responsabilidad de mantenerlo con vida. Me aterrorizan la muerte súbita, las alergias alimentarias, el cáncer infantil, el bullying, la incomprensión, la adolescencia. Me da miedo fallar. No siento el deseo de ser madre. Nunca lo tuve. Traté de sentirlo. Deseé sentirlo. Sentí que debía sentirlo. Me siento presionada para sentirlo. Pero no está en mí. Yo pensaba que lo convencería. Él pensó en convencerme a mí. Me aterra perder a Dani.

Imposible dejarnos. Incapaces de hacerlo. No podemos. Acordamos que las tres semanas de separación nos sirvan para reflexionar, decidir qué hacer con nosotros, con nuestro futuro inminente. Nos despedimos en el aeropuerto y me da la sensación de que el equipaje pesa mucho más que esos 19,50 kilos que acabo de dejar en el mostrador de facturación, más que los libros que cargo en la mochila. Me cuesta deshacerme del abrazo, llegar a los controles y perder a Dani de vista entre todos esos viajeros que, en ese momento, son simples extras de mi película dramática.

Tengo una lista de destinos imperdibles, de lugares que, según Rafael, van a contarme a gritos su historia. Sin quererlo, por la mañana, cuando he bajado a comprar café, pan, algo para comer que me mantenga alejada de los cafés a más de tres euros, del nivel de vida europeo que soy incapaz de sostener, he pasado por delante de la Torre del Agua, la Watertoren de la que me habló Rafael y al ver un cartel de Heineken y unas paredes de ladrillo visto, las cortinas de punto que, seguro, llevan colgadas desde los años ochenta, al ver el local lleno de hombres, ni una mujer, al ver las mesas en la acera, junto a la pared, donde los parroquianos, sentados en sillas plegables, beben

cerveza a pesar de la hora, lo he sabido: El Thalassa. Y ha sido como estar delante del Satriale's Pork Store de *Los Soprano*, con Paulie, el tío Junior y Tony frente a sus cafés sobre los manteles de cuadros rojos y blancos.

¿Permanecerá la huella de alguien en un lugar, a pesar de que han pasado años desde la última vez que lo pisó?

El sol sigue escondido, aún tardará en desperezarse, apenas son las seis de la mañana, y el cielo oscuro, inmenso, extrañamente despejado, engulle la luz que escupen las farolas, mantiene en penumbra la estancia en la que duermen Lola y Rafael, también la habitación de los niños, quienes, en su percepción del espacio, la consideran colosal, infinita, y así quedará grabada durante años en su memoria, la alfombra en el centro llena de juguetes, dos literas, una a cada lado de la ventana, en las que José, Rafa y Raúl respiran al compás, atrapados por un sueño despreocupado, infantil, mientras el pequeño Jero trata de enfocar en la oscuridad las láminas del somier de la cama que se eleva sobre la suya. Siente que las lágrimas se agolpan al borde de sus ojos, e intenta expulsar el miedo invocando la imagen de un pueblo del que le hablan sus padres y sus hermanos, un lugar mágico en el que el sol nunca deja de brillar porque las nubes no existen, porque el agua, en lugar de pasearse por la ciudad a través de su circuito de canales, crece inmensa, sin límite visible, en forma de olas que terminan por golpear la arena clara. Y esa imagen del agua que desborda y que no sabe nombrar porque aún no domina el lenguaje, es la que trata de invocar en sus pensamientos.

Entonces, escucha el rugido de un motor que se detiene frente a la casa, los golpes de las portezuelas del coche al cerrarse, los pasos que parecen pulverizar la gravilla, las patadas que zarandean la puerta, las ventanas, los cimientos de esa casa que nunca pensó que pudiera temblar. Y escucha a su madre que grita, que llora, él que nunca pensó que su madre pudiera llorar; y así deja de invocar al sol, al agua, y piensa que en lugar de las imágenes que esperaba, han llegado esas otras, las que acechan cuando cierra los ojos en la oscuridad, las de los monstruos que se esconden en los arbustos del jardín, bajo la cama, en la bañera, ocultos tras la cortina de plástico, unas criaturas que él sabía que existían, pero aún, como el mar, ahora recuerda el nombre, no había tenido tiempo de ver.

Cualquiera diría que son ocho, pero apenas son cuatro los agentes de la policía holandesa que han entrado en la casa a golpes, golpes tan violentos que parece que son dieciséis las manos que arrancan el edredón y sacan a Rafael y a Lola de la cama, las que aporrean, apartan, manosean los cojines del sofá, las revistas, los juguetes de los niños, el tapizado de los sillones, dieciséis las manos que toquetean la vajilla, los vasos, los cajones de los cubiertos, las cajas de cereales con nombres holandeses pero con la rana, el tigre, los duendes, mascotas ya de sobra conocidas antes

de la lluvia y los canales, dieciséis las manos que abren y cierran puertas, armarios, que esparcen fotos, papeles, ropa, que palpan objetos íntimos, privados, dieciséis las manos que toman a Rafael para esposarlo, y él, que ya ha sentido el metal oprimir sus muñecas en más de una ocasión, sabe que si dobla un poco el brazo, las esposas parecen apretar donde sobresale el hueso de la articulación.

—¡Cuidado, me haces daño! —dice en una mezcla imposible de idiomas, pero es una impostura, y es consciente de que al volver a estirar el brazo, la circunferencia fingirá agrandarse sin modificar su diámetro y si une los dedos será capaz de escurrir la mano, de liberarla, lo ha probado ya demasiadas veces, y siempre funciona.

A Lola no la esposan, corre por la casa, aspavientos, palmetazos en el aire, movimientos descoordinados que siente que consiguen alejarla de los agentes, esa masa oscura que se aproxima, y ella es un ratón de laboratorio a punto de ser agarrada con sutileza, con apenas dos dedos, para sacarla de su jaula un segundo escaso, limpiarla, cerrarla de nuevo. Pero los nervios, pero el miedo, la negrura de un futuro que ve a fogonazos mientras una agente inmensa la inmoviliza contra el mueble del pasillo, vuelca los retratos que se exhibían con orgullo, la familia frente a un canal, la familia de pícnic en el Vondelpark el día que visitaron Ámsterdam, José y Rafita con la equipación del Valencia C.F. frente a su colegio holandés, todas las fotos en el suelo, el cristal que las protegía hecho añicos.

Jero se ha subido a la litera de su hermano Raúl, se ha abrazado a él, tiene miedo de los monstruos, y les llama *mostros*, los teme antes de saber nombrarlos; Rafita pide al resto que se calmen.

—No va a pasar nada. —Pero su voz es una cuerda sin afinar, vibra a destiempo.

José debe hacer algo, es el mayor, y rebusca entre sus juguetes un bate de béisbol.

—¡Yo los mato! Si tocan a papá, ¡los mato! —Apenas tiene once años y entenece, conmueve, perturba.

Desde la habitación se escuchan chasquidos, se escuchan gritos, cracs que suenan tan próximos que los niños sienten que lo que chasquean son sus dedos, sus cuellos, sus columnas vertebrales, aunque sigan encerrados en la habitación, y José, incapaz de aguantar, abre la puerta, bate en mano, y ve a su madre, frente a él, inmovilizada por una mujer gigantesca, el pelo teñido color pollo, que casi parece abrazarla, y él levanta el bate, ya puede imaginar que la sangre hincha las fibras capilares y el amarillo paja se enrojece con la velocidad del fuego, como ocurrió en el colegio cuando tiñeron la lana blanca dentro de una probeta, pero la mirada de su madre lo detiene, una fuerza arrolladora que le obliga a dejar el bate antes usarlo, sin hacer ruido, a dar un paso atrás y otro y otro y otro, hasta volver junto a sus hermanos. Entonces, la puerta queda entreabierta, y uno de los agentes la despeja y se topa con cuatro niños abrazados entre sí que evitan levantar sus miradas para no ser testigos de lo que sucede. Y él, al verlos, cierra, e indica con un gesto a su compañera que se aleje de la estancia, que baje la voz, que deberían llevarse a Rafael, salir de allí cuanto antes.

Lola sigue apoyada en el mueble del pasillo, inmóvil, los pies sobre los cristales rotos, sus ojos sobre los cristales rotos, la foto de José y Rafita bajo esos cristales rotos, bajo sus pies, arrugada. Los niños se arremolinan frente al ventanal para ver cómo dos de los agentes llevan a su padre a uno de los coches patrulla, mientras la otra pareja, la mujer del pelo color pollo y un hombre escuálido al que el uniforme le queda demasiado holgado, se suben al otro vehículo y ponen las luces, la sirena con la que escoltarán a sus compañeros de camino al Huis van Bewaring. Los niños se despiden de su padre que, antes de que lo obliguen a subir al coche, encoge los dedos, saca su mano derecha de las esposas y la mueve en el aire, sonriente, para decirle adiós a los niños, mientras los agentes abren la portezuela y lo empujan dentro del vehículo sin siquiera darse cuenta de que ha conseguido librarse de los grilletes.

Me da por imaginar que a Lola no le gustaba viajar en avión, no por ninguna fobia, sino por la molestia que suponían los oídos taponados por la presión de la cabina, la contracción en el estómago cada vez que aterrizaba, esperar la maleta con la tripa encogida por si se extraviaba, porque, como le habían dicho, las maletas muchas veces desaparecían.

Pero apenas instalada en Utrecht, apenas aprendido el camino de casa al supermercado, de casa al colegio, al centro de la ciudad, a la estación de trenes, Lola tuvo que volver a preparar su equipaje, dejar chubasqueros y jerséis en el armario, empacar su ropa preferida, vestidos cortos, tirantes... y volar desde Ámsterdam-Schiphol a Ibiza.

Si googleo la dirección del adosado, Stanleyaan, 118, Utrecht, y pongo al muñequito de Google Maps encima del punto exacto que marca el mapa, me siento como si estuviera allí frente a esa casa de ladrillo visto pintado de blanco, ventanal enorme, un patio delantero mínimo, pero que guía con estilo hasta la puerta, una casa moderna aún hoy, nórdica, que busca atraer la luz al abrazar colores claros.

No parece estar en venta, pero su vecina, la gemela Stanleyaan, 122, sí lo está. En las fotos del portal inmobiliario distingo un salón iluminado por el enorme ventanal de la fachada, un suelo color crema, varias habitaciones, cocina espaciosa, patio, radiadores, dos baños, garaje. Ciento cincuenta y siete metros cuadrados en los que, sin duda, podrían haber tenido una buena vida.

El ladrillo parecía la única inversión fiable y sólida en la España de finales de los ochenta, la que estaba a punto de estrenar la década de la falsa riqueza, esa quimera que se sostenía en pilares tan poco consistentes como el turismo y el mercado inmobiliario.

Lola llegó a Ibiza dispuesta a eso, a invertir. A Rafael le habían hablado de unos apartamentos de reciente construcción, alejados del bullicio, pero en una zona que fascinaba a turistas y residentes, así que, tras verlos, coquetos, ningún espacio desaprovechado, Lola decidió seguir adelante con el plan y los compró. De los doce millones que costaron los dos, Daan invirtió cinco mil pesetas, una cifra irrisoria, pero capital extranjero, al fin y al cabo.

Desde Ibiza, Lola fue a Mallorca en ferry. Allí vio un par de apartamentos por los que le

pedían más de veinte millones. Decidió negarse, una cosa era invertir y la otra que la tomaran por tonta.

Mientras, la cuñada de Rafael, la mujer de Ramón, compró dos pisos en Benidorm, uno a nombre de Lola y otro a su nombre. Este último lo vendió unos años después y se quedó con todo el dinero. Cría cuervos.

Antes de que se descubriera la estafa, cuando Lander ya había contratado a una empresa constructora equipada con maquinaria de última generación capaz de eliminar la pendiente de la roca calcárea, allanar el terreno y construir un edificio turístico con ínfulas, los parroquianos de un bar de La Junquera, justo en la frontera con Francia, ya comentaban la historia de un hombre que vivía oculto en Utrecht, al que su familia llevaba millones escondidos en la carrocería del coche. Millones que él consiguió por una estafa en Benidorm. Algunos decían que por vender un hotel que no era suyo, otros que por unos apartamentos, los menos apuntaban a la venta de un solar.

Así es como nacen las leyendas.

A los pocos días de que Fernando Palop Mata descubriera la venta fraudulenta de su terreno, saltaron todas las alarmas. Los pisos de Ibiza salieron en los informativos como una de las posesiones que Rafael había adquirido con los beneficios de la estafa, pero gracias al capital extranjero de Daan, fue imposible arrebatárselos.

A pesar de que en el Banco Atlántico le aseguraron que el dinero estaría protegido, Aquí no hay orden judicial que valga, confía, coño, a Rafael le quitaron los veinticinco millones que aún tenía en una cuenta a su nombre.

Años después, cuando el delito prescribió y Rafael regresó a España, ya no quedaba nada de los más de doscientos millones de pesetas que se había embolsado con la venta del solar.

Madrugué más de lo necesario en mi primera mañana en Utrecht porque, a pesar de que el cansancio seguía instalado en mi cuerpo, el reloj de pared con su tictac estruendoso me había desvelado a las cinco de la madrugada, y me harté de dar vueltas bajo el edredón, así que a las seis ya estaba delante del portátil. Imposible dormirme de nuevo en una cama extraña, sin parar de mirar una y otra vez el teléfono para ver si Dani me había respondido, sin suerte, y con esa duda que me sobrevolaba inquieta, molesta, como un mosquito en una noche de verano, la de que tres semanas fueran suficientes para deshacer el nudo de doble lazo que me revolvía las tripas. Pero ante el documento de Word, mi cabeza volvió a abrazar la historia de Rafael como un bálsamo, un lugar seguro en el que habitar a gusto, con sus recovecos, con todos esos enigmas que me atraían, que requerían ser descifrados.

Esa mañana, Rafael volvió a llamarme, quería saber si ya había contactado con Paco, si la casa estaba bien, si había descansado después del viaje, si no me había parecido larguísima la calle Amsterdamsestraatweg, si ya sabía cómo pronunciarla. Le dije que le había escrito un mensaje a su amigo. Paco está muy despistado, reina. Mejor si le llamas. Y le insistí en que no se preocupara, si no me respondía a la hora de comer, le llamaría por la tarde. Ah, y olvídate de ponerte en contacto con Lotte. Está muy pesada con que te tenías que haber quedado en su casa, y no sé qué quiere contarte, pero no me fío nada. Hace tres días que no le cojo el teléfono y me está hinchando a mensajes, eso que yo ni los abro. Seguro que se cree que tú y yo estamos liados.

Apenas una hora después, sonó el teléfono, era Paco, azuzado sin duda por Rafael y su aburrimiento. El acento de Paco me resultó indefinible, las eses finales aspiradas del andaluz, las erres guturales del neerlandés, las jotas marcadas. Era domingo y decidimos vernos el miércoles siguiente, el único día de la semana en el que tenía hueco. Había empezado a trabajar con horario a los cincuenta y pico. Una tortura, me dijo, no me acostumbro, y no supe cómo asimilar esa información. Le pedí quedar en la puerta del Thalassa, tomar un café allí, me sentía incapaz de entrar sola.

El miércoles, a la hora acordada, esperé a Paco en la acera de enfrente del Thalassa, en la puerta del Albert Heijn, un supermercado omnipresente en los Países Bajos, uno en cada calle, uno en cada esquina. No sabía si iba a reconocerlo, hablamos por teléfono como si nos hubiéramos visto antes, pero en realidad no teníamos ni idea de cómo éramos, y se nos olvidó establecer la señal,

el clavel en la solapa, el color de la chaqueta, el del pelo. Sin embargo, no fue difícil. Supe enseguida que ese hombre que aparcó frente al Thalassa y salió de su coche era él, por la expresión de la cara, supongo, o por algo en su manera de andar, quizá la altura, más comedida que la de los neerlandeses, quizá la sonrisa más cálida, y él debió de pensar algo parecido porque cruzó la calle y vino directamente hacia mí. Dos besos, Qué tal, cómo estás, y romper el silencio incómodo frente a los desconocidos. Qué raro que no llueva hoy, ¿verdad? ¿Te alojas en esta calle, entonces? ¿En un piso? Mi cuñada vive justo en la perpendicular. ¿Tomamos un café en el Thalassa? Sí, la verdad es que estaría bien, llevo días queriendo meterme a tomar algo, pero lo veo tan oscuro y tan familiar que me da no sé qué. Yo nunca he estado, respondió Paco, no me gusta demasiado el local, pero Rafael se pasaba aquí todas las tardes.

Cruzamos y los parroquianos que bebían en las mesas de la calle nos miraron de arriba abajo, Paco notó mi incomodidad. Nos sentamos en la barra y se hizo un silencio que apenas duró un segundo, pero pudo arañar el polvo espeso suspendido en el local sombrío, rayos de sol en una mañana luminosa, algo poco habitual en esa ciudad.

Paco se presentó al hombre ceñudo que se movía tras la barra con aspavientos toscos, como si su forma de estar en el mundo fuera ruidosa, artificial, más bien torpe. Yo le sonreí, le pregunté si hablaba inglés, pero él negó con un gesto. Paco, que ya había cruzado un saludo con él, un par de preguntas, me dijo que el tipo hablaba solo griego y neerlandés. Y no lo habla muy bien tampoco, no te creas, me confesó en un susurro. Paco le hablaba en un neerlandés fluido, rápido. Mejor que mi español, me señalaba a veces, e intuí que le explicaba que yo era guionista, que iba a estar unos días en la ciudad para investigar, y ante todas esas palabras que me recordaban al alemán, aunque a mi oído, más gutural y veloz, el hombre ceñudo asentía, con la mirada baja, sin cruzar sus ojos con los nuestros en ningún momento, mientras secaba vasos con un trapo que quizá en su día fue blanco, pero al envejecer había adquirido un tono grisáceo y cansado. De todo lo que decían, solo alcancé a entender una palabra, Rafael, y fue cuando Paco la pronunció, Rafael, cuando el hombre ceñudo mudó su expresión. Con una sequedad nueva, le dijo a Paco que no quería líos. Si no vais a consumir, mejor os vais. Paco pidió un cortado y me preguntó si me apetecía tomar algo. Un expreso, le dije, y cuando el griego comenzó a preparar los cafés con desgana, Paco se sentó frente a la barra como única respuesta a su rechazo. Una vez preparados los cafés, los dejó en la barra bruscamente y las dos tazas derramaron algo de líquido sobre sus respectivos platos.

El griego se dirigía a limpiar las mesas con un trapo, quizá más gris que el de antes, pero Paco le detuvo y le dijo algo en neerlandés, el tono conciliador. Fingí mirar los mensajes del móvil, pero activé la app de traducción de voz que tan útil me era en ese país y, aunque con lagunas, entendí que Paco le decía que había empezado con mal pie, le tendía la mano, se presentaba, y el hombre, a su vez, le respondía que se llamaba Basil. Así que, de los dos hermanos, este era Basil, pensé. Paco le contó que yo estaba escribiendo la historia de Rafael, que iba a cambiar todos los nombres, que solo me interesaba saber qué hacía el español cuando iba por allí, para ambientar,

nada concreto. Pero ¿la historia esta es de lo de Benidorm o de lo que pasó aquí? Paco le quitó importancia. De lo de Benidorm, claro, ella de lo otro, no sabe nada. Tragué saliva, traté de mantener el gesto de sorpresa oculto, un trago al café, los ojos en el móvil. La verdad, dijo Basil, o al menos eso tradujo mi teléfono y yo convertí en palabras coloquiales, alejadas de la retórica absurda de la aplicación, nos llevábamos bien con Rafael, pero a veces generaba mal rollo y después de lo que pasó, cuando salió de la cárcel, preferíamos que no viniera, aunque nunca se lo dijimos, pero, la verdad es que, aunque nunca le prohibimos el paso, dejamos de ser tan amables con él. Sobre todo cuando venía con el amigo ese con el que iba a todos lados. Luego, se dirigió hacia las mesas, pero Paco lo detuvo un segundo y sacó la cartera para pagar los cafés. Basil dijo que invitaba la casa, sin duda para que nos fuéramos enseguida, y se despidió con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

Al salir, Paco me explicó que el tipo era muy seco, le había costado hablar con él, solo le había preguntado si nos podíamos acercar algún rato para charlar sobre Rafael y la gente que iba por allí en aquellos tiempos, pero él le respondió que lo sentía mucho, no tenía nada que contarnos. Yo le agradecí su intervención con una sonrisa que en realidad iba dirigida a ese momento de espera en el aeropuerto en el que decidí descargar la app de traducción gratuita, valorada con cuatro estrellas coma dos.

Paco me propuso ir en su coche a dar una vuelta por Utrecht, enseñarme el bar donde trabajó Rafael. Allí cocinaba unas chuletillas de cordero que tenían loca a la gente del barrio. Me subí en su coche, un Peugeot pequeño, con una sillita de bebé atrás. Es de mi nieta, aclaró. Me llevó de un lado a otro de la ciudad, un guía impecable que me señalaba iglesias, puentes, que me ayudaba a conectar las calles de la ciudad con el centro, con mi casa. Condujo hasta el barrio en el que estaba el bar donde Rafael trabajó un tiempo como cocinero, ahora convertido en el Café de Plak. Aquí es donde empecé a conocer mejor a don importante, me dijo. Durante un tiempo trabajó con un tipo de Surinam, Volkem, y, en algún momento, Rafael me pasó su contacto porque quería deshacerme de una plantación de marihuana que tenía junto a uno de mis cuñados, y pensamos que quizá le pudiera interesar a su compañero. Pero el cabrón ese, el tal Volkem, se quedó con la plantación y luego no nos quería pagar, así que fuimos con Rafael, le reventamos el BMW, y el tipo se acojonó y nos pagó rápido los dos mil euros que nos debía. La verdad, Alba, ¡no nos aburríamos!

La excursión acabó en el barrio de Lombok, frente a una pescadería que aún estaba ahí, en el mismo lugar, pero había cambiado de dueños. El propietario de antes llegaba con el camión cargado de pescado fresco y con los bajos hasta arriba de chucherías, tú ya me entiendes, y Rafael y él siempre hablaban de hacer negocios juntos, pero cada vez que lo intentaban, algo salía mal.

A la próxima te presento a Fermín, me dijo antes de despedirnos, cuando detuvo el coche delante de mi casa, era muy amigo de Rafael también, un tipo famoso en España porque salió en un programa de cocina, no me acuerdo del título, uno en el que el presentador es un tipo gordote

y va a los restaurantes a decirles a los dueños por qué no funciona su negocio y les da soluciones para mejorarlo, pero en realidad va a ponerse fino. Pues en ese programa le tiraron la guitarra al canal, y el Fermín, todo loco, se tiró detrás para recuperarla, ¡historia de la televisión!

Al darle dos besos para despedirme, me di cuenta de que Paco no tenía brazo, de que su brazo derecho era ortopédico, pero lo llevaba con tal destreza, con tal soltura, conducir, tomar café, llamar por teléfono, que hasta que no me rozó con él, no noté que era rígido, inmóvil, un apéndice que no le pertenecía.

Esa misma tarde, recibí una llamada de Paco, Rafael también está en línea, dijo, es una llamada a tres. ¡Hola, reina!, escuché entrecortado. Hago esta llamada, Rafael, para que me digas si a Alba le puedo contar todo, quiero decir, ¿le puedo contar todo, todo? Imaginé la sonrisa de Rafael al otro lado. A ella le puedes contar lo que quieras, Paco, sin problemas. Pero ¿todo? Es mi biógrafa, dijo Rafael, y rompió a reír. ¿Todo entonces? Todo, Paco, todo, ¡que a Alba la quiero como si fuera mi hija!

Rafael está sentado en la parte trasera del coche, una mampara metálica hace de separación entre él, el peligro, y los asientos delanteros; su mirada fija en la nuca del agente que conduce, en la de su copiloto, y a pesar de que los ha visto hace menos de media hora, sus rostros se han vuelto vagos, intercambiables. Le angustia la cantidad de tráfico a esas horas por las calles de Benidorm, el sonido de los cláxones, cómo los vehículos se pegan unos a otros sin contemplar una mínima distancia que les permita frenar sin chocar entre ellos. Hace apenas unos días, desde la ventana de su celda en el Huis van Bewaring, donde pasó el último año y medio después de que irrumpieran en su adosado de Stanleyaan, Rafael veía cómo se congregaban masas de bicis, apenas coches, pero esa mañana percibe el cambio de escenario en las calles borrosas. Su cabeza acusa un agotamiento que le agarrota la espalda, han pasado demasiadas cosas en el último año y medio.

Lola y los niños volvieron a España poco después de un allanamiento que impidió a Jero dormir durante meses. Lola, lo descubrieron poco después, también estaba controlada por la Interpol, que había seguido la mayoría de sus movimientos para invertir el dinero en España, así que decidieron que lo mejor era que volvieran al pueblo. Para Rafael fue duro estar encerrado, dejar de ver a sus pequeños en el día a día, prescindir de sus visitas, de las de Lola. Pero ahora que, tras aguantar tanto tiempo en Utrecht, lo han extraditado y tiene que enfrentarse a la justicia española, no puede pensar en eso, necesita despejar su mente, necesita energía, estar despierto, rápido, ingenioso, y agarrarse, más que nunca, a su mantra: debo ser más listo que ellos.

En la amalgama de sonidos amortiguados tras la mampara, distingue que uno de los agentes propone poner la sirena para salir del tapón de coches, el tiempo aprieta, deberían estar ya en el juzgado, pero el otro le pide que baje la voz, que calle un momento, y sube el volumen de la radio, hay una noticia de última hora, hay cierta urgencia, según el locutor, un nubarrón de desgracia asola España, esa madrugada ha fallecido Juanito, jugador histórico del Real Madrid. Rafael se acerca a la mampara, el sonido llega distorsionado, Juanito regresaba de Mérida tras asistir como público al Real Madrid-Torino, que terminó en un 2-1. Sin embargo, la celebración apenas duró unas horas, ya que esa madrugada, se cambió el alborozo de una victoria, injusta según los italianos, por un crespón negro que difuminaría en apenas unas horas la alegría de esos dos goles. Rafael piensa que a veces las cosas son así, un momento estás dentro del partido, y al siguiente, te sacan del campo, y sin siquiera necesidad de tarjeta roja o lesión. Por eso, no entiende a toda esa gente que se toma la vida tan en serio.

La sala del juzgado es estrecha, nada que ver con las imágenes de juicios en las películas yanquis, atiborradas de mármol y madera; Rafael entra custodiado por la pareja de agentes, con las muñecas unidas por la rigidez de las esposas, el mentón alto y la mirada que busca desafiar a quien se cruce con ella. Sus ojos se pasean por una estancia, que parece un aula de un instituto público al azar, sin glamur, aunque con una chispa de emoción que empaña el olor a burocracia. En un par de escritorios al fondo, en una zona elevada que podría parecer un escenario, están situados el juez, la taquígrafa, los abogados, mientras el resto del espacio lo ocupan varias filas de sillas enlazadas entre sí, como las de las salas de espera de los hospitales y los aeropuertos, y en el juzgado están para que las ocupe el público que asiste a estos encuentros movido por el interés, el morbo, la pura curiosidad.

Rafael parece haber recuperado las fuerzas en ese viaje en coche que se ha eternizado por el tráfico. Han llegado tarde al juzgado y el abogado de Lander Arismendi espera dando vueltas en círculos, los labios que no cesan de murmurar soflamas inteligibles, el reloj de muñeca sujeto entre las manos, como si el poder de sus huellas dactilares pudiera hacer avanzar el tiempo. En otra esquina, el abogado de Palop Mata se entretiene con la lectura de *El médico* de Noah Gordon, que subraya línea a línea, sin distinguir ideas o frases, y que levanta la cabeza con fastidio al ver que debe abandonar Persia para volver a esa sala húmeda de los juzgados de Benidorm. El abogado de Rafael, tranquilo, las piernas cruzadas, un periódico entre las manos; el juez con ganas de terminar rápido y tomarse, por fin, ese cortado que se le resiste desde primera hora de la mañana, cuando ha descubierto que sus hijas han dejado vacío el bote de café en la despensa y no lo han repuesto y ha llegado sin tiempo para beberse uno rápido en el bar de al lado.

Cuando Rafael toma asiento, el juez le lee sus derechos sin preámbulos, sin punto y seguido, sin los buenos días, con pocas ganas; cita a las personas presentes, y da por comenzada la sesión sin variar intención y tono mientras la taquígrafa tiene los ojos puestos en un teclado que golpea sin cesar. El juez le lee a Rafael el porqué de su acusación y le pide que cuente su versión de los hechos, que haga memoria, han pasado ya cuatro años, pero, al fin, va a declarar.

Primero le pide que hable sobre su relación con Fernando Palop Mata, y Rafael se toma su tiempo, bebe un trago de agua con la incomodidad de las esposas, carraspea, mira a todas y cada una de las personas que están allí para escucharlo y cuenta, con una lentitud pegajosa que se endurece como el plástico quemado al enfriarse, que Fernando Palop Mata era un cliente habitual del bar que regentaba con su mujer, María Dolores García Martín, Lola, y, como el roce hace el cariño, de tanto ir, pues comenzaron a hablar, y de ahí nació una confianza.

—Una amistad, como lo quiera llamar, señor juez, y de esa confianza, y esa amistad, también una admiración mutua, bueno, mutua, y no tan mutua, entiéndame, señor juez, más suya hacia mí que mía hacia él porque, como usted puede comprobar, uno luce buena planta, e imagínate hace

unos años, con treinta y siete que tenía, a veces la gente se siente atraído por ti sin que puedas hacer nada por evitarlo y... usted ya sabe lo que digo, vaya.

Rafael detiene su discurso de golpe, como un corte de publicidad abrupto en medio de un diálogo importante, bebe agua con parsimonia, y luego emprende otra vez su relato.

—El señor Fernando Palop Mata, que aunque estuviera casado y fuera padre de familia, abuelo incluso, pues tenía una tendencia, cómo decirlo, afeminada, o al menos, mi presencia le despertaba, sin duda, esa inclinación marica, sin ofender, señor juez, en otras palabras, que estaba claro que le interesaba mucho mi persona y, por esta razón, confió ciegamente en mí para, ya le digo, después de años de confianza y amistad, cederme un poder absoluto sobre su terreno, pues él vivía en Londres y en los últimos tiempos apenas se prodigaba por Benidorm, y quién mejor que yo, que conocía por aquel entonces a la *crème de la crème* de la ciudad que nunca duerme, porque dormir no duerme nunca gracias al negocio hostelero y, sobre todo, al negocio de la noche, que ahí uno ve y aprende cómo se maneja todo, analiza los movimientos como en un tablero de ajedrez, y sabe que el peón, por mucho que se mueva, poco ofrece. Pero yo le prometí a Palop Mata saltarme torres y caballos, acercarme a los alfiles para traerle a un buen inversor, para traerle a la reina, o mejor dicho, para traerle al rey, sobre todo, al rey, y claro, con esa promesa, cómo no iba a firmarme los poderes, si hice lo que le prometí, hice lo que me pidió, venderle el solar, cobrar una buena parte a toca teja, en negro, en be, que de eso poco se habla, poco habláis de eso, solo de los poderes falsos, pero de lo que defraudó a Hacienda el señor Palop Mata con el beneplácito del señor Arismendi ni mu, de eso no se habla, y lo de que los poderes sean falsos, pues eso lo diréis vosotros, pero los poderes me los firmó a mí —al decirlo se golpea el pecho—, ¡a mí!, el señor Palop Mata y luego, arrepentido seguramente por lo que le diría su señora esposa, que ahí seguro que descubrió de qué pie cojeaba su marido, usted ya me entiende, señor juez, no hace falta hurgar en la herida, o vaya usted a saber qué pasó por la cabeza del señor Palop Mata, pues hala, a culparme a mí, que vosotros creéis que yo montaría tanto lío para vender un solar y no poder ni disfrutar del dinero porque al final, si hice eso que tan seguros estáis de que hice, ¿a santo de qué vivo yo sin parar de trabajar, que si en la cocina de tal bar, que si vende ropa en la tienda, que si deslómame en el otro restaurante? Y todo lejos de aquí, de mi tierra, de mi familia...

El juez le interrumpe, le da las gracias, y le pregunta por el lugar exacto en el que firmó los poderes con Palop Mata, le pregunta por fechas y horas, le pregunta por datos concretos de la firma, por la propuesta, las reuniones de compraventa, le pregunta por el dinero, por cómo desapareció su rastro. Rafael responde con sosiego, firmaron los poderes en la notaría de Oliva sita en la calle Mayor, y se llena la boca al decir sita, lo dice así porque le parece que suena más legal, más burocrático.

—Fue el día 12 de abril de 1988 —apunta que recuerda con precisión que eran las cuatro de la tarde cuando salió hacia Oliva—, estaba solo en el bar y Lola llegó a toda prisa porque se le había hecho tarde viendo *Falcon Crest*.

Rafael explica que el dinero se ingresó en el Banco Santander en cheques y se sacó poco a poco para ser llevado a Londres por amigos y conocidos del señor Palop Mata, responde que el rastro desapareció a propósito porque, como ya había apuntado con anterioridad, y al decir anterioridad, se llena de orgullo por cómo es capaz de usar el lenguaje en cada contexto para su propio beneficio, y sin ser licenciado en nada, y lo repite por puro placer:

—Como ya había apuntado con anterioridad, mucho fue pagado en be y eso es lo que se hace cuando se paga en be, en negro, borrar el rastro de lo cobrado.

El calor se condensa en los cristales, es un vaho denso, un aire sólido que apesadumbra los rostros, el de la taquígrafa que teclea sin pausa, y aparta el mechón que le cae sobre el ojo izquierdo con soplidos intermitentes, el de los abogados, que clavan la mirada en el suelo y, aunque despiertos, parecen inmersos en una especie de duermevela interrumpida por carraspeos, por un remover inútil de los papeles que tienen sobre la mesa y parece que hoy no necesitarán; también el rostro del juez, que se seca el sudor con un pañuelo de iniciales bordadas que no son las suyas, que se recoloca en su silla sin encontrar una postura que le reconforte, y le pregunta a Rafael si quiere descansar un momento para tomar un café, encenderse un pitillo, y mientras lo pregunta, el juez piensa otra vez en ese cortado que se le resiste desde primera hora, con apenas leche, leche muy caliente, leche convertida en un pegote de nata amarga, como a él le gusta, y recuerda el paquete de Ducados que late en el bolsillo del pecho y decide fumarse uno, aunque el humo ayude a acrecentar la solidez del aire.

—Puedes parar un poco, un momento solo —le insiste tras dar la primera calada, pero Rafael dice que no, quiere seguir adelante con la declaración, no está cansado, aunque en su camisa se dibujen manchas de sudor que son mapas de islas exóticas, y su voz, a pesar de sonar firme, hace rato que carraspea, las cuerdas vocales sin alinear, como las de una guitarra sin el alma ajustada, pero él bebe agua y los mira a todos.

—Sigamos. —Y como única respuesta se cuelan toses y suspiros que se pierden enredados entre el vaho, entre el humo del cigarrillo negro.

El juez retoma las preguntas, las reformula, pero es fácil darse cuenta de que son las mismas que ha esgrimido apenas un rato antes, y Rafael, aunque varíe expresiones, aunque dé rodeos cada vez más largos, vuelve a contar que Palop Mata se sentía atraído por él, vuelve a dar fechas y horas iguales, y los hechos, uno tras otro, son un calco exacto de los que ha contado hace apenas media hora. Cuando termina, el calor parece haberse solidificado y los mantiene inmóviles en la sala, encajados dentro de un molde invisible y rígido. A todos, excepto a Rafael, que estira espalda y brazos, las esposas que incomodan, como si acabara de someterse a un ejercicio intenso y quisiera recuperarse. La taquígrafa levanta la cabeza de su máquina y contrae el gesto, es un gesto de terror, de pavor, pero es un gesto estudiado al que le falta naturalidad, fresca.

—Ha habido un bajón de luz, ¡se ha borrado todo! —El mohín contrariado, la voz rota.

Los abogados se retuercen, liberados del molde que segundos antes los mantenía en una

postura impasible. El juez la mira, apenas un segundo, un reajo cargado de complicidad, y vuelve la vista a Rafael, que le dice al juez que no está mintiendo, que por mucho que inventen cortes de luz, él va a contar lo mismo, una vez, dos veces, mil veces, que él no tiene prisa, que le da igual echar ahí el día, que se está mejor que en la celda. El juez sabe que miente, que ha mentido en las dos declaraciones, pero sabe que es capaz de contarle todo sin cambiar una coma, una y otra vez, que van a perder el tiempo, que afuera le espera un café cortado, le espera aire limpio, un par de horas en su despacho para avanzar casos pendientes.

—Si queréis pillarme, no me pillaréis. No voy a equivocarme, señor juez, porque quien dice la verdad nunca se equivoca.

El juez mira a los abogados, que parecen rendidos sobre esos pupitres, de vuelta, por un momento, a su época de educación secundaria, mira a la taquígrafa, el pelo desordenado sobre la frente en un pegote de sudor, mira a Rafael, que no baja los ojos, al contrario, levanta la barbilla y sonríe, una sonrisa leve y burlona, así que decide que lo mejor para todos será dar un golpe en la mesa y levantar la sesión.

Tras la sesión, Rafael es llevado a Carabanchel, a la espera de ser juzgado. Sus antecedentes se enmarañan, tiene varios juicios pendientes por tráfico de drogas, son delitos graves, aunque este, el de la estafa, es el más jugoso para los abogados, el que, están seguros, lo encerrará durante décadas. De momento, una fianza de cinco millones puede abrirle las puertas, puede mantenerlo en libertad hasta que llegue el juicio. Tiene el dinero, claro, pero cualquier movimiento, y se descubrirá el hilo que lleva hasta los millones escondidos en propiedades inmobiliarias, en lugares no tan recónditos de su casa, de la casa de su hermano. Así que Rafael le pide a Lola que vaya al banco de siempre, al banco del pueblo, y le proponga al director de la sucursal, a quien conocen desde niños, que les firme un préstamo, solo necesitan el documento del banco que demuestre que han conseguido el dinero, un dinero que, obviamente, saldrá de debajo de esa roca en el chalet del hermano de Rafael, su cueva de Alí Babá.

Rafael, desde la cárcel, encarga documentación falsa que le prepararán unos conocidos en Barcelona. Nada más ser puesto en libertad bajo fianza, sin ver a su mujer ni a sus hijos, pasará a recoger su nuevo pasaporte, ese que le permitirá salir de España, aunque por ley no pueda atravesar fronteras hasta que se celebre el juicio. Desde ese día, Rafael pasará a ser Ángel, Ángel Ruiz Gómez, y Ángel conducirá a Utrecht de nuevo, sin Lola, sin los niños, y a pesar de que imagina que tardará mucho en regresar, que quizá no lo haga nunca, espera poder traerlos pronto junto a él, retomar esa vida familiar que apenas año y medio antes le constreñía, adosado, colegio, paseos, febrícula, lloreras, discusiones, juguetes rotos, señales de lápiz en el marco de la puerta, excursiones dominicales, pero desde hace unos meses echa demasiado de menos.

Había quedado con Paco a las seis y media en el bar de debajo de su casa, una cafetería estilo *art déco* llena de encanto, de pósteres de películas, de vidrieras de colores. El bar pertenecía a un cine de apenas dos salas que programaba películas de autor en el centro de Utrecht, refugio de estudiantes con abrigos de segunda mano dos tallas más grandes, jerséis ochenteros, gorros de lana y gafas aparatosas, que, frente a cervezas oscuras, se quedaban a discutir la película recién vista con aspavientos que parecían previamente ensayados.

Cuando llegué, Paco debía llevar ya un rato allí, bebía un té moruno sentado bajo un retrato en blanco y negro de Agnès Varda, que estaba acompañada de un lado por las carcajadas de Kurosawa, gafas de sol y gorra, y del otro por Kubrick, apoyado en la cámara, su mirada fija en una escena que, en esa imagen, permanecería para siempre fuera de cuadro. Al verme, se puso de pie y me saludó con alegría. Tenía ese aire de persona confiada, tranquila, tu casa es mi casa, aquí para lo que necesites. Me preguntó qué tal todo, cómo me trataba la ciudad. Y yo le dije que bien, la ciudad era cómoda, preciosa, agradable, un gustazo, menos cuando llovía, y se rio. ¡Pero si aquí llueve un día sí y el otro también!

¿Quieres un té de estos?, me acordé entonces de su acento con dejes de neerlandés, dejes de andaluz, que sonaba cálido, marciano. Y antes de que le dijera que sí, se levantó caballeroso a pedirme uno sin darme otra opción. Cuando se sentó frente a mí de nuevo, me dijo que tenía un montón de cosas que contarme, y yo contraataqué con que tenía un montón de cosas que preguntarle, así que, con su permiso, saqué un par de bolis, siempre uno de más por si se terminaba la tinta en el momento inesperado, y uno de los cuadernos que me había traído, «Utrecht-verano, 2018», precioso, cuyas tapas encoladas fingían ser de cuero desgastado, y me dispuse a tomar notas. ¿Qué es lo que me quieres contar? Pregunta, pregunta tú, me dijo, así te voy dando la información que necesites y si me viene algo que me parezca importante, pues te lo suelto.

Os conocisteis en el bar donde él trabajaba de cocinero, ¿verdad?, empecé por el principio para no avasallarlo. No, no, en la época en que me lo presentaron no trabajaba de nada, vivía en casa de su amigo holandés, o al revés, el holandés vivía con él, no me acuerdo mucho. El caso, yo en esa época estaba de camarero con mi hermano Raúl en el bar familiar, el Casa Sánchez, muy famoso por aquí, pregunta a quien quieras, y él empezó a salir con la cuñada de Raúl, Lotte. Yo aún no conocía a mi mujer, que es hermana de Lotte y de mi otra cuñada, menudo culebrón, ¿eh? Si quieres te dibujo un árbol genealógico de esos... Pero fíjate, qué cosas, de cuatro

hermanas, tres estuvieron, ¡o están!, con españoles. Curioso. En una de esas, Raúl me lo presentó, y empezamos a salir todos juntos a tomar algo. Al principio no nos caímos demasiado bien. Pero luego, charlando y charlando, nos hicimos amigos y, como casi todos los españoles de por aquí, quedábamos los domingos para ir al Brillante, o al Casa España, ahí en la plaza Domplein, donde ahora está el Instituto Cervantes. ¿Ese edificio tan bonito, el del Cervantes, era un bar?, le pregunté. Bueno, sí, un local donde se veían los españoles, pero solo la planta baja, donde ahora hacen exposiciones y esas cosas.

¿Sabes? Yo había escuchado hablar de Rafael antes de conocerlo. A principios de los noventa, poco antes de mudarme aquí otra vez, ya estaba al tanto de que había un tipo español huido que se escondía por aquí. En el bar que teníamos en La Junquera se hablaba de él. ¿En serio? Mi bolígrafo rasgaba el folio a toda velocidad y esperaba que la letra fuera más legible de lo que parecía *a priori*, pero no quería olvidar nada, y poner la grabadora del móvil delante de Paco seguramente le impondría. Teníamos un bar muy cerca de la frontera, me dijo, y se empezó a correr la voz de que había un tipo en Utrecht al que le llevaban fajos de billetes en el coche, dinero *p'acá*, dinero *p'allá*.

Arriba del bar, teníamos cuatro habitaciones que ocupaban huéspedes ocasionales cuando hacían viajes largos. Y los rumores se extendían. Mi madre estaba ahí en la barra, con esa cara de interés que ponía cuando la gente le contaba sus historias, con su capacidad para distinguir, sin que lo pidiera, si alguien necesitaba un caldo o un café o un buen whisky. A la gente le gustaba explicarle cosas. Era muy buena escuchadora ella, que no sé si la palabra existe, pero si existe, es la mejor para definir a mi madre. Yo no tenía ni idea de quién era Rafael, si me llegan a decir por aquel entonces que luego seríamos cuñados, ¡me habría quedado con el culo *torció*! Qué cosas tiene la vida, ¿verdad? Me hizo gracia escuchar que en La Junquera Rafael era famoso. Él me había contado, meses atrás, que en la frontera se había hablado de su estafa —No sé quién se iría del pico, reina, pero de repente sabían que los millones volaban de Benidorm a Utrecht—, y yo simplemente pensé que sería otra de sus exageraciones.

Paco se bebió el té de un trago e hizo un gesto a la camarera para pedir otro. Me gusta el té este, luego en Marruecos le echan tres kilos de azúcar, pero aquí, así amargo, sin azúcar ni *ná*, me encanta. ¿Quieres otro? Me di cuenta de que ya no me quedaba nada en el vaso de tubo, solo hojas de hierbabuena marchitas. Venga, te pido uno, me dijo sin darme tiempo a responder de nuevo. Me apetecía, pero necesitaba ir al baño con urgencia, y prefería esperar y aprovechar las ganas de hablar de Paco. Le he dicho a mi mujer que iba a asesorar a una periodista de *Españoles por el mundo*, que estaban haciendo reportajes por aquí. Yo no suelo mentirle, pero sufre si me meto en líos y, para ella, todo lo que esté relacionado con Rafael es sinónimo de lío. Yo no lo veo así, es mi amigo, mi cuñado, fue un hijo más para mi madre, siempre ha sido como mi hermano mayor. Mira, para que veas, tiempo después de hacernos amigos, me regaló un Fiat, y eso que ya no tenía tanta pasta. Yo no tenía coche, y va el tío ¡y me regala uno! Alguien que le debía dinero saldó la deuda con el Fiat, y él sabía que me hacía falta... Así se las gastaba Rafael.

¿Ya no tenía dinero? Más de doscientos millones no se esfuman así como así, ¿no?, estaba sorprendida. A ver, Rafael no le daba mucha importancia a la pasta, me respondió, era, como te diría, muy desprendido, y luego, la verdad es que se vio con gastos imprevistos. Muchos gastos. Al escuchar esto, aferré el bolígrafo. ¿Gastos? ¿Cuáles? Bueno, aparte de vivir en este país, que no es barato, además de comprar la casa, traerse a la familia, mantenerla sin apenas trabajar, se tuvo que costear abogados. Y don Rafael, porque así lo llamábamos nosotros, contrató a los mejores de los Países Bajos. Siempre. En la época en la que estaba buscado por la estafa, no sé quién lo representó porque aún no nos conocíamos, pero debió de hacerlo bien porque lo retuvo aquí bastante tiempo. Eso no es fácil, ¿sabes? Y después, le interrumpí, tras la extradición, cuando se escapó y se vino otra vez para acá, ¿tuvo que contratar a más abogados?, pregunté, la yema de mi dedo latía pegada al bolígrafo, deseosa de moverse, de que la tinta se deslizara por el papel y resolviera el misterio. Hombre, don Rafael siempre andaba metido en sus asuntillos, tenía mucho contacto con árabes y se movía por ese lado, tenía muchos amigos. ¿Estaba en alguna banda? No, no, él iba por libre, *flying* solo. Pero ¿necesitaba abogados para esos asuntillos? No, no, para esos no. Además, nunca iban *p'alante*. Tenía mala suerte, Rafael. Solo los necesitó para el juicio gordo por un lío en el que se metió aquí. ¿Qué lío?

Paco se quedó callado, como si tratara de organizar sus ideas y tardó un poco en retomar su monólogo. Cuando salía algo, él me llamaba y me soltaba: ¡Parió la burra! Pero a los pocos días, siempre terminaba por decir: ¡Nada, la burra esta no pare ni a la de tres!, y se rio al recordarlo. Siempre estaba con eso, con la burra. El caso es que cada vez que empezaba un negocio, si es que lo podemos llamar así, se iba todo al traste. No te puedo contar mucho porque no me acuerdo del lío en el que se metió, algo con *mantecao*, mucho *mantecao* de Colombia para vender por aquí, pero solo me acuerdo de él, emocionado, convencido de que nos íbamos a forrar. Porque yo no hacía nada, pero él siempre me decía que me iba a dar un porcentaje. Por ayudarlo, decía, por apoyarlo. Es verdad que cuando discutió con Lotte, durante una época difícil, se quedó en el piso de arriba del nuestro, ahí encima del Casa Sánchez. Pero bueno, que me enredo, lo que te digo, todo se fue al garete, todo se fue a la mierda por culpa de Lotte.

Paré de escribir y le miré. ¿Qué pasó? ¿Por esta historia lo metieron preso aquí? Paco dijo que sí, una seriedad nueva en su cara. ¿Te digo la verdad? Él no hizo nada, al menos, nada se probó, pero Lotte dio un chivatazo de que iban a meter droga, y de que Rafael estaba, de algún modo, implicado. Lo malo es que la cosa se complicó, porque el fiscal le quería encasquetar también el fiambre de un tipo que traficaba, un árabe, pero ese apenas se había cruzado dos veces con Rafael. No se probó nada, porque no había nada que probar, pero como le encontraron una pipa, ¡hala!, le cayeron más de dos años.

¿Llevaba una pistola? Él la tenía desde el principio porque le amenazaban, o para amenazar, pero de ahí a lo del fiambre iba un mundo... Y todo por culpa de Lotte y su mierda de chantaje. Es que es lianta, la tía, ¡lianta! Envenena lo que toca. Está loca. Entiendo, le corté, que ser pareja de Rafael tampoco tenía que ser fácil. Paco ignoró mis palabras y siguió con su arenga, embalado

como iba. En el juicio fue de risa todo, dijo, porque acudí como testigo de Rafael y llegué en el coche con Lotte, que era quien lo acusaba. O sea, los dos bandos llegaron juntos. Eso lo pones en una película y nadie se lo cree. Y mira si está mal de la cabeza, que en el coche mismo me dijo que se había inventado detalles de los que no tenía ni idea, como los kilos de droga o la hora a la que iban a ir a recogerla al puerto de Rotterdam. Así que, cuando por fin parió la burra, don Rafael, que esperaba estar nadando entre millones, se tiró más de dos años en el trullo.

La cosa podría haber salido mal en ese juicio porque si le llegan a encasquetar el fiambre, ¡a tomar por culo!, gritó Paco. Pero fue en este en el que, como te decía, le defendieron muy buenos abogados, los mejores de los Países Bajos. Ya deben de ser todos mayores, Gerard Spong, que creo que murió hace poco, Cees Korvinus también le defendió, eran especializados en casos de criminalidad, brillantes, me acuerdo de estar con Rafael en el bufet del tercero, Piet Doedens o algo así, y su tarifa me dejó a cuadros, el tipo cobraba quinientos euros la hora. Vi la factura, Alba, yo no he visto algo así en mi vida. Me temblaban las canillas y *tó*. Ese, el Doedens, fue el que al final lo sacó del lío. Si no le llegan a encontrar el arma, hasta tendrían que haber indemnizado a Rafael por injuria. Podría haber sido grave, había un fiambre que no tenía nada que ver con él, pero al final fueron dos años y pico en el trullo y todo por culpa de Lotte.

Eso ya no era el Huis van Bewaring, ¿no?, le interrumpí. No, eso era la cárcel, cárcel. ¿Aquí en Utrecht? Sí, la cárcel de Nieuwegein, cerca de donde vivió con Lotte. Si quieres vamos un día en el coche y te la enseñó. ¡De menuda se libró don Rafael!

Rafael conduce, los ojos enrojecidos, fijos en la línea blanca que divide los carriles, una serpiente que fractura el asfalto. La pierna en tensión se agarrota, embrague, acelerador, embrague; a veces, la mano derecha masajea el cuello, otras, la izquierda abre la ventanilla para renovar el aire dentro del deportivo Nissan rojo cuyas ruedas, en lugar de rodar sobre el asfalto, parece que flotan. En los últimos kilómetros, el semblante de Rafael se ha relajado, menos cansancio, más ganas, tal vez por la sensación de que se acerca, de que en apenas una hora llegará a Cerbère, recogerá a Lola, cruzarán la frontera, y el horizonte dibujado por la línea azul brillante del océano, esa franja de agua que le lleva a acelerar, inconsciente, a superar la velocidad permitida, que le lleva a regresar al Benidorm del que tuvo que huir, pero que le es imposible dejar de echar de menos, es cada vez más grande, omnipresente, como si fuera capaz de hacer zoom sobre el paisaje, como si pudiera tocarlo.

Cerbère parece suspendido sobre el mar, un plato que queda al borde de la mesa y sobrevuela la posibilidad de que se estrelle contra el suelo. Aparca junto a la estación, el Hotel Le Belvédère al fondo como un barco varado, anclado para siempre en tierra. El deportivo rojo se lo ha prestado su amigo Harim, qué menos, Rafael se lo compró, y aunque es un regalo, lo usa a veces. Y en este momento, cruzar la frontera requiere del deportivo rojo, de ese motor infalible, de esa carrocería que, al atravesar el aire, parece la punta de una flecha.

El Nissan aparcado justo a la puerta de la estación es llamativo, pero Rafael, apoyado en el capó, mira las vías del tren como si siempre hubiera pertenecido a ese pueblo, como si siempre hubiera paseado sus calles y conociera a cada vecino, cada negocio, las pequeñas rutinas. Un trabajador de la estación pasa junto a él y admira el coche, le da los buenos días en francés, pero ante el precario *Bonjour* de Rafael cambia a un español opaco, fragmentado.

—Qué buen día, qué buen sol, ¿vacaciones?

—No, solo espero a mi mujer, llega en el siguiente tren, el que viene de Barcelona.

Rafael no tiene ganas de hablar, pero se muestra encantador, ofrece un cigarrillo, que el trabajador de la estación rechaza con la mano.

—Ya no fumo, dos semanas. —Aunque sus ojos, expresivos como los de un perro, babean al ver el tabaco—. Hay retraso, diez minutos.

Rafael asiente, aunque solo puede fijarse en las patillas del hombre que, cualquiera diría,

parecen de felpa y asoman festivas por debajo del sombrero de visera. Son diez minutos que a Rafael se le hacen eternos, la impaciencia, las ganas de arrancar el coche, seguir adelante con el plan, cruzar la frontera en pareja, siempre más discreto, mucho menos llamativo que ver a un tipo solo, sobre todo a un tipo buscado por la Interpol; imagina su propio rostro, en blanco y negro, en todas las comisarías de España.

Cuando llega el tren y Lola sale por la puerta, sin equipaje, solo un bolso, zapatillas cómodas, se tropieza con el escalón porque en lugar de mirar al suelo, busca a Rafael con los ojos, son ya dos años sin verse, quizá haya cambiado. Él corre a su encuentro y la levanta en volandas, y se abrazan, y se besan, y aprieta su culo con ambas manos, y le muerde el cuello, y es como si se hubieran visto el día anterior, como si nada hubiera pasado, como si Utrecht no hubiera plantado esa semilla que extiende sus raíces en la maceta y expulsa, sin ser consciente, las raíces antiguas que ya la habitaban. Lola admira el cochazo con el que ha llegado Rafael.

—Discreto no es, cariño.

—Son muchas horas, Lola, no podía venir en cualquier cosa, le revienta el motor antes de cruzar París.

Toman un café rápido en el bar de la estación, necesitan estirarse un poco, y los pies de Rafael juegan con los de Lola, que trata de hablar, pero él se descalza y sube el pie por la pierna de ella y le arremanga la falda. Lola intenta mantener una conversación, tiene tantas cosas que contarle, pero terminan en el baño, estrecho y pringoso, donde se meten mano y follan con premura sin tiempo para mirarse.

—¿Cuántas horas de coche llevas ya? —le pregunta Lola mientras se recoloca el peinado en el espejo lleno de gotas secas, los bordes ennegrecidos.

Rafael le cuenta que deben de ser unas seis o más, y que el día anterior salió de Utrecht y condujo siete horas y media.

—Cuando me cansé, ya por Francia, paré en una pequeña pensión de Bourges.

Lola le dice que le han hablado de ese pueblo, que le han dicho que es precioso, encantador. Pero Rafael ni siquiera lo vio, alojado en un lugar apartado del centro, pegado a la autovía, junto a una gasolinera, junto a un bar oscuro, un par de rotondas. Cuando vuelven al coche, Rafael siente miradas en la nuca y bufa a un par de chavales que admiran el deportivo.

—Dime que no has traído nada —susurra Lola.

Y él la mira de reojo.

—¿Por quién me tomas?

—Te dije que no trajeras nada —repite ella, pero él niega con la cabeza—. Ya sabes cómo están las cosas.

Lola agradece el asiento de copiloto, mullido, bajo, después de tantas horas en ese tren incómodo y frío, frente a un desconocido que mascaba chicle con la boca abierta, y a una mujer que roncaba al ritmo del balanceo de su cuello, agradece la radio con los Chichos a poco volumen, estar, por fin, al lado de su marido.

—¿Preparada para cruzar la frontera por segunda vez?

Rafael le da un beso en la mejilla. Ella se muerde las uñas, el esmalte rojo descascarillado, las esquinas ya roídas.

—Estamos mal de la cabeza, ¡estamos fatal! Tengo ganas de que vengas a la comunión, claro, pero estamos locos, ¡esto no vale la pena!

Él sube el volumen de la radio y se pone el cinturón. El coche ruge cuando Rafael acelera, y se encarama por la carretera a toda velocidad, el Hotel Le Belvédère se desdibuja en el retrovisor, el mar de fondo, y parece que por fin se ha lanzado a navegar. Lola se mira las uñas.

—Me las tendré que volver a pintar para la comunión. Qué desastre.

—¿Cómo está Jero?

—Encantado con su traje.

—¿Irá de marinero?

—No, hombre, él quería de capitán, con su silbato en la chaqueta y todo. Ya verás, está guapísimo.

Ante la proximidad de la frontera, ya se adivina un cartel que la anuncia, Lola baja la ventanilla, necesita aire, y Rafael le acaricia la mejilla y le pide que le enseñe la estampita de la comunión del niño. A Lola le tiemblan las manos cuando rebusca en la cartera y saca la estampa, de un blanco brillante, metálico, en la que hay dibujado un niño santo, rubio, de cabeza desproporcionada y rostro sonrosado que abraza a una oveja, Rafael la mira con ternura.

—¡No sabes las ganas que tengo de verlos a todos!

Al llegar al primer control de frontera, le dice a Lola que se relaje.

—En un rato estamos tú yo comiéndonos un bocadillo de jamón en Cataluña, ya verás.

Aminora la velocidad y al pasar la barrera, un agente de la Policía Nacional de dientes grises y con un bigote abundante amarilleado por la nicotina, los obliga a aparcar a la derecha, frente a la caseta de vigilancia.

—Es un control rutinario, no te preocupes —susurra Rafael.

Lola la emprende con los pellejos alrededor de sus uñas, y él le aparta la mano de la boca con un gesto y baja la ventanilla para saludar al policía.

—Buenas tardes, agente.

—Buenas tardes, haga el favor de aparcar aquí a un lado si es tan amable.

Rafael le sonríe.

—Sí, sí, en eso estamos. —Y su voz es toda gentileza—. El Barça jugó ayer, ¿verdad? Es que estábamos fuera, ¿cómo quedó el partido?

—Ganó uno a cero —responde el agente, ni rastro de simpatía en su voz—. Aparque aquí delante, por favor.

—¿Y quién marcó?

—Romario.

—Seguro que fue un golazo —insiste Rafael.

—Aparque aquí, le repite el agente. —Pocas ganas de cháchara, los puños apretados.

Los ojos de Lola se han quedado clavados en la guantera desde la primera interacción con el policía, y está tan quieta que incluso parece que ha dejado de respirar. Rafael da marcha atrás y se dispone a aparcar el coche. Cuando el agente se acerca hacia la ventanilla, Rafael mete primera ante los gritos de Lola y pisa el acelerador tan a fondo que la parte delantera del deportivo se eleva y sale disparado, el tubo de escape echando chispas ante el guardia, que, descolocado, saca la pistola y dispara al aire, y dispara a la luna trasera, sin acertar, porque el coche se aleja dando bandazos.

—¡Está loco, está disparando! —grita Lola fuera de sí, Rafael la tranquiliza.

—¡Está disparando al aire!

Lleva el volante sujeto con una sola mano, la otra rebusca debajo del asiento, saca un paquete de plástico que envuelve un polvo compacto, blanco, y lo lanza por la ventanilla.

—¡Te dije que no trajeras nada! —le riñe Lola, y se muerde las uñas y se santigua y llora sin hacer ruido.

—¡Era para dejaros algo de dinero, joder!

—¡Tendrías que haber roto el plástico del paquete para que se volara todo, ahora lo van a encontrar, Rafael! ¿Qué tienes en la cabeza?

Lola intenta respirar más pausada, a medida que el coche avanza y rebasa, con mucho, el límite de velocidad.

En el siguiente control de la autovía, dos agentes de la Guardia Civil y dos de la Policía Nacional los obligan a detenerse, pistola en mano. Lola tiembla al bajar del coche, Rafael sale con la cabeza alta, el gesto contraído, lleno de rabia. Sin dejar de apuntar a Rafael, uno de los guardias civiles abre el maletero, varios quesos, un balón de fútbol, y un macuto lleno de ropa que queda desperdigada por el coche después de que el agente saque todas las prendas sin miramientos. El guardia civil agarra el balón.

—Deja ese balón, es para mis hijos.

—¡A tus hijos que les den por culo! —Y le da una patada al balón que lo aleja apenas unos metros.

—¡Serás hijo de la gran puta!

La respuesta de Rafael desata la rápida actuación del resto de los agentes, que lo agarran mientras se resiste, y retienen también a Lola, que ha empalidecido, que no se mueve, un muñeco de trapo, y los meten a los dos en el coche patrulla directos a la comisaría.

Dos agentes de la Policía Nacional están sentados frente a Rafael y Lola, ella querría hundirse en el café aguado que un policía le ha servido hace unos minutos, ajena a las palabras que flotan a

su alrededor.

—Vamos a España para un evento familiar, vivimos entre Ámsterdam y Barcelona —dice Rafael.

—Ajá —responde el policía alargando la a y lo mira como si fuera una hormiga a la que pudiera aplastar de un momento a otro, apenas un roce con la yema del dedo, mientras sujeta el pasaporte a nombre de Ángel Ruiz Gómez, la foto de Rafael congelada en una sonrisa que parece no corresponderle, como si su rostro fuera un collage de otros muchos—. No sé por qué, me da a mí que hace tiempo que no pisas España, Ángel. De hecho, te veo poca cara de Ángel, mira tú.

Suena un portazo que corta la conversación, cuando el agente del primer control entra en el cuartito y les muestra a sus compañeros un paquete de cocaína.

—Esto es tuyo, ¿verdad? —se dirige a Rafael.

—¿Mío? Lo tienes tú en la mano, ¿no? Tuyo será porque yo no sé qué cojones es eso. —Rafael saca pecho.

El agente se rebota.

—Te puedes comer una buena condena por esto.

—¡No es mío!

—¡Habrá que verlo!

—Habrá que ver también con tus superiores el tema de disparar al aire a una pareja por solo cruzar la frontera.

—¿Al aire? He disparado a matar, ¿me escuchas? ¡A matar!

Y Rafael se pone de pie, y lo enfrenta con la mirada, mientras el otro agente lo sienta a la fuerza. A su lado, Lola llora encima del café sin apenas hacer ruido.

Los registran y los meten a los dos en una celda pequeña, desangelada, un ventanuco alto, apenas un boquete en la pared. A ella la sacan enseguida, menos de una hora tras las rejas. Rafael se queda, le dicen a Lola que su marido pasará allí la noche y al día siguiente lo llevarán al juzgado. Y le dan el balón, los quesos, y la pelota se le escurre, se le caen los quesos, pero a nadie se le ocurre darle una bolsa para que pueda llevarlos. Sola, en la frontera, cargada, sin Rafael de nuevo, sostiene como puede los quesos y el balón en busca de un autobús con el que poder regresar a casa.

En las cenas de amigos, siempre hay anécdotas que las parejas suelen contar, las narran a dúo, los silencios calculados, los cambios de tono, el ritmo medido, las líneas aprendidas, las miradas de reojo, el *punch* en el momento justo. Son sus *hits*. Las bordan. Anécdotas de cuando se perdieron en el Ikea, o de cuando el marido hizo el ridículo en la graduación de su hija, o de cuando a la esposa se le rompió el vestido en aquella boda a la que hubieran preferido no ir, pero lo pasaron bien, ¿a quién no le gusta una barra libre?, y ella estuvo casi toda la celebración enseñando el culo sin darse cuenta. O de cuando les dio un ataque de risa en un funeral y tuvieron que salir de la iglesia para recomponerse —la viuda aún los tiene atravesados.

La anécdota preferida de Lola y Rafael, esa que siempre provoca la carcajada en quienes los escuchan, es la de cuando los pillaron en la frontera para ir a la comunión de su hijo pequeño. Consiguen eliminar el drama de cuajo, como si nunca hubiera existido, mirada de cerca, la vida es una tragedia, pero vista de lejos, parece una comedia, dijo Chaplin, y ellos lo saben sin saberlo, se centran en los puntos de giro inesperados, en la risa surgida de la desesperación, el maletero lleno de quesos, el balón de regalo para la comunión de su hijo, los gritos cuando oyeron los disparos. ¡Pensaba que disparaban al aire! Lola sola, en medio de la nada, la pelota a sus pies, sin saber adónde ir, cargada con cuñas de queso Gouda viejo, el que tiene mejor calidad, aunque aquí en España solo importan el tierno.

Mi padre, desde que fue audiencia de este jugoso relato familiar, lo cuenta una y otra vez, con ligeras modificaciones en cada versión, y mi madre y él siempre terminan por llorar de la risa.

Harim, el dueño del deportivo rojo, volvió a los tres días a la comisaría de la frontera para recuperar su coche. Allí, se cruzó con un francés y lo reconoció al instante, era el tipo estirado, de pelo grasiento, y una sonrisa en la que se adivinaban problemas, que le debía más de un millón de pesetas a Rafael. Al contárselo, llegaron a la conclusión de que él, y solo él, podía haber dado el soplo de que Rafael cruzaría la frontera en esas fechas, una manera ladina de librarse de su deuda.

Tras ser detenido en la frontera, a Rafael lo llevaron al juzgado y de ahí, directo a la cárcel de Figueres, donde estuvo preso más de un año, para luego ser trasladado a la cárcel de Cuatro

Caminos, cerca del circuito de Montmeló donde, cuando había carreras, escuchaba el ruido de los coches desde su celda. Al poco tiempo de estar allí, y harto ya, le comió la cabeza a un cura, se portó bien, fue amable con los funcionarios, no dijo ni una palabra más alta que la otra, no se metió en ninguna pelea, y consiguió que lo llevaran a Picassent, cerca de su casa, de su familia. Allí, gracias a una abogada a la que cayó en gracia, trabajó a fondo para que le concedieran el tercer grado. Un fin de semana de libertad, un fin de semana, por fin, fuera de la cárcel, en el que pudo ir al pueblo, pudo ir a la boda de la prima de Lola. Pero, al día siguiente, en lugar de volver a Picassent, condujo hasta Barcelona donde le tenían preparado otro pasaporte, la foto de Rafael, su sonrisa congelada, los ojos muy abiertos, a nombre de un tal Honorato López López —su identidad hasta 2003, esa a la que nunca se acostumbró—, y tomó el primer avión que salía en dirección a Ámsterdam-Schiphol.

Un Estado no puede extraditar a alguien dos veces por el mismo delito, *non bis in idem*, me contó Rafael, así que pudo quedarse en los Países Bajos hasta 2003.

Después de lo ocurrido en la frontera, ya no se arriesgó a volver a España hasta unos años después, cuando el delito, para sorpresa de acusadores y acusados, prescribió. Ni siquiera pudo asistir al funeral de su primogénito, José.

Era el tercer día que me encerraba en la sala de una pequeña hemeroteca carente de ventanas, y ya me ardía la cabeza después de dos horas frente a un escáner de los que amplían periódicos en microfilm con la única intención de encontrar en las publicaciones del *NRC*, el *Trouw*, el *Utrechts Nieuwsblad*, el *De Volkskrant* o el *Het Parool*, por qué razón, en noviembre de 1997, Rafael fue a juicio en los Países Bajos.

Me concentraba en la pantalla que ampliaba las fichas minúsculas que almacenaban las páginas de cada periódico, y por las que viajaba hasta 1997, cuando estaban a punto de celebrarse elecciones, cuando un cachalote se encalló cerca de Wassenaar y terminó por morir, cuando las Spice Girls actuaron en Ámsterdam, cuando hubo una gran redada por narcotráfico, cuando le dieron cuatro años de prisión a un notario por falsificar pasaportes, y tiré del hilo del último titular porque pensé que quizá Rafael conocía a ese notario, quizá alguna de sus identidades venía de esas manos entrenadas en el arte de falsear, aunque, recordé, sus documentos, los múltiples que poseyó, solía conseguirlos a través de un contacto que tenía en Barcelona. Los ojos me picaban, pero necesitaba un par de horas más para desentrañar los cientos de titulares que, escritos en neerlandés, tenía que descodificar mediante el traductor para que me dieran pistas. Era un sinsentido buscar el nombre y los apellidos de Rafael porque su identidad en ese país nunca fue la suya. *Spaans*, español, *oordel*, juicio, eran dos palabras que mis ojos, como lupas, rastreaban en los titulares, sin éxito.

Cuando estaba a punto de claudicar, colocar las fichas en su sitio y largarme a casa, me saltaron, en una noticia de la sección nacional del *Utrechts Nieuwsblad* del día 3 de abril de 1997, las palabras *Spaans* y *Marokkaan*, a pesar de mi lectura en diagonal. Antes de detenerme a traducir el texto completo, me fijé en la imagen que acompañaba a la noticia, apenas destacada en la esquina derecha: un par de agentes de policía rodeaban un objeto indistinguible en la acera al borde del canal. Mientras copiaba el texto, me sorprendieron otros términos, *voet*, H.L.L., J.S.F, *kanaal*. Según desencriptó el traductor, por fin se sabía a quién pertenecía el pie humano que fue hallado en el canal Nieuwegracht. Según los estudios genéticos, pertenecía a un tal A.S., marroquí, sujeto desaparecido componente de uno de los clanes que más droga movía en la ciudad de Utrecht, de quien no se habían encontrado más restos. Los principales sospechosos parecían ser dos españoles, H.L.L. y J.S.F., también relacionados con el tráfico de drogas.

Estaba segura, y mi tripa reafirmaba mi sensación, de que el hallazgo de ese pie estaba, de algún modo, relacionado con Rafael y el juicio que más de veinte años atrás tuvo lugar en la

ciudad de Utrecht. Rebusqué entre mis notas del móvil una que titulé Identidades de Rafael, una lista breve con solo tres nombres: Miguel Ángel Fernández Sanz, Ángel Ruiz Gómez, Honorato López López. ¡Lo sabía! Honorato López López, H.L.L. A pesar de que las manos empezaron a temblarme por el chute de adrenalina que me había producido el descubrimiento, hice una foto a la pantalla, y me dispuse a googlear todo lo relacionado con la noticia.

¿Habría sido Rafael? Una cosa era una estafa, otra muy distinta, un asesinato. Y fue comenzar a ordenar las ideas y que la adrenalina se convirtiera en una especie de ardor que me contraía el estómago. Si H.L.L. era quien yo creía que era, este hallazgo era oro para la historia, pero ¿con qué cara miraría a Rafael mientras imaginaba cómo trataba de desmembrar un cuerpo con un serrucho?

Las ventanillas bajadas, pero aun así el humo que llena el coche e impide ver con claridad a través de la luna delantera las calles mal iluminadas del extrarradio de Bruselas por el que avanzan sin saber bien hacia dónde, a pesar de que Rafael tiene un mapa extendido sobre sus piernas.

—No es por aquí, te he dicho que giraras hace media hora, pero me tomas por el pito del sereno, ¡joder!

Paco conduce, ajeno a las rabietas de Rafael, el pelo más largo en la nuca, un homenaje involuntario al protagonista de *Perros callejeros*, castaño oscuro, sin rastro de las canas que años más tarde colonizarán su cabello, una barba de dos días que no logra esconder las mejillas encendidas de quien aún no ha llegado a la treintena. Fuma sin parar y antes de apurar un cigarrillo, enciende el siguiente con la colilla del que termina gracias a la agilidad que dan ambos brazos. Un reloj en un edificio marca las tres de la madrugada y, a pesar de tener los ojos rojos por el humo, los dos parecen frescos, descansados, nadie diría que llevan noches durmiendo mal para preparar la escapada, el golpe final, así lo llaman, El Golpe Final, porque esta vez sí, están seguros, con esa seguridad inconsciente y salvaje que da el creerse que por fin parirá la burra.

Hace apenas unos meses que Rafael ha salido de la cárcel de Nieuwegein, pero más allá de achantarlo, su tiempo allí le ha dado ganas de marcha. Tienes casi cincuenta tacos, le dijo su hermano en la primera llamada fuera de prisión, ya es hora de que sientes la cabeza, ¿no crees? Pero no, no lo creía. Esos meses eternos que trató de acortar gracias a los viajes a la biblioteca, La mejor biblioteca del mundo, reina, fueron un *impasse* que detuvo su vida, pero también lo llevó a encontrar amistades y enemistades, y todas ellas, según Rafael entendía la vida, se traducían directamente en nuevas opciones de negocio. Como el que los llevaba esa noche a Bruselas gracias a Noemí, una colombiana que conoció por carta en los intercambios epistolares entre el pabellón masculino y el femenino, una mujer con la que mantuvo la amistad fuera de Nieuwegein porque, coincidencias curiosas, fueron puestos en libertad con dos días de diferencia. A pesar de lo que sospechara Lotte, entre Rafael y Noemí no había nada sexual, nada cercano a la pasión amorosa. Lo único que compartían era su gusto por delinquir con el radar bajo, sin que nadie se enterara, algo que a los dos les divertía, les disparaba la adrenalina.

Por eso, cuando Noemí llamó a Rafael una semana antes para avisarle de que su novio, al que detestaba y con el que quería romper, iba a recibir treinta kilos de cocaína, Rafael ni se lo pensó, llamó a Paco, y seis días después llenaron el depósito del coche, comprobaron la presión de las

ruedas y el nivel de aceite para, a la mañana siguiente, conducir hasta Bruselas. Querían irrumpir en el piso de Noemí, mientras ella no estaba, y robar el alijo de coca por sorpresa. Y ahora se encuentran perdidos, sin dar con la calle que Noemí le hizo anotar a Rafael.

Cuando, casi una hora después, por fin dan con la dirección, Rafael tiene las piernas dormidas, Paco, las cervicales tensas por la postura, y culpa a Rafael.

—No has parado de dar por culo, así uno no puede conducir relajado.

Rafael lo ignora.

—Le amenazamos, cogemos el botín y salimos pitando.

Rafael lleva la pistola en el bolsillo trasero del pantalón, no está cargada, no quiere líos, sabe que solo sacarla es garantía, apenas necesita más. Bajan del coche y se miran en el reflejo que les devuelve la ventanilla del coche, fuerzan un par de gestos ensayados con los que tratan de parecer tipos duros, se reajustan la bragueta, en un gesto manido y, muy a su pesar, casi cómico, y avanzan hacia el portal de un edificio destartado, con las molduras roídas y más desconchones que pintura.

Miran los timbres, algunos con nombres garabateados, otros no tienen ni el pulsador, que luce su vacío tras haber sido arrancado. Es el segundo piso, pero no es necesario que llamen, la puerta se abre con solo rozarla. Los recibe una escalera estrecha, Rafael sube como si siempre hubiera vivido allí, como si volviera después de comprar el pan y no fueran las cinco de la madrugada, Paco lo sigue, trata de que sus pisadas no suenen, apenas respira. Rafael, en cambio, cuando llega ante la puerta que le indicó Noemí, se lía a porrazos. Paco le reprende un piso más abajo; sube con lentitud, y se ahoga a cada escalón. Aún no ha llegado junto a Rafael cuando abre la puerta un tipo menudo, en calzoncillos, la marca de las sábanas en la cara, los ojos entrecerrados, la mata de pelo, profusa, hecha un revoltijo.

—*Putain! Putain! Qu'est-ce que tu veux, connard?*

Rafael le pone la pistola en la cara y el tipo parece despertarse de golpe.

—Buenos días, Michelle.

Él responde en un español críptico, con acento francés y expresiones colombianas.

—¿Qué quiere? —Solo ve la pistola en su rostro, apenas distingue la figura de Paco que se acaba de ubicar junto a Rafael.

—¡La cocaína! ¡Queremos la cocaína!

Michelle los mira sin entender.

—Solo me queda medio gramo —dice en su español precario en el que las erres se convierten en ges, entra hacia el salón y Rafael y Paco lo siguen.

—Pero tomad, es vuestro. —Rebusca en el sofá hasta que da con la bolsita de coca y se la tiende.

—¿Dónde está el alijo?

—¿Qué es alijo?

—No te hagas el tonto, el paquete, los treinta kilos, ¿dónde están los treinta kilos?

Rafael le apunta de nuevo con la pistola, mientras Paco rebusca por el salón, saca cojines, vuelca sillas, tira libros, revistas, y rompe platos, rompe vasos, rompe cuadros, lo que está a su alcance toca el suelo y se convierte en un puzle imposible de recomponer.

—*Putain!* —grita sin parar—. ¡Basta! ¡No sé de qué me hablas! ¡No sé de qué me hablas!

—De los treinta kilos que van a venir a buscar tus socios.

—¿Mis socios?

Y su pregunta suena tan genuina, que Rafael le dice a Paco que se detenga, pero Paco no lo escucha, así que se lo grita, le grita que pare un par de veces y Paco para y mira a su alrededor, convertido en caos por sus manos rápidas.

—¿No van a venir ahora tus socios a buscar la cocaína?

—¿Qué cocaína? —pregunta Michelle y señala el salón, lleno de objetos rotos, ni rastro de fardos, de nada que lo inculpe.

—Nos han dicho que tenías cocaína.

—¡Mucha cocaína! —precisa Paco.

—¿Quién os ha dicho esa mentira?

—Nunca se revela el mensajero...

—¡Noemí! *Putain! Putain!*

Y Rafael se sienta en el sofá.

—¿Entonces no hay cocaína?

—*Je la tue!*

Rafael evita la mirada de Paco, que, cabreado, le pregunta y ahora qué. Rafael finge tener el control de la situación y se acerca a Michelle

—Ponnos un whisky o algo, que ahora nos quedan tres horas hasta Utrecht. —Pero Michelle, que lo mira como si lo viera por primera vez, le dice que salgan de una puta vez de su casa y los empuja hacia la puerta, la pistola yace flácida en la mano de Rafael que, ante la insistencia del belga, se dirige hacia la puerta tras su compinche.

Ya en el coche, Paco se alegra de haberse quedado con el medio gramo que le quedaba al tipo.

—Sin una ayudita, no me veo con fuerzas de sentarme al volante y conducir otra vez hasta Utrecht.

Llevaba tres días intentando quedar con Paco, pero sus obligaciones familiares y laborales convertían su agenda en un puzle en el que era imposible encajar ni una pieza. Desde que di con la noticia del pie hallado en el canal y después de rastrear internet y no encontrar más que noticias similares a la que leí en la hemeroteca, sin apenas detalles nuevos ni más desarrollo, necesitaba información, saber si Rafael era el tal H.L.L., uno de los españoles implicados en el caso. ¿El pie pertenecería a ese fiambre que se cruzó en su juicio y casi lo condena a cadena perpetua? Esa pregunta me había desvelado las últimas noches y me llevaba a rebuscar en hemerotecas de periódicos online de madrugada. Al fin, Paco me llamó y me propuso vernos con Fermín esa misma tarde. Ya verás, Alba, es un tipo estupendo, ¡te va a caer de puta madre!

Pedaleé por Oudegracht, la calle en la que uno de los canales principales atravesaba el centro de Utrecht como una marca de nacimiento que le daba personalidad propia, con aceras junto al agua, bajo los puentes, bajo las calles a las que asomaban puertas de medio punto que eran bares, viviendas, tiendas a pie del cauce, y embellecía la ciudad hasta hacerla parecer un decorado preparado para el rodaje de una ficción atemporal. Cada vez que miraba el agua, de un color opaco que no permitía distinguir qué se ocultaba al fondo, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en ese pie en descomposición, ¿cómo habrían descuartizado el cuerpo? ¿El resto de los miembros estarían también ocultos bajo el caudal turbio del canal? Esperaba que Paco y Fermín tuvieran ganas de cháchara porque yo iba dispuesta a hincharlos a preguntas.

Até la bicicleta a la barandilla de uno de los puentes donde se encontraba el bar en el que había quedado con Paco y miré las mesas de la terraza. Estaban llenas, cada vez que asomaba el sol, la gente se multiplicaba en la calle, en los parques, como si fueran lagartos en busca de rayos UVA, pero no vi a Paco, así que decidí esperarlo junto a la bici mientras trataba de adivinar si alguien, de toda la gente que llenaba las mesas, era el famoso Fermín.

No duré mucho apoyada en la barandilla mientras leía los wasaps pendientes porque, antes de responder al primero, escuché: ¡Española!, ¡española!, y al levantar la cabeza vi a un hombre de cabello negro, abundante, con gafas de pasta, que lucía un chaleco abrigado a pesar del calor, una guitarra apoyada en la silla junto a él, y me sonreía a lo lejos. ¡Mi niña, soy Fermín! Me acerqué hacia su mesa y me dio un abrazo efusivo, alegre. ¡Soy Fermín!, repitió con su copa de vino en la mano, y me indicó que tomara asiento como si me invitara a pasar al salón de su casa.

¡Bienvenida, mi niña! Te he reconocido por tu pelo azabache, dijo como si recitara un poema, no puedes negar que eres española. ¡Yo soy del mismo Paraguay! ¿Cómo te llamabas, mi niña? Me lo dijo Paco y lo he olvidado. Alba, me llamo Alba. ¡Alba, nombre precioso! ¡La ilustre amiga de don Rafael! ¡La periodista de éxito! Yo me encogí de hombros como única respuesta ante la presencia apabullante de Fermín.

Qué alegría que vayas a producir una película sobre don Rafael, ¡don Rafael, un caballero de los que ya no quedan! Y al escucharlo sonreí, ni yo iba a producir una película, ni la palabra «caballero» sería la primera del diccionario que escogería para definir a mi protagonista. Antes de que me diera cuenta, Fermín ya había llamado al camarero para que me atendiera. ¿Un vino, querida? El camarero me miró y le pedí una cerveza: *A beer, please, an IPA*. Y Fermín me dijo que hacía bien, que el vino en los Países Bajos no era como el de España. ¡Cómo echo de menos el vino del Priorat! Viví un tiempo en Barcelona y no puedo decirte la de botellas que me bebí... Pero aquí casi todas son de rosca, mi niña, lo de descorchar no lo tienen muy claro, y se bebió de un trago su copa de tinto para, de inmediato, pedir otra. Te regalo una canción, me soltó Fermín, sin darme tiempo a hablar con él, a reaccionar, agarró la guitarra que reposaba en la silla, se puso en pie y la convirtió en una extensión de su cuerpo. Los clientes de la terraza parecían conocerlo y nada más se levantó, comenzaron a aplaudir. ¡Esta para mi amiga española! Y afinó una voz con quiebres que no había nacido para acompañar la guitarra, a pesar de las ganas, de la gracia. «¡Volando voy, volando vengo! ¡Volando voy, volando vengo!», un par de personas, quizá azuzadas por el alcohol, se pusieron a bailar entre las mesas con ese ritmo carente de sentido que solo es capaz de dar la borrachera. «¡Por el caminoooo, yo me entretengo!»

Paco llegó justo antes de que Fermín terminara la canción. ¿Ya está dando el cante? Y lo miró como un padre mira a su hijo hacer travesuras en el arenero del parque, comerse la tierra a puñados. Ni te imaginas cómo les gustaba a Rafael y a este la juerga, Alba, me contó Paco a modo de saludo. Mano a mano tenían un peligro... Fue amor a primera vista, le cortó Fermín, que se sentaba de nuevo guitarra en mano. Don Rafael me miraba y me decía: ¡Fermín, quiero un hijo tuyo!, y los dos rompieron a reír con la misma risa que sorprendía a Rafael cuando rebuscaba en sus recuerdos para contarme algo y se quedaba, durante unos segundos, instalado en ese pasado que el filtro del tiempo había conseguido edulcorar.

Tras varias cervezas, varios vinos, varias dosis de Violeta Parra, Sabina y Camarón a cargo de Fermín, tras más de dos horas alabando a Rafael, me fue imposible preguntarles por el pie hallado en el canal, pero me propusieron comer algo en el ELE, un restaurante de tapas españolas que fue propiedad de Fermín. Hace poco lo traspasé, ahora se llama Chillz. ¡Era el mejor sitio de Utrecht, mi niña! Salió en la tele de tu país, y yo me hice famoso por tirarme al canal para recuperar mi guitarra. ¿Por qué cayó la guitarra al canal?, pregunté. Me la lanzó el presentador, ¡decía que con tanta cancioncita no dejaba trabajar al personal!

Aunque estaba cansada, decidí quedarme. No sabía si la velada me daría la oportunidad de hacerlo, pero quería sacar el tema del hambre, no podía volver a casa y enfrentarme a otra noche sin dormir a causa de toda esa información que había encontrado y se me agolpaba en la garganta, cargada de dudas y temores.

El Chillz parecía una bodega, un tubo con el techo en forma de óvalo, sin ventanas, algunas mesas dispuestas por el local alargado, una pequeña barra y una cocina al fondo que imaginé también sin ventilación natural, como todas esas casas y locales que daban directamente al cauce de agua, con un aire bohemio por el que los portales inmobiliarios pedían auténticos despropósitos, cifras millonarias que obviaban la humedad y la falta de luz. Junto a un sofá rojo, dos guitarristas de unos sesenta años tocaban junto a un tipo más joven, también de pelo cano, que le daba al cajón flamenco. La gente escuchaba atenta, apenas el sonido de los tenedores al rozar el plato, incluso la cocina parecía haberse sumido en el silencio, solo la música rebotaba en el local tubular, oscuro, de una belleza medieval y cruda. Fuera en la terraza se está de lujo, me dijo Paco, pero aquí escuchas a Piti y a Lalo, ¡son tremendos! La verdad es que me fascinaba ver cómo sus dedos rasgaban las cuerdas, cómo sonaba la música, de por sí bella, en ese local de acústica perfecta, como la de una cueva.

Al terminar la canción, Lalo y Piti se acercaron a la mesa a saludar, Paco se puso en pie y me señaló: Os presento a Alba, una guionista española, una artista que está siguiendo la pista de don Rafael, de su vida, porque está escribiendo la historia de nuestro amigo. ¿Qué dices?, preguntó Lalo con un acento gaditano marcadísimo, aunque luego me contaría que ya llevaba más de veinte años en Utrecht. ¿Sobre Don Rafael? ¡Menudo pieza era! Nosotros lo llamábamos regaliz de cien pesetas, ¿sabes por qué? Y yo negué con la cabeza. Porque siempre iba de negro, tan flaquito, que parecía un *palito' regaliz*, ¡cosa fina! Y le gritábamos: ¡Míralo, si parece un regaliz de cien pesetas! Siempre nos pedía la misma canción, siguió Lalo y comenzó a palmear. «Yo le dije Farruquito mío, ven con papá, él me dijo papá no que yo me voy con Rete, y en la curva mala de la carretera nueva, los dos encontraron para siempre allí la muerte...» ¿Vais a cenar?, nos preguntó y Paco y Fermín le dijeron que sí, que íbamos a picar algo.

Piti quería saber si estaba escribiendo una película. Yo le dije que de momento estaba tomando notas, ordenando la historia de Rafael para decidir qué hacer con ella. Quizá un libro, solté, y me sorprendí al escucharme. ¿Sabes?, me susurró, la voz casi inaudible. No se lo digas a esta gente, pero a mí Rafael siempre me dio un poco de miedo. Nunca me pareció de fiar. La afirmación estalló en mi cabeza como un plato al partirse contra el suelo y cada añico, cada fragmento, parecía engrosar la idea de que en Utrecht Rafael hizo algo turbio que, quizá, acabó con un miembro cercenado a la deriva en el canal.

Después de tomar un par de vinos mientras escuchábamos a Piti y a Lalo, Paco y Fermín decidieron que saliéramos a la terraza a cenar. El restaurante había sido reformado, pero la carta seguía la estela de tapas tradicionales que empezó Fermín cuando el local era suyo, las gambas al ajillo estaban más buenas de lo que me esperaba, también las bravas y el vino. El cocinero es español, me explicaron para desvelar el misterio, y pidieron otra botella. No sabes cómo estaba esto de lleno cuando el bar era mío, mi niña. ¿Más que hoy? Me sorprendía que una noche entre semana apenas hubiera un par de mesas libres. Siempre estaba a reventar, la gente sabía que, si venía aquí, iba a pasarlo bien. Fermín, quizá porque el vino ya empezaba a hacer efecto, me confesó que no le gustaba que Rafael se pasara por su restaurante. Es noble, pero no te imaginas, mi niña, atraía a gente turbia y la metía aquí, donde los clientes venían a disfrutar, a comer, a cantar, a bailar. Mientras escuchaba a Fermín y a Paco, me concentraba en encontrar el resquicio de la conversación por el que inocular mis dudas, pero no me lo ponían fácil. Como yo no me atrevía a pedírselo, dijo Fermín, le insinué a Paco que le comentara que, por las noches, nos viéramos directamente después del cierre del ELE, en el Casa Sánchez. Pero este, y miró a Paco, este no hizo nada... Paco se tapó media cara con su brazo ortopédico, como si fuera un abanico. Tampoco era para tanto, y me ponía en un compromiso.

¿Has hablado con ella?, preguntó Paco de pronto. ¿Con Lotte? No, quería llamarla, pero Rafael me ha pedido que no lo haga. Yo tampoco la llamaría, dijo Paco, mi cuñada envenena, esa es la verdad. Fermín nos cortó para opinar: Contactarla forma parte de tu investigación para crear los personajes, ¿no? Haz lo que te diga tu glándula pineal, Alba. Pero yo la llamaría. ¿Qué hormonas segrega la glándula esa?, quise saber. ¿Qué preguntas, mi niña? Lo único que sé es lo importante: que solo desde ahí, nuestro tercer ojo, puedes ver de verdad, aprender a ser tú misma. Si quieres, nosotros te acompañamos a ver a Lotte, ¡seremos tus escuderos!

Estábamos sentados en una mesa pegada al famoso canal al que Fermín se lanzó para recuperar su guitarra, el agua turbia, que me contaron escondía chatarra, bicis que no habían sobrevivido a los robos. Cuando lo limpian, de ahí sacan hasta lavadoras. ¿Y restos humanos?, solté sin que la pregunta pasara por el filtro del pensamiento racional. Paco y Fermín cruzaron miradas. ¿Un pie?, concreté. De todo, mi niña, eso es un vertedero, dijo Fermín con una tranquilidad fingida, como el que esquivo una zanja y sigue caminando. Pero Paco, a quien el alcohol ya había liberado de cualquier filtro, me miró. ¿Quién te ha contado lo del pie? Lo sabía, pensé al instante, sabía que era el pie del fiambre que me nombró la última vez. Rafael, mentí. Me lo ha contado Rafael. ¿En serio?, dijo Paco, y me desmontó enseguida porque fui incapaz de sostenerle la mirada. Lo he encontrado en un periódico de la época, rectificué, y me lancé a preguntarle: El fiambre del que me hablaste el otro día, Paco, el que casi hace que Rafael se quede de por vida en la cárcel, ¿está relacionado con el pie ese que encontraron? ¡Qué va, mujer! Se nota que te dedicas a las películas, me dijo Fermín, pero yo miré a Paco con fijeza, los ojillos acuosos por tanto vino, porque sabía que me lo iba a contar. Rafael se juntaba mucho con otro español, dijo, Jacobo se llamaba. Esos dos juntos eran más peligrosos que una caja de bombas.

No sé muy bien con quién hablaron, unos colombianos, creo, su plan era meter *mantecao*, mucho *mantecao*. Y, claro, a los marroquíes la cosa no les hizo ninguna gracia porque ese era su mercado. Así que cuando Jacobo y Rafael pasaron de ellos, compraron la mercancía a los colombianos y la trajeron para acá, a Rafael casi se lo cargan. Estuvo grave. ¿Cómo de grave? Con golpes y eso, hecho una mierda, me contestó Paco. Entonces, claro, cuando apareció el pie del marroquí, la policía creyó que podía ser un asunto de venganza y Rafael tenía todas las cartas para ser el culpable. Pero, al final, no pudieron encasquetarle el muerto por falta de pruebas.

Nos quedamos los tres en silencio. ¿Vosotros qué pensáis?, pregunté. ¿Creéis que lo hizo él? Paco no dudo un segundo. Yo pongo la mano en el fuego ahora mismo por la inocencia de Rafael. Yo también, mi niña, yo también, dijo Fermín. ¿Y por Jacobo? La mirada de los dos se cruzó apenas un segundo, y su única respuesta fue quedarse callados, preguntarme al rato si quería más vino para romper el silencio denso. O quizá un chupito de tequila, invita la casa.

Llevo diez días aquí y Dani y yo hemos hecho el primer Zoom tras algún wasap descafeinado sin apenas emojis. Cuando ayer me propuso conectarnos, me sentí culpable, estoy tan absorbida por los detalles de la historia de Rafael, que he apartado de mi cabeza cualquier otro pensamiento que se entrometa, que no me deje concentrarme.

Al empezar la conversación, nos hemos prometido no hablar de cómo nos sentimos respecto al tema tabú, y lo he agradecido porque, aunque me engañara a mí misma al comienzo del viaje, no hay nada que reflexionar sobre nuestra situación, él desea una vida, y yo, la contraria. Y he dejado de pensarlo, quizá para esquivar la tristeza.

Al principio, le he visto animado, está a punto de entregar el manuscrito de su ensayo sobre cómo el turismo de masas serializa el centro de las ciudades, y cerca de esos *deadlines* suele estar de subidón. Apenas me ha dejado hablar, como si yo fuera una asistente a su ponencia. Pero, de algún modo, se ha desinflado al ver cómo Utrecht y el proyecto de Rafael me tienen absorbida, animada, me sientan bien. Pareces la Alba que conocí, me ha dicho. Eso es bueno, ¿no? Y ha respondido que claro, que se alegra por mí. Pero lo he sentido lejos. Su imagen se ha congelado varias veces, sus labios moviéndose sin encajar con las palabras como en un mal doblaje. Hemos colgado con los ojos rojos. Ninguno de los dos se ha permitido decir te quiero.

Fermín, el pelo abundante y tan negro que cualquiera diría que es teñido y que, al rozarlo, mancha, toca la guitarra y corea «Lobo López» de Kiko Veneno en el escenario, así llaman a ese escaloncito improvisado en una esquina del ELE. Ha subido después de que uno de sus trabajadores se lo suplicara, en medio del pasillo no le dejaba pasar con la bandeja, y sí, los clientes han cantado, han bailado, pero lo de beber y comer se ha vuelto más difícil con él en medio de las mesas, guitarra en ristre, como un animador de campamento. Pero Fermín disfruta, aunque pierda dinero, gana en salud, le gusta ver a la gente, diría que tiene el restaurante no tanto por servir comida tan especial como la que sirve, tapas y vinos españoles que contrastan con la cocina insípida de los neerlandeses, sino porque le encanta ver disfrutar a sus clientes de la música y la alegría, los dos ingredientes que, según él, hacen de su local un lugar distinto en el corazón de Utrecht. Esta frase exacta fue la que utilizó para promocionar su restaurante los primeros meses, y no hizo falta más, desde sus inicios siempre está hasta la bandera. Y esta noche promete. Hace meses que Paco no libra un sábado, pero ahora le guiña el ojo desde una de las mesas, en la que cena con su mujer, Lissa, pimientos del padrón, patatas bravas, gambas al ajillo. Se han dado un poco de tregua y hoy no trabajarán en el Casa Sánchez, eso sí, irán para allá más tarde, pero a bailar, a pasarlo bien.

—¡Una ronda para todos! ¡Paga la casa! —grita Fermín, y vuelve a gritarlo de nuevo en neerlandés, una exclamación que es recibida con aplausos, con vítores y él calienta motores para cantar «El muerto vivo» de Peret, que siempre es exitazo. También funciona hoy; ya en los primeros acordes varios comensales se levantan, dejando su plato a medias para abrazar el éxtasis del bailoteo desacompasado.

—¡Viva Fermín! —corea un neerlandés con las gafas empañadas y la camisa oscurecida por cercos de sudor.

—¡Viva! —corea el resto del local.

—¡Viva Fermín! —gritan Jacobo y Rafael que acaban de entrar en el ELE y trastabillan y hablan a un volumen que se superpone al de la música y cargan con una energía que impacta de lleno contra el ambiente, una nube negra, un mal presagio, que obliga a la gente a detener su baile por un instante, a mirar hacia la puerta, y aunque retoman los movimientos, el cantar a viva voz, hay algo en el aire que se ha transformado, incluso parece pesar, volverse denso.

Fermín, sin parar de tocar, «no estaba muerto, no, y no estaba muerto, no, que estaba tomando cañas, lerelele», siente ese escalofrío que le sube por la planta de los pies y le hace un gesto a

Paco, que, al darse cuenta, se levanta rápidamente a saludar, un abrazo a Rafael, un apretón de manos a Jacobo, que le sale más frío de lo que le habría gustado. Jacobo le sonríe a su vez, sus ojos azules fijos en los de él, parecen vacíos, como si hubieran perdido la capacidad de mirar. Rafael se acerca a Lissa y bromea y agarra uno de los pimientos del padrón, los dedos haciendo pinza para sujetar el rabito y metérselo en la boca.

—¡Unos pican y otros non! Pero en este bar no pica ninguno... —se carcajea Rafael y le da un codazo cariñoso a Lissa, que se revuelve en el asiento mientras piensa en los dedos de Rafael que, tras ir del plato a la boca, ahora reposan sobre su hombro, sobre la blusa de seda recién estrenada que le ha regalado Paco. Trata de responder con una sonrisa, pero solo consigue una mueca que deja entrever sus dientes teñidos por las tres copas de vino tinto que se ha bebido casi sin darse cuenta.

Apenas tocado el último acorde, Fermín baja del escaloncito que sirve como escenario y se acerca a los recién llegados sin disimular la urgencia.

—Dichosos los ojos. —Pero la incomodidad gana espacio en unas palabras que deberían sonar a bienvenida.

—Nosotros nos vamos ya al Casa Sánchez, ¿os venís? —dice Paco, su mesa aún con tapas sin terminar, la cara de Lissa que se contrae al recibir la noticia.

—Yo quiero un postre. —Lissa corta a Paco con su español precario, trufado de erres ásperas, y baja el volumen para amonestarle en neerlandés, como si Jacobo y Fermín no lo entendieran, como si Rafael fuera inmune al peso del contexto.

—Tranquilo, Paco, nos tomamos una copita aquí en la barra y luego vamos p'allá.

—¡O dos o tres! —ríe Jacobo.

Fermín se acerca a ellos, de nuevo el gesto apenas perceptible, pero Paco lo conoce, le molesta que alguien se entrometa en ese ambiente calculado del bar donde solo puede haber risas y música.

—¿Queréis tomar algo? ¿Qué os pongo?

—Oye, Rafael, ¿y si vais yendo al Casa Sánchez, que me ha dicho mi hermana que hoy está a reventar, y así nos pilláis hueco? Que para un día que no trabajamos... —interrumpe Paco.

—¡Estáis ansiosos con el Casa Sánchez de los cojones! —grita Jacobo—. Yo quiero un cubalibre, me da igual dónde.

Rafael percibe las miradas entre Fermín y Paco, cómo Lissa ha llamado a la camarera con un gesto; no le gusta que lo tomen por gilipollas, él sabe cuándo no es bien recibido. Pero también sabe que este no es el momento de decir nada, ya hablará con Paco, ¿somos como hermanos? ¿Esto es ser como hermanos? Pero lo hará en frío, cuando la rabia no le suba por el esófago como ahora, que le abrasa la garganta.

—Venga, vale, os esperamos allí.

Fermín les da un abrazo y vuelve a subirse al escenario, «Bamboleiro, bamboleira, porque mi vida yo la he aprendido a vivir así», mientras Paco se despide de Jacobo y Rafael con un

movimiento de la mano izquierda, nos vemos luego, esa que en pocos años terminarán por amputarle, una infección que lo pillarán desprevenido y que, por poco, no lo manda directo al otro barrio.

Fermín, Paco y Lissa van camino del Casa Sánchez. Fermín anda sin mirar al suelo, la vista al frente, capaz de rasguear la guitarra sin perder el compás, la elegancia, y le da el paso a Lissa para que cante.

—¡Otra vez!

—¡No me sale! —grita Lissa, cuyas carcajadas le hacen perder el equilibrio, agarrarse a Paco.

—«España camisa blanca de mi esperanza» —canta Fermín, despacio, y le hace un gesto a Lissa para que lo repita.

—«España... ña... mi esperan... ña...» —corea Lissa, los efectos del vino haciendo estragos en su voz, en el ritmo, en su lengua que desde hace un rato tiene una movilidad limitada.

Paco la abraza, no te preocupes, te quiero igual, cariño, y se ríen, mientras Fermín se arranca a cantar de nuevo.

Lissa se detiene ante las puertas del Casa Sánchez, desde donde asoman luces de neón, grasa, música rumbera, olor a fritanga, y le dice a Paco en neerlandés que se va a dormir.

—Ya no puedo más, estoy cansada.

Fermín empuña la guitarra de nuevo y le dedica un «No te vayas todavía, no te vayas por favor», la voz afónica porque pelea por salir con potencia desde las cuerdas vocales, no desde la tripa, como le enseñó su amigo Piti, cantautor ilustre donde los haya. Entonces, se escucha un grito en el local, un hijo de puta atronador pronunciado por Rafael y entran los tres sin siquiera mirarse, sin necesidad de consenso.

Rafael y Jacobo gritan a un tipo menudo, de pelo cano, que viste un traje beige, Lissa y Paco lo conocen, es Omar El Mezouari, un diplomático marroquí que trabaja en el consulado de Marruecos, un habitual del Casa Sánchez al que le pierden la tortilla de patatas, el flamenco y las bailaoras, según él, en este orden. El hombre sujeta su copa y los observa desde abajo, sin mover los labios, sin decir palabra, sin estirar la espalda, los hombros contraídos, mientras Jacobo lo mira con fijeza, los ojos vacíos, de un azul irreal.

—¡Hijo de puta! —grita Jacobo y da un cabezazo seco, rápido, contra la nariz del diplomático, las gafas rotas, la cara ensangrentada, la respiración que parece detenerse de golpe y vuelve un instante después, como el agua que brota de la manguera cuando el pie que cortaba el riego ha dejado de pisarla. Paco corre a asistir a Omar, ante el estupor, los gritos, la música que ha cesado, gente que sale a la calle, otra que se acerca a la barra para evitar estar por medio, recibir un porrazo.

—¿Algún médico en la sala?! —grita Paco mientras Jacobo y Rafael salen del bar con el pecho hinchado, las cabezas altas, la gente que se aparta a su paso para que salga con ellos esa

estela que es como una nube negra, un mal presagio. Paco está arrodillado al lado de Omar, que se ha sentado en el suelo para tratar de recuperar su respiración convertida en un resuello que le angustia, que siente que terminará por ahogarlo.

—¿Estás bien? —Y Omar asiente, incapaz de pronunciar palabra.

Fermín, que no ha visto lo sucedido, aparta a la gente y se arrodilla junto a Paco.

—¿Qué ha pasado?

—El Jacobo de los cojones, le ha dado un macoqui...

Lissa llega con el botiquín de la cocina y saca vendas, Betadine, y dice en neerlandés que una de las camareras lo llevará al hospital.

—Lo llevaría yo, pero el vino...

—Tendríamos que hablar con él, decirle que deje de juntarse con malas compañías —susurra Fermín.

Lissa, que sigue de pie y los mira desde arriba, le corta.

—¿Con quién queréis hablar? ¿Con Rafael o con Jacobo? Porque son tal para cual, no os engañéis.

Y se va hacia la barra dejándolos así, con la palabra en la boca, para azuzar a la camarera y que se dé prisa, que coja su coche y se lleve a Omar a urgencias, la cara ensangrentada y un ataque de ansiedad que no lo deja respirar.

Me pregunto si llamar a Lotte o evitar el encuentro. La historia va a centrarse en Benidorm y, en realidad, apenas necesito su punto de vista; Fermín, Paco, Lalo o Piti me han ayudado a ver al Rafael de después del golpe, al Rafael que llegó rico y poco a poco, tras fracasos y reveses, se arruinó. Pero solo cuento con una mujer que perfile a mi protagonista, Lola, y ni siquiera me he sentado a hablar con ella, a entrevistarla, ni Rafael ni ella quieren que lo haga, y luego está la visión que me dan los años en los que la he visto con mis padres, las veces que hemos coincidido, que Lola ha estado en casa, y lo que se dice en el pueblo. Quizá hablar con Lotte, aunque me pueda suponer algún disgusto, o me meta en un lío, me ayude a ver ese lado tóxico que aparece en las relaciones insanas. O quizá me lleve una impresión opuesta, quizá la realidad termine por sorprenderme.

Al final, me decido a escribir a Lotte, llamarla es más directo, pero un mensaje me ahorra la tensión de la conversación previa, y le da tiempo a responderme con calma, decidir qué quiere. Lotte, soy Alba, la guionista amiga de Rafael, ¿te vendría bien que nos viéramos para un café? Tarda apenas cinco minutos en contestar que sí, que tiene muchas ganas, que incluso podría al día siguiente. ¿Dónde? Improviso que podríamos vernos en el Gys de Voorstraat. ¿A las once?, me pregunta. Estupendo, y añado un emoji de sonrisa.

Llegué con media hora de antelación al Gys, pedí un café solo y me senté en una mesa frente a uno de los ventanales que daba a la calle para estar lista, adivinar a Lotte cuando entrara por la puerta sin tener muchas pistas sobre su aspecto. Es muy alta, me había dicho Rafael. Y que sus ojos eran grandes, que era guapa, rubia, pero quizá ahora se había teñido. Ella siempre tuvo la ilusión de ser morena, mira tú qué cosas, me dijo también. Se quedó chupada por la enfermedad, comentó un día Paco, eso sí, apuntó, mala hierba nunca muere. Me costó encender el ordenador, era incapaz de teclear bien la contraseña, demasiado enrevesada si la contrastaba con el peligro real de que alguien quisiera acceder a mis documentos, liosa en exceso ese día que estaba más desconcentrada que de costumbre. Exageras, Alba, pensé, no sabía por qué me alteraba, solo iba a conocer a Lotte, aunque me habían contado tantas cosas de esa mujer, pocas buenas, que a su alrededor se había generado un halo de misterio, de malvada de película. Aún tenía tiempo, esa media hora de ventaja me serviría para releer mis notas, prepararme para lo que estuviera por llegar.

Habían pasado más de cuarenta minutos, llevaba dos cafés, y Lotte aún no había aparecido. Miré mi móvil, ningún mensaje. Iba a llamar de nuevo al camarero, que entonaba The Killers a voz en grito, para pedirle un rooibos, cuando vi a través del cristal a una mujer esbelta y todos esos adjetivos que servirían para definir a señoras elegantes, con presencia, nunca a chicas menudas como yo. Desde hacía tiempo, había asumido que, aunque cumpliera cincuenta, sesenta años, siempre me vería apocada, infantil, frente a ese tipo de mujeres rotundas. Lotte llevaba el pelo cano cortado a lo *garçon*, iba vestida con unos vaqueros y una chaqueta de punto, sin más, pero parecía lucir prendas caras, de boutique. Echó una ojeada a las mesas, llenas de chicas jóvenes frente a sus portátiles, le hice un gesto sutil para distinguirme, apenas levantar un par de dedos y bajarlos al instante, pero se dio cuenta y se acercó a la mesa sonriente. A medida que se aproximaba, vi sus ojeras marcadas, la piel pálida, casi invisible, que dejaba entrever venitas violáceas que daban frío, una delgadez extrema que aun así no ocultaba su robustez anterior, ni tampoco una belleza que yacía escondida, tímida, tras la lividez de un rostro fatigado por la falta de sueño.

¿Alba? Asentí y me levanté para darle dos besos, pero ella se apartó con sutileza y me tendió la mano. Con los labios apretados, pues parecía no querer sonreír de más, se sentó frente a mí y

se tomó su tiempo para quitarse el bolso, la chaqueta y colgarlos en la silla, luego llamó al camarero con un gesto y pidió un café con leche. ¿Almendra, soja, guisante o avena?, intuí que decía el camarero en neerlandés, y ella me miró y dijo en su español brusco que quería leche normal. ¿Almendra, soja, guisante o avena?, repitió él en neerlandés, y ella recordó en voz alta que el sitio era vegano y pidió un café solo. Un rooibos para mí, dije en inglés mientras sonreía a Lotte y le preguntaba qué tal. Disculpa, me respondió, se me ha pinchado la rueda de la bici por el camino, he tenido que llevarla a reparar y venir en taxi. ¡Un desastre! ¿Llevas mucho rato? Negué con la cabeza, pero se dio cuenta de que frente a mí había dos tazas vacías, un plato con restos de banana bread.

Tenía ganas de conocerte, y su simpatía repentina sonó descontextualizada. Yo asentí, y musité un yo también que se diluyó en el tarareo del camarero, que canturreaba mientras sacaba brillo a la barra del local. ¿Cuánto tiempo llevas por aquí? Vuelves pronto a España, ¿verdad?, y su español sonaba ortopédico, como si hubiera estado encerrado en un armario durante años. En un par de días, le dije. En su mirada había recelo. Un poco más y no nos vemos, y me regaló una risa cargada de retintín. Me he encerrado en bibliotecas a la caza de noticias antiguas, le dije. Pero habrás visto a Paco, ¿verdad? Algo, pero no mucho, tampoco te creas, le mentí, y sonreí al camarero que llegaba con su bandeja a aligerar el aire denso de nuestra conversación. Dejó las dos tazas en la mesa con una sonrisa, un bote de azúcar moreno del que Lotte echó al café tres o cuatro cucharadas.

Bueno, ¿qué quieres que te cuente? Porque para eso estamos aquí, ¿no? Había cierta urgencia en su voz. Le sostuve la mirada como si mis ojos quisieran darle palmaditas en la espalda, tranquila, todo está bien. Cerré el ordenador y, en su lugar, saqué un cuaderno, un lápiz; por alguna razón, me parecía que me acercaban más a ella, que resultaban más íntimos. Me gustaría que habláramos un poco de tu vida con Rafael, de los años que anduvo por aquí y pasasteis juntos. Podemos empezar, por ejemplo, por cómo os conocisteis. Lotte me sonrió, una sonrisa tan amplia que dejó entrever que, en su dentadura perfecta, había un vacío incómodo donde debería estar el canino derecho. Tú de lo que quieres hablar en realidad es de que por mi culpa fue a la cárcel, ¿verdad?, a pesar de sus palabras, su voz no sonó agresiva. De eso también hablaremos, Lotte, no te preocupes, pero antes, ¿me contarías cómo os conocisteis? Y bebí un trago del rooibos para limar la aspereza que asomó en mi voz. El té aún estaba caliente y me abrasó la lengua.

Hacía poco que me había separado, dijo, y a veces dejaba a mis hijas con mi madre, tengo dos hijas, remarcó, las tenía antes de conocer a Rafael. Pues bueno, a veces las dejaba para salir un poco, airearme. En esos tiempos, iba a menudo al Casa Sánchez con mis hermanas. A todas, desde siempre, nos han gustado mucho los españoles, al principio, por la tontería de poner en práctica lo que aprendíamos en la academia de idiomas, se rio, y ¿qué mejor sitio que el Casa Sánchez para conocerlos? Porque el Casa Sánchez, no sé si te habrá contado Paco, era el restaurante de su familia. Que supongo que sí, porque habla de Casa Sánchez todo el rato. Un bar

de tapas, un bar español, vaya. Que cuando lo cerraron, no te imaginas el drama. Asentí. Sí, me han hablado mucho de él, claro, y no solo Paco. Desde el principio Rafael me hizo mucha gracia, retomó Lotte, era ingenioso, rápido, hacía juegos de palabras que a veces ni siquiera entendía porque mi español no era muy bueno, no era como el de mis hermanas por aquella época, pero me gustaba ver cómo esperaba mi respuesta a sus chistes, se le ponían los ojos de crío. Y se ponía muy guapo. Era guapo, no muy grande, pero guapo. A mí siempre me gustó, desde el principio. Aún me gusta, se rio. Pero somos fuego y paja, juntos somos un peligro, un incendio.

Es un hombre difícil, siempre me gustan los hombres difíciles, a ti también, ¿no? Tienes pinta de eso, de que te gusten difíciles, y me clavó la pupila como si fuera un foco policial y tratara de deslumbrarme, de desmontar mi coartada en un interrogatorio. La verdad es que no, y pensé en los primeros años con Dani, aquellas noches que aguantaba conmigo hasta las tres o las cuatro de la madrugada dándome ideas para mejorar guiones y proyectos en los que confiaba más que yo, en cómo me ayudó a gestionar la frustración cuando tuve que buscar otro trabajo alejado del audiovisual, en la de veces que vino al pueblo solo porque sabía que me hacía feliz. Eso dicen todas, e interrumpió mis pensamientos.

Levantó la mano para llamar al camarero, señalar su taza vacía y pedir otro café. ¿Tú quieres algo, Alba? Negué con la cabeza. Así que te gustan los hombres sosos, y volvió a clavarme los ojos como colmillos. Bueno, de que te hiciera gracia al principio a tener un hijo con él va un buen trecho, le pregunté para cambiar de tema. Mira, con Rafael viví los mejores años de mi vida y, no te voy a engañar, los peores años también. Me dio a mi hijo, que es lo que yo más quiero en este mundo, pero me hizo sufrir mucho. Muchísimo. Y no voy a insistir más en esto, no voy a contarte detalles de nuestra relación porque no te conozco. A pesar de la brusquedad de sus palabras, su voz sonaba suave, y su postura era tranquila, los brazos apoyados en la mesa, la sonrisa de quien escucha. Lo que quieres saber es qué hice para que Rafael terminara en la cárcel. Mi cuñado te habrá contado su versión, pero yo quiero que escuches la mía. El sol le daba de lleno en el rostro, y sus ojos devolvían un fulgor azul y frío. Era como si el tiempo, después de su enfermedad, fuera un bien demasiado preciado como para desperdiciarlo en una charla hueca, por eso las palabras se agolpaban pesadas, sin pausas vacías, una tras otra, cargadas de sentido.

Rafael era capaz de desaparecer durante días, a veces semanas, y yo soy celosa, no te voy a mentir. No es fácil de llevar. No toleraba que se acostara con otras, porque él dirá que no, pero se acostaba con otras todo el rato. A veces yo le tendía trampas para pillarlo, pero él le daba la vuelta a la tortilla siempre, y eso me desesperaba. Bueno, y luego estaba lo de la gente con la que se juntaba. ¿El qué?, la interrumpí, ¿con quién se juntaba? Con mala gente, me respondió, ¿se dice así? ¿O se dice gente mala? Sobre todo, cuando tuvimos a Enrico, cuando él nació se me empezó a hacer muy duro que se mezclara con tipejos que hasta a mí, que ni te imaginas lo que he visto, me asustaban. Empecé a espiarle y me enteré de que Jacobo y él, que Jacobo era de lo peorcito, pretendían traer mucha droga para venderla, y me asusté. Y mientras Lotte me hablaba,

un monólogo sin pausas, una pared lisa, de cemento, a la que era imposible asirme, sentí que en lugar de estar en esa cafetería conmigo, ella se veía arrodillada frente al confesionario, como si esa historia que yo estaba escribiendo y aún no sabía en qué se iba a convertir, fuera la última oportunidad para eximir sus pecados.

A los pocos días, Rafael dejó de aparecer por casa e intuí que le había pasado algo. No me extraña, le dije, alentándola. ¿La verdad? Pensé que se lo habían cargado, así que llamé a la policía y les conté todo lo que había escuchado, que era información desordenada, pero podía ponerles en la pista de algo. Lo malo fue que, al poco tiempo de llamar, encontraron un cadáver. Bueno, un cadáver exactamente, no... ¿Un pie?, la interrumpí. No pareció sorprenderse. ¿Te lo ha contado Paco? Negué con la cabeza. Lo leí en un periódico de la época. Sí, fue bastante sonado, dijo Lotte. Lo del pie, cómo decirte, me dio miedo. Cuando Rafael apareció, hecho polvo, cuando abrí la puerta, sentí alivio, pero también supe que había sido él. Su cara había cambiado como cambian las caras de la gente cuando cruzan un límite, no sé si me explico. ¿Crees que lo hizo él? Lotte apartó su mirada de la mía y buscó al camarero. Quiero agua, me dijo, tengo la garganta seca. ¿No crees que fue Jacobo?, insistí. Las pruebas de que Rafael no había hecho nada eran sólidas, respondió. No te estoy preguntando eso, la interrumpí. ¿Sabes?, siguió. Cuando me enteré de que él y Jacobo iban a meter droga en Utrecht, pensé que si Rafael iba a la cárcel, apenas le condenarían un par de años y luego, después del escarmiento, podríamos vivir una vida normal. Si es que eso tenía algún sentido. Pero da igual lo que pase, él no podrá tener una vida normal nunca. Y lo que es peor, yo tampoco. Porque soy como él. Me sentí muy culpable por lo que pasó, no te puedes hacer una idea. Pero hoy habría hecho lo mismo. ¿Crees que se cargó al tipo?, insistí. Yo no sé si lo hizo, pero sé algo peor: que sería capaz de hacerlo. ¿Y sabes lo malo? Que cuando pensaba que se lo habían cargado, me sentía aún más atraída por él, y clavó los ojos en la mesa, incapaz de ponerlos a la altura de los míos.

Pero dio todo igual, Alba, dijo, aún sin mirarme, la cárcel, la separación, la reconciliación posterior, no supimos vivir como las demás parejas. Juntos somos paja y fuego. Y prendemos.

Llueve, siempre llueve, pero Rafael ni siquiera puede pensar en eso, ni siquiera es consciente de que el temporal se ha transformado en un muro metálico, una pared que oculta el agua del canal, las calles de Utrecht tras las ventanas del barco; sabe que en el barco las ventanas se llaman de otro modo, se lo dijo su amigo Harim, que se dedicaba a pasear a turistas en su lancha, a sacarles los cuartos, pero ahora, ahora eso no está en el cerebro de Rafael, sus pensamientos, todos, conforman un ejército que lucha para defenderse del dolor, combatirlo hasta la retirada, pero resulta imposible, es un martillo percutor que golpea la punta del dedo índice de su mano izquierda y reverbera en su cuerpo, todo, desde los pies hasta el cuero cabelludo, a causa de unos alicates que acaban de arrancarle la uña sin más preámbulos que la amenaza de una voz en la que las erres resbalan como si fueran grasa:

—¿Dónde está el cargamento? —Aunque no es la primera vez que Ahmad arranca una uña ajena con esos mismos alicates, le sobreviene la arcada, siempre lo hace, pero debe mostrarse impasible, lo sabe, ya vomitará cuando se quede solo en el camarote.

Rafael se retuerce sentado en una silla de plástico que alguna vez fue blanca y ahora, de un gris opaco, recibe las gotas de sangre de su dedo, pocas si se comparan con el daño infligido, con cómo cada nervio se contrae al perder ese trozo de células muertas y queratina que parece no tener utilidad, pero al ser extirpada encoge el cuerpo, lo retuerce hasta llenar los ojos de Rafael de niebla. Él se esfuerza en apretar los labios para no emitir ni un quejido, para no decir cómo Jacobo y él escogieron el lugar en el que esconder la cocaína que tanto dinero, esfuerzo, dolores de cabeza y horas de negociación con los colombianos les había costado; y todo, bajo la amenaza constante de los marroquíes, los que ahora mismo lo tienen maniatado, los que lo controlan desde que supieron que el cargamento iba a llegar. Querían la cocaína, ellos eran quienes compraban a los colombianos desde hacía tiempo, un pacto de sangre y, esta vez que el cargamento se triplicaba, era urgente que fuera suyo, porque tener esa cantidad de droga venida directamente desde Colombia suponía dominar el mercado en los Países Bajos, al menos, hasta la llegada de otros clanes y agentes libres que persiguen su trozo de pastel.

—¿Dónde está Jacobo? —insiste Ahmad y roza la uña del dedo corazón de esa misma mano, la izquierda, que está hinchada, inmóvil, sobre la silla cenicienta.

Rafael ignora el paradero de su socio. Ha dicho que no tiene ni idea cada una de las veces que Ahmad se lo ha preguntado —han sido muchas—. Claro, si lo supiera no lo diría, pero desconoce dónde está ese hijoputa que parece llevar un reloj en la muñeca solo para lucirlo, un

Rolex que pesa, aunque sea falso, Rafael tiene claro que es falso, Jacobo no lo consulta nunca, solo mueve el brazo para que quienes hablen con él se fijen en el tamaño del peluco, solo lo pasea, lo erige como símbolo de un estatus que simula haber alcanzado, pero nunca se detiene a observar la esfera porque siempre llega tarde. Siempre tarde.

Habían quedado a las siete, pero en lugar de Jacobo, aparecieron Ahmad y otros tipos a los que Rafael ni siquiera vio porque le encapucharon, le golpearon y le metieron en el maletero de un vehículo donde los minutos se convirtieron en horas, donde el oxígeno se extinguía tras cada respiración, donde el sonido del árabe y el francés llegó a marearlo, y los brazos y las piernas se le adormecieron hasta parecer miembros fantasma, cercenados de su cuerpo, como la uña recién arrancada que late en el dedo y provoca que los pensamientos de Rafael se agolpen sin orden, entumecidos, la sensación de que sus neuronas están empapadas en alcohol, o en un estupefaciente de una fuerza abrumadora, tan potente como el propio dolor que, tras saltar el umbral de lo soportable, lo sume en una especie de letargo.

Si le arranca otra uña, Rafael se desmayará, Ahmad lo sabe, así que decide rozar solo uno de sus dedos con los alicates, uno de los nueve que aún exhiben la lúnula perfectamente dibujada; y es apenas ejecutar este gesto y quebrar, aún más, los nervios de Rafael, que aprieta los labios y trata de sostenerle la mirada a su torturador, que le mete un derechazo en la mandíbula, un golpe que duele aún más por lo inesperado. Tiene la cara magullada, sus ojos son dos puños cerrados, el color granate de la sangre seca, pero no va a decir nada, aunque vendrán más reveses, otra uña perdida. Es fácil ser estoico cuando el dolor traspasa ya el umbral y ha dejado de sentirlo, trata de mover sus pensamientos a un lugar luminoso, donde el dinero que conseguirán tras vender la droga, esa que escondieron dos madrugadas atrás en el canal, bajo la lancha de Harim, va a cambiarle la vida. Y ahora es lo único que quiere, dinero y reputación, sobre todo reputación, ser coronado de nuevo, ostentar el título que tanto le gustaba, el de Rey de los bajos fondos.

Ahmad grita su nombre, Rafael, Rafael, pero Rafael ha perdido el sentido, un maniquí inerte que se escurre hasta desplomarse en el suelo del barco, sucio de sangre y colillas.

Al abrir los ojos, la luz vuelve a golpearlo como los puños de Ahmad hace un par de días. Aunque él ni siquiera sabe cuánto tiempo ha pasado, dónde está, si sigue vivo. Sus ojos intentan enfocar el lugar, pero la claridad que atraviesa el ventanal lo ciega, a pesar de la lluvia que golpea los cristales. Hasta que una mano diminuta, regordeta, una de esas manos con hoyuelos en el dorso que dan ganas de estrujar, comienza a toquetearle la cara, primero con suavidad, luego con palmetazos que, a pesar de no ser fuertes, Rafael percibe como si un montón de cristales le atravesaran el rostro. Suelta un quejido que desata un portazo, los pasos urgentes de alguien que entra y agarra al niño, lo levanta por los aires.

—Jesús, te he dicho que dejaras a Rafael, que está enfermo.

Jacobo agarra a su hijo con apenas una mano y lo carga como un fardo debajo de la axila,

pero el niño sigue con la idea de extender su manita para intentar tocar ese rostro de un granate inflamado, como un territorio poblado de cráteres al borde de la erupción.

Jacobo, con el niño agarrado, que se contorsiona para liberarse sin éxito, se acerca a Rafael y le dice que vaya con cuidado, que no mueva el brazo porque lleva enganchada una vía con analgésicos.

—Si no, no podrías ni abrir un ojo, Rafita, que los moros cabronazos te han vapuleao...

Le cuenta que la vía se la ha puesto su mujer, pero es él quien se encarga de rellenar la bolsa cuando se vacía.

—Cómo chupas la morfina, amigo. Helena ya no quiere saber nada más. Es una profesional y no va a dejar que nadie se muera..., pero estuvo a un tris de echarme de casa cuando llegué contigo hecho mierda. Que me busque un trabajo de verdad, que deje de meterme en historias, que tengo un hijo, que me busque otras compañías. Pero no lo puede evitar, es enfermera de raza y trajo algunas cosas del centro de salud para curarte, vamos, que te ha montado un hospital de campaña en casa.

Rafael apenas cambia el gesto, apenas comprende las palabras de Jacobo, le llegan codificadas, un repiqueteo que le golpea los tímpanos.

—¿La cocaína? —consigue esbozar Rafael como única señal de mejora. Y Jacobo se acerca a un palmo de su rostro, el niño que cuelga de su brazo, boca abajo, y trata de desasirse.

—No te preocupes, esos hijos de puta no van a volver a molestarnos.

Pero Rafael insiste, aunque se le entrecierren los ojos. Quiere saber dónde está la cocaína.

—Hablaemos con los colombianos otra vez, no te preocupes.

—¿Qué has hecho? No me jodas, Jacobo.

—Salvarte el culo, ¿te parece poco? Te iban a tirar al canal, ¡cuando llegué estaban a punto de tirarte al puto canal! Si les decía dónde estaba la cocaína, te dejaban en paz.

—Hijo de puta.

—Si no llego a ir a buscarte, te matan, ¡imbécil!

—Hijo de puta.

—No te preocupes, los colombianos tienen un trato con nosotros y el próximo cargamento será nuestro...

—Hijo de puta.

—No hay de qué, desagradecido de mierda. Aunque ya podías ser un poco más humilde y darme las gracias, porque es por mí, y solo por mí, que estás vivo y esos cabrones no te van a tocar un pelo en la puta vida.

Apenas un mes después, unos chavales que pasean por el canal con su lancha, cervezas para desconectar tras una jornada intensa, hay que aprovechar, ha salido el sol, verán cómo el motor cesará de golpe y obligará a la embarcación a detenerse. Encontrarán un objeto extraño, que

flota, enganchado a la hélice. El asco se abrirá paso en la garganta del chaval que conseguirá soltar el objeto que bloqueaba el motor, correoso e hinchado, cuando se dé cuenta de que lo que sostienen sus dedos es un pie humano. Un pie cercenado, descompuesto, cuya textura se quedará pegada durante días en las manos del chico, por mucho que las lave, el asco permanecerá en sus dedos durante meses.

El pie abrirá informativos, aparecerá en las portadas de los periódicos locales, será noticia en diarios de tirada nacional y, por supuesto, desatará una investigación que, en unos meses, confirmará que la extremidad pertenecía a Ahmad Sabir, sujeto desaparecido que formaba parte de uno de los clanes de la droga más activos y escurridizos de la ciudad de Utrecht.

Lotte echó en falta a Rafael muchos días, muchas noches, lo recibió, tras una semana sin saber siquiera si estaba vivo, magullado y roto, creía que nunca más volvería a verlo ahí tras abrir la puerta. Ella, que sabe de la tensión entre su novio y los marroquíes, que carece de información, pero escuchó conversaciones entrecortadas que hablaban de cocaína, mucha, de vengarse de los moros, que hablaban de matar, de algún que otro fiambre, levanta el teléfono y llama a la policía. Sabe, de algún modo, que ese pie está relacionado con Rafael, y aunque llamar sea traicionarlo, también sabe que, si no lo encierran, terminarán por matarlo. Lo matarán. Y si lo matan, ella se muere, y si ella se muere, ¿quién se hará cargo de Enrico?

Afuera nieva, pero la imagen dista de ser idílica, dista de la contemplación, admirar cómo los copos se funden en un manto blanco desde una habitación con luces de Navidad y un sofá lleno de cojines mullidos, dista de la batalla de bolas familiar; Rafael ve caer la nieve tras las rejas de su celda en Nieuwegein, ya no le impresiona la belleza de esa luz blanca que los primeros años en los Países Bajos era capaz de hipnotizarle, sabe que al día siguiente, si deja de nevar, si suben un poco las temperaturas, se convertirá en agua sucia, en barro. Deja pasar el tiempo tratando de contar los copos que caen sobre la fuente del patio de cemento con líneas desdibujadas que, junto a dos canastas y dos porterías, juegan a ser una cancha de baloncesto, una de fútbol. En su celda, apenas entretenimientos, más allá de algunas fotos de sus hijos colgadas de las paredes, también una con Paco y Fermín, se las sabe de memoria, José, Rafita, Raúl y Jero con la camiseta del València CF, Enrico que come espaguetis con la cara llena de tomate, los ojos estrábicos por el flash, Paco, Fermín y él mismo en la barra del Casa Sánchez. Estaba más fondón en esa foto, ahora, apenas come, el menú de la cárcel es indecente y se ha hinchado a hacer dominadas, hasta se le ha puesto más espalda que al cabrón de Daan... Cuando lo vea Lotte, ¿se le caen las bragas!

Los primeros días pensaba que era imposible que la celda fuera más fea, pero ya se ha acostumbrado a la pared de cemento sin pulir, a la silla con el respaldo como un tablón, a la televisión de tubo de catorce pulgadas que habla en neerlandés, en inglés, y nunca enciende, nunca entiende, a la cama de ochenta y cinco con un colchón más fino que el papel de fumar, cabrones, ya podrían haberse estirado un poco, el descanso es lo primero. Lo único que le salva son los libros que saca de la biblioteca; la funcionaria, que es peruana, sabe cuáles le gustan, los que hablan de la mafia, los que van cargados de pistolas, de tías buenas, los que enganchan desde el principio y no necesitan cuatro páginas para explicar cómo es el bosque por el que pasea el protagonista cada mañana, menudo peñazo, no entiende cómo hay escritores que se han hecho famosos cascándole al lector ochocientas páginas sobre cómo caen las hojas de los árboles. Pero la funcionaria ya ha dado con el truco, si el libro le gusta a ella, no es para Rafael.

Se olvida de en qué día vive, ayer y anteayer son indistinguibles de hoy, el tiempo se amontona sin orden, lleno de una rutina liviana, sin la densidad de los recuerdos, los únicos capaces de anclar la memoria. Su calendario apenas se compone de momentos importantes, urgentes; hace semanas, quizá meses —cómo saberlo—, se peleó con el imbécil de Étienne, se le quería colar

en el comedor, ni que estuvieran sirviendo caviar, menudo payaso, aunque la verdad es que el caviar lo probó una vez y le pareció asqueroso, si él fuera rico no perdería dinero ni tiempo en esas gilipolleces. Pero es que encima Étienne, el muy pringado, se coló por un plato de patatas reblandecidas y un trozo de carne que nadie sabría decir si era pollo, cerdo o gato; francés tenía que ser, menudo hijo de puta, lo que le mosqueó no fue que se le colara, claro, él no es ningún niño, hace tiempo ya que tiene pelos en los huevos, más años de los que le gustaría, lo que le molestó fue que lo tomara por un mindundi, a él por un mindundi, ¿sabes quién soy yo, *desgraciao*?, se lo tuvo que decir, porque el Étienne este es un carterista de tres al cuarto y ni siquiera sabe con quién se las gasta. Si estuvieran fuera de la cárcel, ya le habría reventado la cabeza, pero tiene que controlarse, no debería calentarse así, por culpa de la gilipollez de la pelea perdió dos visitas, la de Fermín y Paco, que da gracias a la vida por haberle puesto en el camino personas tan nobles, y la de Lotte, sobre todo la de Lotte.

La primera vez que se plantó allí en día de visita, se cabreó con ella y se volvió a la celda sin decirle ni mu. ¿Cómo no iba a cabrearse? Si hay alguien culpable de que se pudra entre esas cuatro paredes, esa es ella, la madre de uno de sus hijos, la víbora más venenosa que existe, la única mujer capaz de desquiciarlo. La segunda vez, discutieron a gritos y terminó por echarla, por pedirle que no volviera. Pero a Lotte, él lo sabe, da igual lo que le digas, y allí estaba el siguiente día de visita, y el siguiente, y el siguiente. Así, hasta hoy, que tienen un vis a vis. El primero después de meses encarcelado. Necesita follar, necesita follársela, hay pocas mujeres que le vuelvan tan loco como Lotte. Está nervioso, le tiene muchísimas ganas, lo que tiene de mujerona, lo tiene de retorcida, pero le pone como una moto. Las ganas deben pesar, piensa, porque tantas y tan grandes parecen bloquear las manillas del reloj para que los minutos avancen más lentos hoy que el resto de los días. El tiempo, otro que le tiene harto, más harto que el Étienne de los cojones, porque no hay manera de pararlo cuando se está a gusto, pero bien que se congela cuando las cosas vienen torcidas, ¡menudo cabrón el tiempo!

Las paredes de cemento están embellecidas con corazones grabados, henchidos a veces por iniciales, L & S, J & J, C & P, a veces por nombres completos, Ruud & Tess, Julie & Berg, Carmen & Jonathan; Rafael es incapaz de entender cómo la gente, encerrada en una habitación para follar, para hablar, para toquetear a la persona a la que le tienes más ganas, se entretiene dibujando corazoncitos en las paredes, él nunca haría algo así. Las sábanas clarean, señal de que las han lavado muchas veces, le dan repelús, es aprensivo para pocas cosas, pero las sábanas, no puede evitarlo, las mira con lupa cada vez que va a un hotel, y cuando clarean, son viejas, y cuando son viejas, da igual la lejía y el detergente que les hayan echado, le dan asco.

Lotte está al caer, el funcionario le ha dicho que ya ha llegado, quizá se ha parado en el pasillo, la imagina de cháchara con el guardia que la tiene que acompañar a la habitación, así es ella, encantadora, hasta que la conoces bien y cuando menos te lo esperas, es capaz de retorcerte

el pescuezo. Debería darse brío, el temporizador ya ha empezado a descontar minutos, aunque después de tanta discusión, tanto desprecio, después de las ganas que tenía de que desapareciera de su vista para siempre, no entiende cómo ha podido perdonarla, si a esa mezcla de necesidad y rencor se le puede llamar perdón, no entiende cómo ha podido desearla de nuevo, y desearla más, si cabe. Muchísimo más.

Desde hace un par de días tiene un tic en el ojo, quizá porque no sabe cómo va a ser ese reencuentro, decidió hablarle de nuevo en una de sus visitas y en la siguiente accedió a un vis a vis, el pie de ella aferrado a su entrepierna fue clave porque él, claro, tiene sus debilidades. Se agarra a ese pensamiento, al del pie en la entrepierna, al de la pierna de Lotte, que parece infinita en minifalda, y en eso se entretiene cuando llaman a la puerta y son sus piernas, las de Lotte, las que avanzan hacia él, y el escote, una uve que deja entrever sus pechos enormes, y su sonrisa, y una risa nerviosa, que apenas se interrumpe para pronunciar un Hola, Rafael, el preámbulo a los dos besos, que se confunden al tropezarse los labios que se enredan y Rafael ni siquiera ha hablado, pero ya le ha subido la falda, le ha bajado las bragas y se ha olvidado de las sábanas, que de tan viejas, hace unos segundos, le repelían.

—Deja de hacer eso, Lotte, vuelve aquí.

Pero Lotte, con un bolígrafo, trata de rasgar la pared para sumar un corazón más a ese mural que a Rafael le incomoda, y en el que, ahora, una erre redonda se une a una ele puntiaguda dentro de un corazón tan poco atinado que parece una manzana.

—Ven aquí, tonta, que no tenemos mucho rato. —Rafael le acaricia la espalda y trata de atraerla hacia él con mimos, hasta que, impaciente, la abraza por detrás y la arrastra para tumbarla a su lado—. Se te salen los pies de la cama, ¡giganta!

Lotte es más alta que Rafael, aunque, de un modo extraño, siempre lo mira desde abajo.

—Estás guapa. —El pintalabios se ha corrido, el rímel le ha dejado los ojos amoratados, pero la piel reluciente y el gesto calmado la favorecen. Él también está guapo, piensa Lotte, vuelve a mirarla con picardía, como solía hacer, los ojos de niño que tanto le gustan, ese brillo que había desaparecido, y parecía ajeno ya al rostro de Rafael.

—Una cosa... —Rafael carraspea, las palabras que se hacen un lío para salir—. No le cuentes a Paco que has venido por aquí. Si se entera, me mata.

—¿No sabe que vengo a verte? —Lotte rebusca en su bolso, se enciende un pitillo y le tiende uno a él, que se acerca en busca de la brasa candente para encenderlo—. ¿No lo sabe?

Rafael niega.

—¿Para qué se lo voy a decir? Se enfadaría. Y con razón.

Lotte da un par de caladas nerviosas.

—Mejor que estés aquí que bajo tierra.

—¿Qué coño bajo tierra, Lotte?

Ella da un par de caladas, saborea el humo y mastica la respuesta hasta soltarla con calma, un ritmo pausado, una corriente de aire frío.

—Jacobó se ha tenido que volver a España con el rabo entre las piernas, se dice así, ¿no? El rabo entre las piernas. —Las erres guturales, las sílabas marcadas.

—¿Qué te crees, que los moros esos me iban a hacer algo? ¿Qué iban a tener los santos cojones de tocarme? ¿A mí?

—A ti. Y a mí. Y a Enrico.

—No seas peliculera.

—No seas desagradecido.

—Te estás follando a alguien ahora que te has librado de mí, ¿verdad?

Lotte se incorpora para acabar el corazón grabado, la ele es muy pequeña en comparación con esa erre gigante, y trata de agrandarla hasta que la línea se ensancha y no se distingue a qué letra corresponde esa imagen borrosa, abombada.

—¿A quién?

Ella ni siquiera lo mira. Se pone en pie y comienza a vestirse. Él se levanta, un impulso que le dobla la rodilla, durante la noche se resentirá, y lo llevará un par de días a la enfermería, sin más éxito que una caja de paracetamoles, posología: una pastilla cada ocho horas.

—¡¿A quién?!

Él la agarra por el brazo, la zarandea, pero no es una muñeca, ofrece resistencia, los ojos azules clavados en los de él, de nuevo sombríos, ni rastro del brillo que unos minutos antes los encendían.

—¡Al marroquí que te reventará la cabeza nada más salgas de aquí, imbécil! —Y le da un mordisco en el brazo, rabiosa, y él la suelta, y le grita, pero ella sale antes de que él pueda reaccionar, sin mirar atrás, un portazo que hace temblar las paredes, los corazones, también el que ella ha dibujado, la ele que es un manchurrón al lado de una erre gigante, sin forma.

Llevo un tiempo sin tomar notas. Hace más de tres semanas que regresé de Utrecht, pero abrir este cuaderno ha sido difícil, como si las tapas pesaran y paralizaran mis manos, incapaces de enfrentarse a cualquier cosa que no sean los documentos de Word que comencé a escribir sin orden y ahora se han convertido en capítulos, en pequeños relatos que conforman una novela que no ha parado de crecer. Porque lo que empezó siendo un guion con escenas que traté de dibujar en profundidad con el único trazo de la palabra, terminó por desbordarse hasta convertirse en un texto independiente, sin necesidad de un equipo, de una producción.

La idea de aterrizar en Madrid después de la bomba de oxígeno que había supuesto el viaje, me ahogaba. Le tuve que pedir a Dani que no viniera a esperarme al aeropuerto, aunque insistió.

Cuando llegué, estaba tirado en el sofá frente a la tele. Entré en el salón de puntillas, y me sorprendió encontrarme *Subsidio 0* en pantalla, a Anna y a Carme, mis personajes, encaramadas al balcón del zulo de alquiler en el que vivían. Me esperaba cualquier cosa, pero no a Dani viendo el cuarto capítulo de mi serie. Me derrumbé, todo se me vino encima de golpe, y rompí a llorar. Dani se dio la vuelta y me vio ahí, la mochila en la espalda, la maleta en la mano, los mocos, las lágrimas, la cara descompuesta, derrotada tras perder la batalla conmigo misma. Él se puso en pie y me abrazó, y durante horas fue imposible que dejáramos de llorar.

La conversación se eternizó, pero fue estéril, ¿cómo renunciar a un deseo así? ¿Cómo forzarlo?

Evito pensar en Dani, y me entrego a la historia de Rafael que ha crecido hasta contener personas de carne y hueso, vivencias y tramas que se me han enredado con tal fuerza que ahora me es difícil desligarme de ellas, no llevarlas siempre cargadas a la espalda. En lugar de dar los pasos habituales, la sinopsis, el documento de venta, la biblia de personajes, la escaleta, los guiones de cada capítulo, he escrito como si dibujara las escenas, me he paseado por los lugares, por los pensamientos de los personajes y he sentido que todos me pertenecían. Es un novelón, Alba, me dijo Miguel en su último correo, no sabía de tu vertiente literaria. ¿Vas a moverla cuando la termines? Y yo, que al principio tenía miedo a etiquetar mi texto, la palabra «novela» me

quedaba muy grande, no lo descarto, como tampoco descarto, cuando escriba la palabra «fin», embarcarme en la titánica tarea de comenzar una biblia de la serie y una sinopsis con la misma historia, que me sirvan de carta de presentación para las productoras. Por las tardes, cuando salgo del trabajo, escribo durante horas esos capítulos donde la verdad comienza a ser infectada por la ficción, un virus que corroe, que se expande veloz, sin consideración ni empatía.

Estoy enganchada a la historia de Rafael como a un mal culebrón, como si no fuera yo quien la escribiera y los personajes tomaran decisiones ajenas a mi batuta, como si cada tarde de escritura fuera a desvelar un misterio fundamental para mi existencia.

A Rafael le gustaría apretar el acelerador, ver de nuevo la carretera que avanza ante él, tras haber pasado el día anterior y gran parte de este sin parar de conducir su Mercedes rojo, de un brillo cegador, fundirse en el paisaje costero, la salida a Cerbère que queda a la derecha, pero esta vez pasaría de largo, no tiene que recoger a Lola; esta vez, más de diez años después, ya no tiene miedo de que lo detengan en la frontera.

Pero Rafael no llega a España en su Mercedes, su coche, el primero y único que ha puesto a su nombre, se ha quedado en Utrecht con la promesa de que se lo hagan llegar pronto, sino que avanza a empujones en la cola del control de pasaportes del aeropuerto de Barajas. Por fin vuelve a casa tras catorce años de intermitencias, de una vida inventada que disfrutó por momentos, pero ya le cansa y esta vez, está seguro, regresa para quedarse. Utrecht se diluye a su espalda, una foto movida, la imagen desde el taxi de esta mañana, las últimas casas holandesas que ha visto reflejarse en los retrovisores empañados, llenos de la lluvia que ha cubierto su día a día los últimos meses, con disciplina, omnipresente.

Aunque la idea de volver a casa, para él, no significa regresar al pueblo, es buscar otro destino en España, una ciudad que le ofrezca planes más emocionantes, ideas de negocio, quizá el sur, donde tantas cosas se mueven, o el norte, pero en el norte llueve demasiado y de lluvia ha tenido suficiente en estos años. La estafa queda atrás, el dinero, lamentablemente, también. Tiene que hacer algo para forrarse de nuevo, mover los contactos que aún le quedan, quizá ir a Madrid, buscar a Jacobo. Juntos sois más peligrosos que una caja de bombas, le dice siempre Paco. Y no le falta razón, pero también tienen las mejores ideas para hacerse ricos. Echará de menos a Paco, el *jodío* se hace querer. Sin duda, piensa, es buena idea ponerse en contacto con Jacobo, sabe que regresó a España hace meses y no ha parado de ganar pasta. Así es Jacobo, un tipo que sabe lo que quiere. Él también sabe lo que quiere, y lo que desea es ganar mucho dinero, pero no para tener una vida de rico, a él con no pasar penurias, le basta, quiere ganar mucho dinero para sus hijos, para sus nietas. Y si puede, divertirse por el camino, claro.

Alguien por detrás le da un golpecito en la espalda, se gira con su cara ensayada de mala leche, una máscara que siempre está ahí para protegerlo, nunca se sabe, y se encuentra a una anciana encantadora.

—*It's your turn, sir.*

En efecto, no queda nadie en la cola, le toca a Rafael, que sonrío a la anciana, le agradece, se disculpa en una mezcla imposible de español, neerlandés, inglés y un léxico indefinido, de

creación propia, y avanza hacia el control, el pasaporte en la mano, esta vez, el suyo, a nombre de Rafael Pons. En qué momento se ha despejado la cola, ni siquiera se ha dado cuenta, tan metido como estaba en su cabeza que burbujea con ideas, con ganas de empezar de nuevo, ni rastro de pereza o del cansancio que a cualquiera se le impondría tras tantos años movidos, tras tantos bandazos.

—Buenos días —le dice el agente de la Policía Nacional, luce una cicatriz de la nariz al labio que dota a su aspecto de un aire de superioridad, o al menos eso le parece a Rafael, que se pone en guardia.

El agente toma el pasaporte y mete los datos en el ordenador, le da al Enter un par de veces y vuelve a mirar a Rafael, que le clava los ojos, preparado para rescatar su cara de mala hostia, la máscara que ha creado para sentirse seguro. El agente llama por teléfono, murmura algo en voz baja, y fuerza una sonrisa dirigida a Rafael.

—Caballero, espere un segundo, si es tan amable.

—¿Qué pasa? —Y aparte de su gesto ensayado, ese que busca asustar a su interlocutor, su tono de voz se ha afilado hasta cortar.

Al momento aparecen dos agentes de la Policía Nacional, uno de ellos, de ojos estrábicos y barba escasa cuyo color pelirrojo contrasta con la negrura de su cabello, avanza hacia Rafael.

—Venga con nosotros, por favor. —Y le toca apenas el brazo, como para empujarlo con sutileza.

Pero él se rebota, odia que le toquen, que le toquen así, sin conocerlo, sin avisar, y lo aparta de un manotazo.

—Y si no quiero, ¿qué?

Los ojos estrábicos desvían la atención a la porra que lleva enganchada al cinto.

—No se preocupe, yo sé cómo conseguir que quiera venir conmigo.

Rafael coge aire y destensa el gesto.

—Agente, por favor, ¿me puede explicar qué está pasando? —Y su esfuerzo por contenerse se condensa en la vena que se inflama en su cuello, en los puños apretados que esconde en los bolsillos.

El otro agente da un paso adelante, la barba cana como si compitiera con la de su compañero por ver cuál de las dos es más profusa, ambas sin éxito, los dientes torcidos que asoman cuando se acerca a Rafael hasta quedar a apenas unos centímetros de su cara.

—Venga con nosotros un momento a la sala, necesitamos comprobar algunas cosas.

Rafael da un paso atrás para marcar distancia, sus manos aún en los bolsillos, los puños aún apretados. Los agentes le indican que los siga y él anda tras ellos hasta perderse en un pasillo angosto que crece a la derecha de los puestos de control.

—Rafael Pons, tome asiento —dice el de la barba rojiza, que, junto a su compañero, ya está tras un ordenador gris con pantalla de tubo, cuyo ruido es capaz de ocultar el estruendo de la pista de aterrizaje.

—Tenemos que decirle, Rafael, que su nombre aparece en nuestro sistema de avisos, ¿sabe por qué? Pero siéntese, insisto.

Y Rafael, que en otro momento habría dicho que no, que no entendía qué ocurría, que él volvía de viaje de negocios y necesitaba llegar a casa, darle un beso a su esposa y a sus hijos, descansar, él, que en cualquier otro momento habría inventado un millón de historias, un millón de excusas, que nunca se habría sentado porque, en pie, imponía más, pensaba mejor, toma asiento, con cansancio, y dice que debe de haber algún error.

—He estado en busca y captura, aunque debe de haber un fallo porque mi delito, que no me voy a entretener aquí en contarnos al detalle, pero fue menor, acaba de prescribir.

Los agentes cruzan miradas, y se carcajean. Un estruendo que tapa, por un momento, el ruido del ordenador. Rafael vuelve a cubrir su rostro con la máscara airada.

—Está todo en orden. Estoy seguro. —Y señala su pasaporte, que ha quedado desamparado en la mesa, la voz cortante, el gesto tan tenso como los puños que, en los bolsillos, aprietan las uñas contras las palmas de las manos.

Pero los agentes se secan las lágrimas mientras siguen las risotadas.

—Es que es usted graciosísimo, Rafael, ¿no se lo han dicho nunca?

—En la distancia corta soy aún más gracioso —amenaza Rafael sin alterarse, cada vez más cerca de la cara de los agentes.

—Pues mire, señor Pons, distancia corta la que hay de aquí a Melilla, ¿ha estado alguna vez en Melilla?

En las celdas del calabozo apenas hay un catre, unos barrotes que exponen a Rafael frente al resto de los presos. Delante, en otra celda, un par de tipos que han llegado en su mismo vuelo se retuercen con incomodidad. Tras casi una hora de discusión con los agentes de Barajas, lo han metido en una avioneta que, de tan ligera, parecía que iba a darse la vuelta en cualquier momento, le ha removido el estómago y lo ha dejado con un leve mareo y una sensación de impotencia que se pasea entre la frustración por no haber sabido reconducir la charla con los policías nacionales y la imagen de su maleta, llena de regalos para su familia, queso, salsas picantes, imanes de molinos y de hojas de marihuana, sin parar de dar vueltas en la cinta de equipajes. Ahora está en el calabozo de una comisaría en Melilla. ¿Por qué cojones Melilla?, les ha preguntado antes de que lo mandaran a la avioneta, pero tras las risas iniciales, la conversación ha pasado a ser un diálogo entre ellos, que han comenzado a hacer llamadas, a mover fichas para intentar ubicarlo, según ha podido escuchar, en cualquier calabozo, y luego las prisas por meterlo en esa avioneta incómoda que le ha dejado una acidez que le quema la garganta. Se acaba de dar cuenta de que solo lleva un café en el cuerpo desde que se ha levantado a las cinco de la mañana, pero la idea de comer algo sólido le revuelve aún más las tripas.

En el calabozo, después de confirmar sus datos y esperar a que los crucen con una comisaría

de Benidorm, desde donde salta la alarma por varios delitos sin esclarecer, pide hacer la llamada a la que tiene derecho. Contacta con su abogado, pero no con su abogado neerlandés y carísimo, sino con su abogado español, el de siempre, el de antes, con el que durante los últimos meses ha hablado casi cada día para preparar su regreso.

—Ya es tarde, pero a primera hora prometo arreglarlo todo.

Rafael le amenaza, pero su abogado se defiende, ya ha contactado con los agentes del aeropuerto de Barajas, con los de Melilla, y no hay nada que pueda hacer hasta el día siguiente.

—Son las nueve de la noche —le insiste.

—Pero la justicia nunca duerme —responde Rafael y el abogado se ríe y le dice que tenga paciencia, que la justicia dormirá poco, pero no se caracteriza por ser rápida.

Al volver a la celda, Rafael grita, golpea los barrotes, se ensaña con su vecino de celda, lo insulta.

—¡Moro de mierda!

—¡Desecho humano! ¡Viejo apestoso! —se defiende el otro.

Apenas pasan dos horas y Rafael y Yusef, así se llama su vecino temporal, con el que comparte pared y fila de barrotes, ríen juntos. Entre insulto e insulto, han descubierto que tienen colegas en común. Muchos. Hablan a gritos. Yusef le cuenta que es de Argelia, que vivía en París, que hoy llegaba a Madrid para tomar un vuelo a Alicante, donde va a mudarse.

—¡Pero no tengo los papeles de los cojones! ¡Me mandan de vuelta al agujero!

Rafael alaba su español, le dice que él vuelve de Utrecht, donde ha vivido los últimos años, pero él no ha hecho nada, insiste, le confunden con otro.

—¡Y eso que esta cara guapa es difícil de repetir!

Los agentes los obligan a callar y apagan la luz. Rafael apenas duerme, incómodo, la cabeza le bulle, le dijo a Lola que volvía, ella espera en el pueblo. Sabe que no lo merece, tiene ganas de verla, de estar con sus hijos, de visitar la tumba de José, el mayor. Piensa estar poco por allí, un mes como mucho, preferiría quedarse en Madrid, pero ¿dónde? Necesita juntar pasta, quizá el mejor plan sea hablar con Jacobo desde el pueblo, preparar uno de sus golpes, esperar, mientras, con el perfil bajo, pueblo pequeño, infierno grande. Pero bueno, un mes en el pueblo no es tanto, un mes en el pueblo no mata a nadie.

Por la mañana, un par de llamadas del abogado a la comisaría de Benidorm y a la de Melilla, e irán a por él a la celda. Estará de cháchara con Yusef. Se despedirá de él con cariño y le deseará suerte. Cuando salga, por el pasillo, le dirá al agente que tenga cuidado con ese.

—¡Es un pieza!

A la salida, le devolverán sus cosas, su teléfono móvil, su reloj, el cinturón y la cartera. La maleta, imaginará, se la enviarán a casa o se quedará en una de esas estanterías repletas de equipaje del aeropuerto que terminan por venderse en subastas.

—¿Dónde vas ahora, jefe? —le preguntará uno de los agentes al devolverle sus pertenencias a la salida del calabozo.

—Voy unos días a mi pueblo para cargar las pilas. Y luego, si no tienes ganas de trabajar, ¡mejor que no te lo diga! —se reirá de su ocurrencia mientras un par de agentes lo meten en un coche patrulla que lo llevará al aeropuerto.

Pocas horas después, se subirá a un avión con destino València y escala en Barcelona. En el aeropuerto llamará a Jacobo, está liado, pero tiene ideas. Harán un montón de cosas, se lo promete.

—En ese pueblo no duras tú ni dos días, ya verás.

Y Rafael colgará con la sensación de que todo irá bien. De que la burra parirá pronto. Visitará a Lola, a los chavales, a sus nietas, a José en el cementerio, dormirá unos días, recuperará fuerzas, y marchará para Madrid. En cuanto reúna pasta, pensará con Lola dónde mudarse, ella seguro que quiere ir a un sitio de playa, Canarias o las Baleares. Pero lo que está claro es que él no va a pudrirse en ese pueblo, no va a durar allí más de dos o tres semanas.

Hacía un mes que había mandado la novela a varias editoriales, también había comenzado a escribir un documento de venta para enviarlo a todas las productoras conocidas por si la historia pudiera terminar convertida en una serie. Miguel era el que me motivaba, y se empeñó en que valía la pena intentarlo. Un mes en el que había enviado la novela a concursos, me había apuntado a becas de desarrollo de guion que estaban por fallarse, a sesiones de *pitch* que podrían abrirme puertas, y comenzaba a tener la sensación de que algo se movía, pero tocaba armarse de paciencia y ese, desde luego, no era uno de mis fuertes.

Hacía mucho más tiempo, desde antes de irme a Utrecht, que no veía a Rafael, pero al final me doblegué ante su llamada diaria, y decidí mandarle el manuscrito de la novela, le prometí que, cuando lo leyera, iría para que lo comentáramos en persona. Desde que le llegó el sobre, apenas tardó una semana en analizarla, en tomar notas, o eso me dijo. Ya te daré mi opinión, tengo muchas cosas apuntadas, cosas que no fueron así, que habría que cambiar. Al escucharlo, pensé que tendría que haber esperado a publicarla para enseñársela, pero me había sido imposible capear su deseo de saber qué iban a leer las editoriales, así que comencé a ensayar el discurso en mi cabeza, ese en el que le explicaba que, a veces, había que modificar la realidad en beneficio de la ficción, como estaba segura ya había hecho su memoria al reconstruir los recuerdos y darles una entidad, transformarlos en una historia con su planteamiento, su nudo, su desenlace, y esa capa de sentido de la que la existencia siempre carece.

Me propuso vernos en Benidorm, por lo de las señoras del visillo, los radiopatio, los ojos en cada esquina capaces de registrarlo todo, pueblo pequeño, infierno grande. Pero no pude evitar imaginarlo, si la novela salía publicada, en la barra del bar de Chimo o en cualquier otro de los bares de siempre, comentando con cualquier vecino que lo deseara cada una de las tramas, contando qué era realidad, qué no lo era, orgulloso de sus gestas, ¡una ronda para todos!

Estaba nerviosa. Llevaba ya mucho tiempo, esfuerzo, mucho dinero —el dinero de las vacaciones que habían dejado de serlo para convertirse en documentación, en escritura, en trabajo— invertidos en la historia de Rafael y, en ese momento, cuando ya había conseguido preparar la tierra, plantar la semilla y lograr que asomaran los primeros brotes en forma de manuscrito, en forma de correos en los que buscaba editoriales interesadas, me enfrentaba a una de las opiniones más sensibles, una de las que más me aterrorizaba por lo que podría suponer

para el libro, porque sin duda su protagonista partía de una expectativa altísima: qué le habría parecido a Rafael lo que llevaba escrito.

Para cualquiera, pero en especial para él, que seguramente se visualizaba convertido en el James Bond de una ficción trepidante, resultaba difícil no decepcionarse tras el proceso de traspaso, siempre violento, de lo que visualizábamos en nuestras cabezas a lo que, finalmente, terminaba por levantarse en el papel.

Rafael estaba sentado junto a dos señoras inglesas, el rostro púrpura, las manos que temblaban mientras sus copas de sangría dibujaban un arco imperfecto de la mesa a la boca, de la boca a la mesa. *Yes, yes, yes, very guuuud!*, gritó Rafael, frente a él un par de botellines vacíos. Y los tres brindaron con torpeza. Al distinguirme entre la gente del paseo, Rafael se puso en pie y me señaló. *Mai novia, mai novia* está aquí, y miró a las señoras, les hizo una reverencia y gritó ¡chao! Había dejado un billete de diez euros encima de la mesa, con una caballerosidad desmedida, cogió un sobre grueso, tamaño A4 que había junto a su vaso vacío, el paquete que le había enviado desde Madrid hacía poco más de una semana, y se acercó a mí para saludarme con un par de besos. Menos mal que has llegado, susurró, las señoras me estaban poniendo la cabeza loca. Creo que ese par de vejestorios ha estado a punto de proponerme un trío, murmuró con sorna, y me fijé en ellas mientras se despedían, diez años más jóvenes que Rafael con toda seguridad y ni un asomo de flirteo en su actitud, ni en sus ojos acuosos, entrecerrados, quizá por haber ingerido un par de jarras de más antes de las once de la mañana.

Nos instalamos en el bar de al lado, en una terraza frente al mar, pero antes siquiera de que nos sentáramos, Rafael sentenció: Hay cosas que tienes que cambiar, que no están bien, y colocó el sobre con el texto que le había mandado en el centro de la mesa pringosa, con cercos de vaso dibujados sin orden. ¿Entramos ya en materia?, le pregunté, sorprendida por cómo había tomado la directa. Para eso hemos quedado, ¿no? Levanté la mano para llamar al camarero y pedirle un café. Y tú, ¿qué vas a tomar? Y Rafael pidió otro, el suyo tocado de whisky. No, espera, le dijo al camarero, ¡mejor un café solo y aparte un chupito de whisky! Y se recolocó en la silla de plástico, incómoda, hasta adoptar una postura erguida, digna, una atalaya desde la que mirarme con fijeza.

Yo fui el cabecilla de la estafa, retomó, y creo que me has hecho un poco tonto, ¿no te parece? Su afirmación me resultó inesperada, opuesta al cuidado con el que había construido su personaje, que, de hecho, había terminado por ser más inteligente, más ingenioso y rápido que el propio Rafael, así que le pedí que me explicara por qué. A ver, yo no invité ni a medio chupito a los vascos, ¡me los camelé sin gastarme ni un duro! Y no tenía esas conversaciones tan largas con Reinoso, ¡Dios me libre! Nos veíamos, intercambiamos información esencial y ya está. Me reí. Estoy construyendo una escena, Rafael, la tengo que adornar, ¿o no? Tú para seguir adelante con la estafa, para camelar a los vascos, tuviste que decir alguna mentira, ¿verdad? Y Rafael

asintió mientras relajaba su postura. Pues yo, para camelar a los lectores, también tendré que colar alguna mentira, alguna invención. Aunque me gusta más llamarlo decorar que mentir. ¡Pues los textos que he leído están llenos de decoración!, me dijo y le dio un trago al chupito que el camarero acababa de dejar frente a él.

Sacó los documentos de dentro del sobre, el texto lleno de círculos en boli Bic azul. A ver, ¿qué más te quería decir? Sí, mira. Señaló un fragmento en el que le describía como un hombre menudo, con esa gracia y esa chispa de la que carecen los tipos más guapos. ¿No te había dicho que yo de joven era un tío guapo y atractivo? Que estaba buenísimo, vaya. Y aprovechó que se acercaba el camarero para pedirle otro whisky. ¿No te había dicho el médico que debías reducir el alcohol?, le pregunté al notar cómo la voz se le había empezado a llenar de grumos, cómo se tornaba pastosa, desdibujada, difícil de descifrar. Pero si son dos gotas de whisky, ¿qué me van a hacer a mí dos gotas?

Entonces, ¿no te gusta lo que he hecho con tu historia?, y agarré por fin el sobre al que había evitado mirar desde que me había encontrado con Rafael. Qué va, claro que me gusta. Pero hay que mejorar mi personaje, tiene que ser más guapo, más listo, que se note más que es el cabecilla, Alba. Y, ¡jojo!, otras cosas me han emocionado mucho, como el capítulo en el que Lola y yo cruzamos la frontera. Por un instante, volví a distinguir en su mirada ese brillo infantil que a veces me sorprendía, aunque fue fugaz, porque pronto adoptó otra vez la postura rígida con la que trataba de mirarme desde lejos. Oye, ¿y lo del pie? ¿De dónde has sacado eso? Tienes imaginación, ¿eh? Y yo le miré con fijeza, pero él no apartó los ojos, los mantuvo firmes en los míos y dijo: Como lo lea Jacobo, nos revienta, y dio un trago a su whisky. Sobre todo porque no fue así. ¿Y cómo fue? Porque claro, si tú no me lo cuentas, me lo tendré que inventar. Hay cosas que uno tiene que guardarse para seguir siendo un tipo interesante... No tires la piedra y escondas la mano, le corté. Mira quién habla de tirar piedras y esconder manos, dijo. ¿Qué cojones has escrito? ¿Un libro? Los libros no dan dinero. Tú me habías dicho que ibas a escribir una serie, mientras hablaba, le costaba esconder su indignación. ¿Así cómo nos vamos a forrar? A ver, Rafael. Yo ya escribí una serie, y ¿tú has visto la cafetera de coche que llevo? ¿Tú has visto que yo me haya forrado? Sin ofender, reina, tu serie no era esto. Esta historia es oro. Se quedó un rato callado, y dijo Bueno, ¡pues será un *bestseller* de esos! Y entonces se convertirá en serie... ¡y ganaremos millones! En ese momento debí explicarle que la industria española no movía el mismo dinero que la hollywoodiense, que hablar de millones estaba, cómo decirlo, en las antípodas de la realidad. ¿Y has mandado el libro a algún lado?, me preguntó. A un par de editoriales, dije, también a algún concurso. Nada más sepas algo, me cuentas, su voz comenzaba a enredarse en sí misma y pretendía transmitir autoridad. Ya sabes, Alba, avísame cuando te contesten para que reclame mi parte. No creo que funcione así, Rafael, me pagarán una miseria por el adelanto, y luego yo te daré una parte. No reina, a ti te tienen que pagar por el trabajo que has hecho y a mí otra cantidad por ceder mi historia, mi vida, que eso vale mucho dinero y es otra cosa. Insisto, le corté, no creo que funcione así. Su gesto se contrajo, y sus ojos se

encendieron con esa llama de la que me había hablado, la de la máscara de mala hostia, pero nunca había visto. ¡A mí me van a pagar por lo que vale mi historia y si no, se las van a ver conmigo los hijosdeputa esos!, y dio un golpe en la mesa, como si discutiera con alguien que, desde luego, no era yo, sino unos señores imaginarios de una editorial que ni siquiera se había pronunciado. Entonces comenzó a resonar en mi cabeza la voz de Miguel: Firma un documento, firma algo que te libre de movidas legales con Rafael, Alba, que es un estafador, tía, no te pilles los dedos. ¡Esto es un regalo para ti, no para ellos!, insistió Rafael, más vehemente de lo que me tenía acostumbrada. Si ellos ganan dinero con esto, ¡yo también! ¡A ver si se creen que soy una monjita de la caridad!

Tras los cafés y los whiskies, le dije a Rafael que mejor diéramos un paseo, así estiraría las piernas después de tantas horas de coche desde Madrid, y de paso evitaría que siguiera tomando chupitos. Lo he dejado con mi novio, le dije después de andar un rato en silencio, la resaca del berrinche absurdo que había protagonizado Rafael aún reverberaba en el ambiente. ¡Hostia!, me cortó, y pareció aliviado por volver a tener tema de conversación, ¿y cómo estás? Me encogí de hombros. Pues jodida, y eso que ni siquiera tengo tiempo para pensarlo. No te preocupes, hay muchos peces en el mar, ¿no dicen eso? Lo que tienes que hacer es dejar el trabajo ese que no te deja escribir, y tener tiempo para ti, dedicarte a lo que te gusta. Sí, claro, le respondí, y sin ningún trabajo, ¿qué hago? ¿Me vuelvo al pueblo?, y al escucharme, paró de andar y me agarró del brazo. ¡El libro! Sí, claro, con ese dinero, me reí. Pero no te vuelvas al pueblo, Alba, acabarías loca. No te creas, me vendría bien la tranquilidad para escribir. ¡Ni se te ocurra!, me dijo en un impulso. Es lo peor que he hecho. Yo ya tengo un plan: ¡Me voy a largar de aquí en cuanto pueda!, su frase sonó a mantra sobado, tantas veces dicho. Un colega de Málaga me ha contado de una historia en Argentina, de la que no te puedo decir nada, claro. Si sale, me largo para allá. Sus ojos brillantes, de crío en noche de Reyes, asomaron de nuevo. ¿Tú solo? Yo me voy y que venga quien quiera, si quieren venir Lola, los chicos y las nietas, estupendo. Pero yo me voy seguro, ¡a vivir como un rey, que ya me toca! No te veo yo a ti tranquilo, dejé caer. ¿Quién ha dicho tranquilo? He dicho como un rey, y si puede ser como un rey emérito, mejor, volvió a reírse de su ocurrencia, él era siempre su mejor público. Pero yo aquí no me quedo, ni aunque me maten, insistió. Te lo digo, si te mudas al pueblo, perderás salud, porque la salud es vida y la vida es diversión, y el pueblo es un aburrimiento infernal, ya lo sabes, exageró Rafael. Bueno, Madrid tampoco es ninguna maravilla, es una ciudad carísima, estresante, que me expulsa de las casas en las que vivo y que lleva años tratándome fatal. Además, si me volviera, ahorraría por fin, a lo mejor hasta me podría comprar una casa. Rafael detuvo el paso y me miró: ¿Y de qué sirve una casa si no tienes ni salud ni vida ni diversión?

En nuestro paseo por la playa de Poniente llegamos hasta las dos torres de mármol y, sin decirnos nada, nos detuvimos frente a ellas. Me gustaba imaginarme cómo se tomó Fernando Palop Mata descubrir que habían empezado a construir en su solar, ese que había heredado de su madre, convencidos los abuelos de que una mujer no merecía las tierras fértiles, las del interior, que fueron para su hermano pequeño, quien no tardaría en envidiar el valor del terreno de su hermana. Habría pagado para poder ver la cara de Palop Mata por un agujerito, ¡te lo juro!, se rio Rafael cuando le dije que me daba pena el señor. No sé, insistí, quizá había pensado un futuro distinto para su solar. También me da pena Lander, que tuvo que pagar de nuevo. Rafael me dio un codazo cariñoso. Pues a mí no me dan pena. ¿Ninguna?, le pregunté. Y él negó con la cabeza. Me gusta cómo lo cuentas en los papeles estos, y levantó el sobre, pero estoy seguro de que no fue así como Palop Mata descubrió que habíamos vendido su terreno. Pues claro que no, le respondí, pero ¿no te parece divertido el capítulo? Él se encogió de hombros, y me di cuenta de que esperaba otra cosa de su historia, una serie épica, grandiosa, verse convertido en el Scarface de la costa alicantina.

Mi teléfono me avisó de que acababa de entrar un correo electrónico y lo consulté, ansiosa, pero era una *newsletter* decepcionante, de las tantas que llegaban a lo largo del día. En un gesto automático, actualicé la bandeja de entrada, por si en ese segundo alguna editorial se dignaba a responderme. ¿Parió la burra?, me preguntó Rafael. ¿Qué? Si te dicen algo los del libro, insistió y señaló el teléfono. Aún no. Tranquila, Alba, que parirá. Y entonces venderemos la serie y ahí, porque esta historia lo vale, ¡nos forraremos! Lo di por perdido y, mientras lo escuchaba, valoré la necesidad, antes de que pariera burra ninguna, de cerrar la división de derechos con un buen abogado.

Apoyados en la barandilla del paseo, de espaldas a la arena, a ese mar que un día Pedro Zaragoza tuvo claro que haría a su pueblo rico, lo convertiría en ciudad, en deseo, Rafael me dijo si podía hacerme una pregunta. Claro, respondí. Eso que sale cuando acaban las series y las películas y se pone la pantalla en negro y se cuenta entonces lo que ha pasado con cada personaje después, en la vida real, ¿lo vas a meter al final de la serie? No sé, me encogí de hombros, no sé siquiera si voy a escribir la serie. Pues mételo, y no te olvides de decir para terminar que Rafael era muy guapo, ¡y hoy día todavía lo es! ¿Qué haces? ¿No lo apuntas en tu móvil? Tú que lo apuntas todo. No, que de eso me acuerdo. Apúntalo, que no quiero que se te olvide esa frase tan importante para el final. ¿Y no prefieres que diga que el protagonista vive una vida tranquila junto a su familia y se libró de un montón de años de cárcel? Eso también, claro. Pero, sobre todo, que a mis más de setenta aún soy guapo. Vale, le dije. Ah, y que no salga escrito sobre negro, sino sobre las dos torres de edificios, porque al final son un poco más, ¿no crees?

En las terrazas de las torres de mármol, una señora tendía toallas, en el piso de al lado, un hombre bebía una cerveza con el torso desnudo, a pesar de ser un marzo de los de chaquetilla y pañuelo al cuello, en otro, una pareja de ancianos jugaba a las cartas, mientras sus vecinos miraban el mar, la vida ociosa, el *dolce far niente* de esos balcones en verano perpetuo. Observé

a Rafael, tenía la mirada fija en el edificio, en sus molduras, sus barandillas doradas; una sonrisa calmada, que escondía historias que ya nunca me contaría.

Pensé que, si algún día veía la luz la novela que había escrito, quería ser capaz de mirarla así, como él contemplaba los dos edificios, con orgullo, con soberbia, satisfecho, pues sin duda los consideraba su mejor obra.

Agradecimientos

Gracias a Ivan Serrano porque sin él este libro sería distinto, menos mío. Siempre es de agradecer un editor que cree en tus historias más que tú misma. Gracias también a la familia Tusquets, Juan, Delia, Natalia, Álex, por recibir a mi holandés con tanto cariño.

Gracias a Lolita Copacabana por su lectura minuciosa, sus ideas, su pasión. Gabriel Villarroel y Miguel Serrano, uno de mis lectores más confiables, leyeron versiones previas del manuscrito y les agradezco su generosidad, cómo arrojaron luz a todas mis dudas. Gracias también por las lecturas tempranísimas a Fran Ruvira, socio de todas mis gestas, a Luci Romero y a Angela Pico, vuestras palabras de aliento fueron fundamentales.

El germen de este libro, que, a pesar de partir de unas mismas raíces, ha dado un fruto totalmente inesperado, se inicia en el taller de No ficción de Luis Muñoz y en el seminario *Problems in Modern Fiction* impartido por Charles D'Ambrosio. Quiero agradecer a ambos su confianza en esta historia, también a mis compañeras y compañeros de taller por insistir en que tenía que lanzarme a escribirla de cabeza. Y gracias, claro, a Allana Noyes, traductora talentosa, que siempre muestra una fe ciega en lo que hago.

María Luisa García Manso de la Universidad de Utrecht, Itziar Muñoz y Sara Montero del Instituto Cervantes de Utrecht, y Natalia Hernández, amiga y hermana, gracias por invitarme a vuestra ciudad y darme la oportunidad de conocerla para poder escribirla. Y cómo no agradecer a mis guías, F. y P., por transportarme a un Utrecht que ya no existe, pero con ellos pude ver.

Gracias a mis hermanas, a mis amigas, a mis trofollos, als Podriems por entender ausencias, por apoyar siempre. Y gracias a mi tío Vicent, enciclopedia andante que solucionaba cada duda al momento, que me dio información que siempre imaginé inaccesible.

Y vivan las Ayudas extraordinarias para el fomento de la movilidad internacional de autores literarios derivadas del Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia por darme tiempo y espacio para investigar y pensar en este libro. Esos dos meses de oxígeno en Utrecht fueron fundamentales para reinventar esta ficción, para terminar estas páginas.

El holandés

Elisa Ferrer

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la portada: © Oscar Tusquets Blanca y Eva Blanch: Benidorm Sex shop. Collage fotográfico y óleo sobre madera. © Oscar Tusquets Blanca, VEGAP, Barcelona, 2023 © Eva Blanch

© Elisa Ferrer Molina, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-1107-362-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



Novelas

¡Síguenos en redes sociales!

